

¿Ves al Verdadero Tú?



Verte a ti mismo como Dios te ve

Bruce R. Edwards

Tú
VER
El
REAL
Tú

Verte a ti mismo como Dios te ve.

Bruce R. Edwards

¿Ves tu verdadero yo?

Copyright © 2026 por Bruce R. Edwards

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo.

Queda prohibida su reproducción o uso de cualquier forma.
sin la autorización expresa por escrito del editor
excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera edición, 2026

ISBN 979-8-19792-877-1

Todas las citas bíblicas contenidas en el presente documento,
a menos que se indique lo contrario,
son la Nueva Versión King James de la Biblia.

Copyright 1979, 1980, 1982 Thomas Nelson, Inc., Editores

www.pastorbruce.com

CONTENIDO

Introducción	II
1. Debes nacer de nuevo	4
2. Eres una nueva creación	11
3. Estás EN Cristo	23
4. Has sido redimido y perdonado.	31
5. Eres un hijo de Dios	40
6. Eres elegido	47
7. Tú eres justo	54
8. Estás completo	66
9. Eres ciudadano del cielo	74
10. Eres bendecido	82
11. Usted es coheredero	90
12. Eres MÁS que un conquistador	98
13. Eres amado	106
14. Eres fuerte	115
15. Eres libre	127
16. Fuiste creado con un propósito.	129
17. Nunca estás solo	137
18. Eres un embajador de Cristo.	146
19. Eres especial	153
20. Eres intrépido	160
21. Estás protegido	173
22. Eres un vencedor	182
23. Estás en paz	191
24. Tú eres su obra maestra.	200
Capítulo final	207
Apéndice; 100 pasajes bíblicos “En Cristo”	213

INTRODUCCIÓN

¿Ves tu verdadero yo?



¿Cómo te ves a ti mismo? Tu respuesta a esta pregunta tiene enormes implicaciones en tu vida. ¿Por qué? Porque la forma en que nos percibimos es sumamente importante y tiene un impacto enorme en nuestra vida.

Había un hombre que había pasado diecinueve años en prisión por un crimen que no cometió, y la mañana después de su liberación, un periodista le preguntó: "¿Cómo se siente?". Hizo una pausa, miró directamente a la cámara y dijo en voz baja: "Durante diecinueve años, creí lo que me decían. Me decían que era un criminal, un mentiroso, un hombre sin futuro. Y durante mucho tiempo —más del que me gustaría admitir— les creí. La prisión más dura en la que he vivido no estaba hecha de acero y hormigón. Estaba construida con palabras".

¿Cuál es la fuerza más poderosa que moldea tu vida ahora mismo? Algunos dirían que son tus circunstancias: tu crianza, tus finanzas, tu salud o tus relaciones. Otros señalarían tus hábitos, tu educación o las personas que te rodean. Todo eso importa, pero debajo de cada uno de esos factores subyace algo más profundo, algo que gobierna silenciosamente cada decisión que tomas, cada riesgo que corres, cada sueño que persigues o abandonas: la imagen que tienes de ti mismo.

¿Cómo te ves a ti mismo?

Esa pregunta parece sencilla, pero tu respuesta sincera revela una de las verdades más trascendentales de tu vida. Influye en todo: en

cómo entras en una habitación, en cómo reaccionas ante las críticas, en las oportunidades que crees merecer, en las relaciones que permites, en las oraciones que te atreves a rezar. La imagen que tienes de ti mismo no es solo una cuestión de autoestima o pensamiento positivo; es un asunto espiritual de suma importancia, y para la mayoría de las personas, la imagen que proyectan de sí mismas no es la que Dios les ha dado.

Este libro trata de cambiar eso.

El espejo que miente

Imagina que estás frente a un espejo de feria, de esos reflejos distorsionados que ves en las atracciones. La imagen que te devuelve es reconocible, pero profundamente errónea. Puedes verte, pero todo está desproporcionado. Ahora imagina que llevas tanto tiempo mirándote en ese espejo que has olvidado por completo cómo eres en realidad. Has aceptado la distorsión como la realidad.

Eso es precisamente lo que le ocurre a la mayoría de las personas a lo largo de su vida.

Desde pequeños, nos toca un espejo, forjado con las palabras de nuestros padres, maestros, entrenadores, hermanos y compañeros. Algunas de esas palabras son amables y reconfortantes. Pero muchas otras son descuidadas, crueles o simplemente erróneas. Y como las recibimos cuando somos jóvenes y vulnerables, se nos quedan grabadas como etiquetas. Pronto, no solo creemos lo que dicen, sino que nos convertimos en ellas.

"Nunca llegarás a nada." "¿Es que no puedes hacer nada bien?"
"¿Por qué no puedes ser más como tu hermano?" "Eres demasiado

sensible." "No eres lo suficientemente inteligente." "Eres gordo. Eres feo. Eres un fracaso."

Tal vez las palabras que te dijeron fueron diferentes. Tal vez las pronunciaron con fuerza, con ira. Tal vez las susurraron en privado. Tal vez nunca las dijeron, solo las comunicaron con indiferencia, una promesa rota o una ausencia donde debería haber habido amor. Sea como sea, dejaron huella, y si eres como la mayoría, aún la llevas contigo.

“Muchas personas tienen una imagen distorsionada de sí mismas que no se corresponde con la verdad de Dios. Se ven a sí mismas a través del prisma de sus fracasos, su pasado y las opiniones de los demás, en lugar de a través de los ojos de su Creador.”

— Dr. Charles Stanley, pastor y autor

La tragedia no radica solo en que creamos estas mentiras. La tragedia más profunda es que organizamos toda nuestra vida en torno a ellas. Tomamos decisiones no según quién dice Dios que somos, sino según quién nos ha dicho el mundo que somos. Rechazamos oportunidades para las que fuimos creados. Nos conformamos con menos de lo que Dios tiene preparado en nuestras relaciones, en nuestras carreras, en nuestra relación con Él. Vivimos en una especie de pobreza espiritual, no porque carezcamos de la provisión divina, sino porque no podemos verla. Nuestra imagen distorsionada de nosotros mismos se ha convertido en un filtro a través del cual todo lo demás se manifiesta.

El poder de una etiqueta

Vivimos en una época que adora etiquetar todo, incluso a las personas. Diagnósticos, categorías, tipos de personalidad, roles

sociales... Si bien algunas de estas designaciones son útiles, también conllevan un profundo peligro: las etiquetas que aceptamos sobre nosotros mismos pueden convertirse silenciosamente en el límite de nuestras vidas.

Piensa en cómo hablamos. "Tengo TDAH." "Soy adicto." "Estoy deprimido." "Soy diabético." "Solo soy introvertido." "No soy un líder." "No se me da bien el dinero." Observa la estructura de estas frases. No decimos "Lucho contra la depresión" ni "Estoy pasando por una mala racha". Decimos "Soy". Dos palabras que conllevan todo el peso de la identidad. Hemos dejado de describir un desafío que enfrentamos y hemos empezado a declarar quiénes somos.

No se trata de una distinción menor. Es la diferencia entre una condición temporal y una condena permanente. Cuando una etiqueta se convierte en tu identidad, moldea tus expectativas, limita tu imaginación y determina tu horizonte. Dejas de buscar una salida y empiezas a construir una vida en torno a esa etiqueta.

"Las etiquetas son poderosas. Una vez que aceptas una etiqueta, empiezas a actuar de acuerdo con ella. La etiqueta crea expectativas, esas expectativas crean comportamientos, y esos comportamientos crean una vida: una vida de expansión o una vida de limitación."

— **John Maxwell, autor y experto en liderazgo**

El apóstol Pablo lo entendió. Al escribir a la iglesia de Corinto — una congregación compuesta por personas con orígenes humildes, faltas morales y prácticas paganas— no las definió por lo que habían sido, sino que les recordó en quiénes se habían convertido. «Y así eran algunos de ustedes», escribió en 1 Corintios 6:11. Pasado. Hecho. Finalizado. La etiqueta de tu pasado no tiene por qué definir tu futuro.

Pero quiero que reflexionen un momento sobre esto: las etiquetas que más nos dañan no siempre son las que nos ponen nuestros enemigos. A veces, las etiquetas más hirientes provienen de quienes nos aman, de sistemas que supuestamente debían ayudarnos, e incluso de nosotros mismos. Somos increíblemente hábiles para la autocondenación. Repasamos nuestros fracasos mentalmente mucho después de que Dios los haya perdonado y olvidado. Nos hablamos con una dureza que jamás usaríamos con un amigo. Y al hacerlo, nos convertimos en nuestros peores verdugos.

¿Quién te crees que eres?

Recuerdo vívidamente la primera vez que alguien utilizó esa pregunta en mi contra.

Durante mi adolescencia, practiqué varios deportes en la escuela secundaria: fútbol americano, baloncesto, béisbol y atletismo. Me encantaba competir. Me encantaba la sensación de superar mis propios límites. Pero durante mi segundo año de secundaria, me enfrenté a una situación que puso a prueba no solo mi capacidad atlética, sino también mi autoestima.

Cuando empezó la temporada de baloncesto, no era titular en el equipo principal. El entrenador puso a cuatro jugadores de último año y uno de penúltimo, y yo salía desde el banquillo. Pero algo empezó a cambiar durante los tres primeros partidos. Mi tiempo de juego aumentó. Para el tercer partido, ya estaba contribuyendo significativamente. Después de ese partido, el entrenador me llamó a su despacho y me dijo que me ascendía al quinteto titular.

Debería haber estado celebrando. En cambio, sentí una oleada de pavor.

La razón era simple: mi ascenso significaba que un estudiante de último año quedaría en el banquillo. Y no se trataba de un estudiante

cualquiera. Era popular, talentoso, físicamente imponente; un joven que me superaba en peso por más de catorce kilos y que jamás, en toda su trayectoria deportiva, había sido relegado al banquillo por un estudiante de segundo año. No se tomó la noticia con deportividad.

Los entrenamientos se convirtieron en una tortura diaria. Aprovechaba cualquier oportunidad física para enviarme un mensaje: faltas duras, bloqueos brutales, presión implacable. Pero la intimidación física no era nada comparada con las palabras. Una y otra vez, con desprecio que emanaba de cada sílaba, me miraba y me preguntaba: "¿Quién te crees que eres?".

Lo usó como arma. Y por un tiempo, funcionó. Esa pregunta se me metió en la cabeza y empezó a hacerme daño. ¿Quién me creía que era? Solo un estudiante de segundo año. Un don nadie. Alguien que había tenido suerte. Alguien que no encajaba.

Quizás nunca te hayas enfrentado a un compañero hostil. Pero sospecho que has escuchado esa pregunta, tal vez no con esas palabras exactas, pero sí de alguna forma. La voz del acosador. La voz de la decepción de un padre. La voz de una relación fallida, una solicitud rechazada o un sueño postergado. Y debajo de todas esas voces, si escuchas con atención, generalmente puedes oír otra voz: más antigua, más astuta y mucho más peligrosa.

“El enemigo de tu alma no te combate principalmente con la tentación. Su estrategia más profunda es corromper tu identidad, porque si logra que malinterpretes quién eres, todo lo demás vendrá por añadidura.”

— Steven Furtick, pastor de Elevation Church

El diablo lleva preguntando "¿Quién te crees que eres?" desde el Jardín del Edén. Se lo preguntó a Eva cuando le sugirió que tal vez Dios la estaba rechazando, que tal vez no era lo suficientemente buena. Se lo preguntó a Moisés en la zarza ardiente. Se lo preguntó a Gedeón escondido en el lagar. Se lo preguntó a Pedro después de que cantara el gallo. Te lo pregunta a ti ahora mismo, en cada revés, en cada fracaso, en cada voz que te haya dicho que eres demasiado pequeño, demasiado quebrantado, demasiado perdido para que Dios te use.

Y la respuesta a esa pregunta lo determinará todo.

La única voz que importa

Esta es la verdad fundamental de este libro: no puedes responder con precisión a la pregunta de quién eres mirando hacia adentro, escuchando a los demás o comparándote con los estándares del mundo. La única fuente confiable de tu verdadera identidad es Aquel que te creó.

Dios no te ve a través del prisma de tu peor momento. No te ve a través de las etiquetas que otros te han puesto. No te define por tus diagnósticos, tus fracasos, tu historia familiar ni tu último error. Te ve a través del prisma de su amor y a través del prisma de lo que su Hijo logró por ti.

«Nunca te comprenderás a ti mismo hasta que comprendas lo que Dios dice de ti. La opinión del Creador tiene más peso que la de toda la creación.»

— TD Jakes, pastor y autor

Cuando Dios mira a una persona que ha depositado su confianza en Jesucristo, no ve un alma rota, derrotada y abatida que apenas logra sobrevivir la semana. Ve una nueva creación. Ve a alguien elegido

antes de la creación del mundo. Ve a alguien adoptado en su familia, redimido por la sangre de su Hijo, sellado por su Espíritu y destinado a un propósito que va más allá de todo lo que puedas imaginar.

Pablo escribe en 2 Corintios 5:17: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas». Esto no es un eslogan motivacional. Es una declaración de realidad ontológica. Algo ha cambiado fundamentalmente. La persona que eras bajo el poder del pecado, la vergüenza y las etiquetas del mundo, esa persona ha desaparecido. Ha surgido una nueva persona. Y esa nueva persona tiene una nueva identidad, una nueva posición, un nuevo futuro.

El problema es que la mayoría de los cristianos conocen este versículo, pero no lo viven. Pueden citarlo el domingo y luego pasar el resto de la semana como si nada hubiera cambiado. Llevan consigo sus viejas etiquetas a su nueva vida. Se acercan a Dios con la actitud de un huérfano en lugar de la confianza de un hijo amado. Rehúyen el llamado que tienen en sus vidas porque, en el fondo, todavía escuchan la voz de un acosador, un padre distante o su propio crítico interior que les dice: "¿Quién te crees que eres?".

Este libro existe para responder a esa pregunta.

Lo que nos depara el futuro

En las páginas siguientes, emprenderemos un recorrido por la Palabra de Dios; no un simple análisis superficial, sino una exploración profunda y reflexiva de lo que las Escrituras dicen sobre quién eres como seguidor de Jesucristo. Desmantelaremos las falsas identidades que se han construido a tu alrededor, y en algunos casos, por ti mismo. Y las reemplazaremos, una por una, con la verdad que Dios declara sobre tu vida.

Este no es un libro de autoayuda ni un programa. Es una invitación a verte como Dios te ve, quizás por primera vez. Es una invitación a dejar atrás las etiquetas y adentrarte en la plena realidad de quién eres en Cristo: elegido, amado, redimido, llamado y plenamente capacitado para la vida para la que fuiste creado.

“Cuando sabes quién eres en Cristo —cuando lo sabes de verdad, en lo más profundo de tu ser— cambia tu forma de caminar, de hablar, de amar y de afrontar cada desafío que se te presente.”

— Joyce Meyer, autora y oradora

Quizás hayas elegido este libro porque estás cansado: cansado de vivir por debajo de tu potencial, cansado de cargar con heridas que nunca parecen sanar del todo, cansado de esa persistente sensación de que debe haber algo más. O tal vez estés atravesando una época de crisis y las etiquetas de fracaso y vergüenza resuenen con más fuerza que nunca. Quizás simplemente anheles conocer a Dios más profundamente y comprender lo que realmente significa ser su hijo.

Vengas de donde vengas, en estas páginas encontrarás algo para ti.

Un desafío antes de pasar la página.

Antes de continuar, quiero pedirte algo. Quiero que te detengas un momento e identifiques con honestidad las etiquetas bajo las que vives actualmente. No las que usas públicamente, ni las que aparecen en tu currículum o en tus redes sociales, sino las etiquetas silenciosas y privadas que has aceptado sobre ti mismo. Las que te susurran en la oscuridad. Las que te hacen dudar. Las que, si eres honesto, han estado influyendo en tus decisiones durante años.

Escríbelas si lo necesitas. Obsérvalas. Porque esto es lo que sé: esas etiquetas no definen tu vida. No son la verdad sobre quién eres. Son un reflejo distorsionado en un espejo roto, y es hora de dejar ese espejo.

Dios tiene algo mejor para ti. No una versión revisada del falso yo que el mundo construyó. No una versión pulida y optimista de las mismas viejas etiquetas. Algo completamente nuevo. Tu verdadero yo: la persona que Él diseñó, la persona que Él redimió, la persona que Él te ha llamado a ser.

El viaje para descubrir a esa persona comienza ahora.

Pasa la página. Tu verdadera historia te espera.



Notas:

Capítulo uno

Debes nacer de nuevo



“No te maravilles de que te haya dicho: ‘Es necesario nacer de nuevo.’”

—Juan 3:7 NVI

Hay una pregunta que trasciende todos los logros, la reputación, la religión y el afán de superación personal; una pregunta que no se puede responder mirándose al espejo ni repasando los recuerdos. Es la pregunta central de este libro: ¿Ves tu verdadero yo? Pero antes de poder abordar esa pregunta con honestidad, algo debe suceder. Algo debe cambiar. Algo debe comenzar.

Jesús lo dijo claramente, y lo dijo con urgencia: “Debéis nacer de nuevo”.

Esas cuatro palabras han resonado a lo largo de dos mil años de historia humana. Han interrumpido el sueño de los eruditos y perturbado la tranquilidad de los religiosos. No son una sugerencia, ni una metáfora de superación personal, y ciertamente no una invitación a esforzarse más. Son una declaración de que algo completamente nuevo debe ocurrir: un segundo nacimiento, un despertar espiritual, un renacimiento del alma que solo Dios mismo puede obrar.

Hasta que eso suceda, no podremos vernos con claridad. No podremos ver el mundo con claridad. En cierto modo, estamos espiritualmente ciegos.

“Nacer de nuevo es dejar atrás el pasado y mirar el presente sin condenarlo.”

Una conversación nocturna que lo cambió todo.

El Evangelio de Juan, capítulo tres, narra una de las conversaciones más fascinantes de toda la Escritura. Un hombre llamado Nicodemo —fariseo, gobernante entre los judíos y hombre de considerable reputación— se acercó a Jesús en la oscuridad. Juan nos dice que era de noche cuando llegó, y ese detalle puede tener más importancia de la que aparenta a primera vista. Nicodemo vivía en una especie de oscuridad espiritual, a pesar de toda su erudición, toda su devoción religiosa y todos sus títulos.

Se acercó a Jesús con cautela pero con respeto: «Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios, porque nadie puede hacer las señales que tú haces si Dios no está con él» (Juan 3:2). Fue un halago prudente, un reconocimiento sin un compromiso total. Y Jesús, a quien no le interesaban los halagos, fue directo al grano.

Juan 3:3 NVI

«En verdad, en verdad os digo, que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.»

Nicodemo estaba perplejo. «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?» (Juan 3:4). Su confusión era comprensible: pensaba en términos físicos. Pero Jesús hablaba en términos espirituales, y la diferencia entre esas dos formas de pensar era precisamente el problema que Jesús abordaba.

Nicodemo representa a innumerables personas a lo largo de los siglos: inteligentes, religiosas, de profundas convicciones morales, y sin embargo, a las puertas de la verdadera vida espiritual. Tenía las preguntas correctas. Solo necesitaba la respuesta correcta.

Dos nacimientos: comprender la diferencia

Para comprender lo que Jesús decía, debemos entender la diferencia entre el nacimiento físico y el nacimiento espiritual, porque Jesús traza una línea divisoria clara entre ambos.

El nacimiento físico es el primer nacimiento, el que todo ser humano comparte. Es el comienzo de nuestra historia terrenal, el momento en que entramos en este mundo respirando y comenzamos el viaje de la vida. Cuando Jesús se refiere a haber «nacido del agua» en Juan 3:5, muchos estudiosos interpretan esto como una referencia al parto natural: la ruptura de las aguas amnióticas que indica el nacimiento. El nacimiento físico es milagroso en sí mismo, pero conlleva una herencia espiritual que no elegimos y que no podemos deshacer por nosotros mismos.

Esa herencia se llama pecado, y su consecuencia es la muerte espiritual.

El apóstol Pablo lo explica así en Romanos 5:12: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (RV). Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios en el Jardín del Edén, la consecuencia no fue solo la muerte física, sino también la separación espiritual del Dios vivo. Toda persona que nace en este mundo nace en esa misma condición espiritual: espiritualmente muerta, separada de Dios, incapaz, por sus propios esfuerzos, de superar esa separación.

Esta no es una verdad popular. Nuestra cultura prefiere creer que las personas son fundamentalmente buenas, que solo necesitamos mejores circunstancias, mejor educación, mejores oportunidades. Pero la Biblia es inquebrantable: todos venimos a este mundo espiritualmente alejados de nuestro Creador. Y ningún esfuerzo

religioso, ninguna búsqueda moral ni ningún intento de superación personal puede remediar esa condición desde dentro.

*“No soy lo que debería ser. No soy lo que quiero ser.
No soy lo que aspiro a ser. Pero aun así, no soy lo que
solía ser. Y por la gracia de Dios, soy lo que soy.”*

— **John Newton**

Precisamente por eso, el nuevo nacimiento no es opcional, sino esencial. «Lo que nace de la carne, carne es», le dijo Jesús a Nicodemo, «y lo que nace del Espíritu, espíritu es» (Juan 3:6). La vida física solo puede producir vida física. Solo el Espíritu de Dios puede producir vida espiritual. Ese es el punto clave.

El problema de la muerte espiritual

Romanos 6:23 expone la situación con una claridad asombrosa: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (RV). Nótese el contraste: paga versus don. La paga se gana; es lo que merecemos. La paga que nuestro pecado ha merecido es la muerte, la separación eterna de Dios. Pero la vida eterna no se gana; es un don, ofrecido gratuitamente por medio de Jesucristo.

Dios es santo. Es perfectamente puro, completamente libre de tinieblas. Y debido a esa santidad, el pecado no puede existir en su presencia. Esto no es crueldad, sino la naturaleza misma de su ser, así como las tinieblas no pueden existir en presencia de la luz. Quienes permanecen en su estado de muerte espiritual, separados de Dios por el pecado, no pueden entrar en el reino de Dios. No porque Dios no quiera, sino porque la naturaleza misma de ese reino es la justicia, y no podemos introducir nuestra muerte espiritual en él.

Pero aquí es donde la historia da un giro; aquí es donde la gracia entra en escena.

Juan 3:16–17

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él.

Dios no se rindió ante nuestra muerte espiritual. La vio y envió a su Hijo. Jesús, sin pecado, santo y perfecto, cargó con todo el peso de nuestros pecados al ser elevado en la cruz. Pagó la deuda que teníamos. Y al hacerlo, hizo posible un nuevo nacimiento para todo aquel que creyera.

Nacido del agua y del espíritu

Jesús le dijo a Nicodemo que para entrar en el reino de Dios, uno debe nacer «del agua y del Espíritu» (Juan 3:5). Algunos han interpretado esto como una referencia al bautismo en agua, pero considerar el bautismo como el medio de salvación es malinterpretar tanto el pasaje como la totalidad de las Escrituras. El bautismo es una poderosa señal externa de una transformación interna que ya ha ocurrido. Es una declaración pública, no la fuente de una nueva vida.

El agua a la que Jesús se refería apunta, en cambio, a la purificación espiritual: la eliminación del pecado por el poder del Espíritu Santo. Esta no era una idea nueva. El profeta Ezequiel la había predicho siglos antes.

Ezequiel 36:25–27 Reina Valera 1960

«Entonces rociaré sobre vosotros agua pura, y quedaréis limpios; de toda vuestra inmundicia y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré mi espíritu dentro de vosotros y haré que andéis en mis estatutos.»

Así se ve el nuevo nacimiento desde dentro: un corazón duro y cerrado se transforma en uno tierno y receptivo. Un espíritu vivificado por el Espíritu de Dios que mora en él. No se trata de modificar la conducta, sino de transformarse. No se trata de esforzarse más, sino de ser renovado.

“El nuevo nacimiento no es un cambio de la vieja naturaleza, sino una muerte de la vieja naturaleza y la imposición de una naturaleza completamente nueva.”

— DL Moody

La salvación no es un acto externo. Es una revolución interna. Así como el agua limpia el cuerpo, el Espíritu limpia el alma, no solo cubriendo el pecado, sino eliminándolo. No se trata solo de modificar quiénes somos, sino de transformarnos en personas nuevas.

La mariposa y la oruga

Consideremos por un momento una de las ilustraciones más impresionantes de la naturaleza: la transformación de una oruga en mariposa.

Una oruga está atada a la tierra. Se arrastra. Está limitada por el suelo que la cubre. No hay nada malo en una oruga; es exactamente lo que fue diseñada para ser en esa etapa. Pero no es en lo que finalmente se convertirá. Un día, la oruga entra en el capullo y ocurre algo milagroso. Lo que emerge no es una oruga mejorada. Es una mariposa, una criatura que puede volar. Sus antiguas limitaciones ya no existen. Ha sido completamente renovada.

Esta es una imagen del renacimiento espiritual. Antes de Cristo, estábamos atados a nuestra naturaleza pecaminosa: limitados, terrenales, incapaces de alcanzar la vida para la que Dios nos creó. Pero cuando el Espíritu Santo trae el nuevo nacimiento, no somos simplemente versiones mejoradas de quienes éramos. Somos nuevas

criaturas. La vieja naturaleza no se transforma; es reemplazada por algo que Dios mismo deposita en nosotros.

“*Nos creaste para ti, Señor, y nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en ti.*”

— Agustín de Hipona

La inquietud que describe Agustín —esa persistente sensación de que algo falta, de que la vida debería tener más sentido, de que fuimos creados para algo que aún no hemos encontrado— es el eco de nuestra necesidad espiritual. Fuimos creados para Dios, y hasta que no renazcamos, esa necesidad permanecerá insatisfecha, independientemente de cuánto acumulemos, logremos o experimentemos.

¿Cómo se produce este nuevo nacimiento?

Esta es la pregunta que Nicodemo rondaba por su cabeza, y es la pregunta que todos debemos hacernos tarde o temprano. Si el nuevo nacimiento es necesario, si está más allá del esfuerzo humano, si es obra de Dios, ¿cómo sucede? ¿Cuál es nuestro papel?

Pablo responde a esto en Romanos 10:9 con notable sencillez: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo» (NVI). Dos cosas: creer en el corazón y confesar con la boca.

Creer de corazón implica más que un simple acuerdo intelectual. No se trata simplemente de reconocer hechos históricos: que Jesús vivió, que murió, que resucitó. Se trata de confiar en Él. Se trata de depositar todo el peso de tu destino eterno en lo que Él hizo y en quién es. Efesios 2:8-9 deja claro que esta salvación es «por gracia mediante la fe; y esto no procede de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (NVI).

Confesar con la boca es la expresión externa de esa convicción interna. En la iglesia primitiva, decir «Jesús es el Señor» era una declaración radical y costosa. Significaba renunciar a toda lealtad contraria. Significaba salir de la multitud y ponerse de pie. Jesús dijo en Mateo 10:32: «A cualquiera que me reconozca delante de los hombres, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos». No es una promesa insignificante.

“La fe es el ojo que ve, la mano que toma, la boca que saborea la bondad de Dios.”

— Charles Spurgeon

Pensemos en el apóstol Pablo. Antes de su encuentro con Cristo resucitado en el camino a Damasco, era un perseguidor de cristianos: celoso, religioso, moralmente serio y completamente perdido. Un instante con Jesús lo cambió todo. No gradualmente, sino radicalmente. Pasó de ser enemigo de la Iglesia a su mayor misionero. No se trata de una historia de autoayuda, sino de un nuevo nacimiento.

Consideremos también las palabras de Nabeel Qureshi, un exmusulmán que describió su camino hacia la fe en Cristo como una de las decisiones más dolorosas y costosas de su vida. Sabía que confesar a Jesús como Señor le costaría sus relaciones familiares, su comunidad, su identidad tal como la había conocido siempre. Y aun así lo hizo, porque había llegado a creer, en lo más profundo de su corazón, que Jesús era quien decía ser. Ese tipo de confesión no surge solo de la fuerza de voluntad, sino del nuevo nacimiento.

No es religión — Relación

Una de las cosas más importantes que hay que entender sobre el nuevo nacimiento es lo que no es. No es unirse a una iglesia. No es poner orden en la vida. No es seguir un conjunto de reglas con más rigor ni asistir a los servicios religiosos con mayor regularidad.

Nicodemo tenía todo eso. Era uno de los hombres más devotos de Jerusalén, y aun así Jesús le dijo que necesitaba nacer de nuevo.

La religión puede enseñarnos cómo comportarnos. Solo el nuevo nacimiento puede cambiar quiénes somos.

“Dios no nos ama porque seamos valiosos. Somos valiosos porque Dios nos ama.”

— Martín Lutero

El nuevo nacimiento es el comienzo de una relación con el Dios vivo; no una actuación ante una deidad distante, sino una conexión genuina y transformadora con el Padre que te creó, el Hijo que te redimió y el Espíritu que ahora habita en ti. Eso es lo que lo cambia todo. Eso es lo que permite, por primera vez, empezar a verte con claridad.

El momento en que todo cambia

Cuando naces de nuevo, sucede algo irreversible. La Biblia dice en 2 Corintios 5:17: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; ¡he aquí todas son hechas nuevas!» (NVI). Esto no es una hipérbole, sino una declaración de la realidad espiritual. Te conviertes en una nueva criatura. Un hijo de Dios. Ciudadano del reino de los cielos. Parte de una generación escogida.

Y sucede algo más: el telón comienza a descorrerse. Por primera vez, puedes empezar a ver quién eres realmente, no a través del prisma distorsionado de tus fracasos, tu pasado, tu desempeño o las opiniones ajenas, sino a través de los ojos de Aquel que te creó. Ese es el viaje al que te invita este libro.

Pero todo comienza aquí. Comienza con nacer de nuevo.

¿Has nacido de nuevo? No. ¿Has sido religioso? No. ¿Has intentado ser una buena persona? Pero, ¿has experimentado el nuevo

nacimiento que Jesús describió a Nicodemo: la transformación sobrenatural de tu corazón y espíritu por el poder de Dios?

Si no, puede suceder hoy mismo. Ahora mismo. La oración no tiene que ser larga ni elaborada. Lo que importa es la sinceridad del corazón y la fe que la sustenta. Cree que Jesús murió por tus pecados y resucitó. Confiésalo como Señor de tu vida. Y recibe el don que ningún esfuerzo humano podría obtener jamás: una nueva vida en Cristo.

Porque antes de que puedas ver tu verdadero ser, primero debes nacer de nuevo.



A CONTINUACIÓN

En el próximo capítulo, exploraremos la primera y más fundamental verdad sobre quién eres en Cristo: Eres una nueva creación.

Notas:

Capítulo dos

Eres una nueva creación



"Por lo tanto, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas."

— 2 Corintios 5:17 NVI

En el momento en que naces de nuevo, todo cambia. Probablemente el mundo no lo note. Quizás no haya grandes celebraciones, ni estruendos, ni veas ninguna transformación visible en el espejo. Y, sin embargo, en el reino de lo eterno, ocurre algo tan radical, tan completo y tan permanente que todo el universo de las Escrituras se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas para describirlo. Te conviertes —en el sentido más literal y espiritual— en una criatura completamente nueva.

Esto no es una exageración poética. No es un lenguaje motivacional para que te sientas mejor contigo mismo. Esta es la asombrosa declaración del Dios viviente, que transforma el mundo: en el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo y naciste de nuevo, tu antiguo yo dejó de existir y surgió uno nuevo; no reformado, ni renovado, ni mejorado, sino genuina y completamente nuevo.

Si te ha costado verte como Dios te ve —si la culpa te susurra que sigues siendo la misma persona, si la vergüenza insiste en que tu pasado define tu futuro, si la duda te dice que nada ha cambiado realmente— entonces este capítulo es para ti. Porque una de las mayores tragedias en el cuerpo de Cristo no es que los creyentes pequen, sino que no se conocen a sí mismos. Han sido renovados, pero siguen viviendo como si fueran viejos.

Analícemos con detenimiento y sin prisas lo que realmente significa ser una nueva criatura en Cristo Jesús.

El mayor milagro que jamás conocerás

La transformación que tiene lugar en el «nuevo nacimiento» es un milagro. Lo viejo desaparece y todo se renueva. La Biblia deja claro que todo ser humano se ha separado de Dios y está «espiritualmente muerto». Esto no es una metáfora, sino una condición. En Efesios 2:1, el apóstol Pablo escribe claramente: «Y a vosotros os dio vida, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados». No enfermos. No heridos. No ligeramente desviados. Muertos.

Esta era la condición universal de la humanidad tras la caída de Adán y Eva: no solo un fracaso moral, sino una ruptura fundamental de la vida espiritual y la conexión con Dios. Estábamos vivos físicamente, capaces de pensar, sentir y lograr cosas, pero espiritualmente éramos como una lámpara sin fuente de energía, un cuerpo sin aliento. Podíamos cumplir con los rituales religiosos, seguir reglas, construir instituciones e incluso hacer cosas admirables, pero no podíamos, por nosotros mismos, restaurar lo perdido.

Y entonces vino Jesús.

Él nos abrió el camino para que volviéramos a la vida, para que renaciéramos espiritualmente: un renacimiento espiritual tan completo que constituye un comienzo totalmente nuevo. No una continuación de la vida anterior bajo una nueva dirección. No un proyecto de superación personal con ayuda divina. Un nacimiento. Un génesis. Un comienzo tan fresco que Pablo lo llamaría más tarde nada menos que una nueva creación.

"No eres un pecador salvado por la gracia. Eres un santo que a veces peca. Eres una nueva criatura en Cristo Jesús, y es hora de que empieces a actuar como tal."

— Andrew Wommack, **Gracia: El poder del Evangelio**

Esta distinción es de suma importancia. La forma en que te ves a ti mismo determinará, en última instancia, tu forma de vivir. Si te ves simplemente como un pecador perdonado, pasarás tu vida concentrado en controlar el pecado. Pero si te ves como una nueva creación —nacido de Dios, lleno de su Espíritu, portador de su naturaleza— vivirás desde la victoria en lugar de esforzarte por alcanzarla.

Una nueva especie: lo que revela el texto griego

La palabra griega utilizada en 2 Corintios 5:17 para «creación» es *ktisis*, y conlleva todo el peso del poder creador de Dios. Esta es la misma raíz que se usa para describir la creación original del cosmos. Cuando Pablo dice que eres una «nueva creación», no está usando un lenguaje informal. Está haciendo una declaración teológica que sitúa tu renacimiento en la misma categoría que la luz que Dios trajo de la oscuridad al amanecer de los tiempos.

De hecho, eruditos y maestros bíblicos a lo largo de la historia han señalado que la traducción literal de este pasaje podría ser: «una nueva especie de ser que nunca antes había existido». Reflexiona sobre esto por un momento. No eres simplemente una versión mejorada de ti mismo. No eres la misma persona con mejores hábitos y una conciencia más tranquila. Espiritualmente hablando, eres un ser completamente nuevo, uno que no existía antes de que Cristo te diera vida.

"El nuevo nacimiento no es un simple parcheo de la vieja naturaleza, sino la imposición de una naturaleza completamente nueva. Dios no repara al viejo hombre; crea uno nuevo."

— **Kenneth E. Hagin, El nuevo nacimiento**

Dios no hace renovaciones. No remodela estructuras antiguas. No le da una nueva capa de pintura a un edificio en ruinas. El lenguaje bíblico en todo el Nuevo Testamento es coherente y radical: lo viejo ha pasado, lo nuevo ha llegado. Has resucitado de entre los muertos (Efesios 2:6). Has recibido un corazón nuevo (Ezequiel 36:26). Has llegado a ser partícipe de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4). Has sido trasladado del reino de las tinieblas al reino de su Hijo (Col. 1:13).

Esto no es un pequeño ajuste a tu biografía. Es una transacción cósmica, sellada con la sangre de Jesús, que cambia fundamentalmente lo que eres.

Tres partes, una persona: Entendiendo tu nuevo yo

Para comprender plenamente lo que significa ser una nueva creación, debemos entender cómo Dios diseñó al ser humano. No eres simplemente un cuerpo físico con un cerebro. Las Escrituras revelan que eres un ser tripartito: espíritu, alma y cuerpo. El apóstol Pablo ora en 1 Tesalonicenses 5:23: «Que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserven irrepreensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo», tres aspectos distintos de una misma persona.

Es fundamental comprender estas tres partes, ya que al nacer de nuevo, no todas se transforman de la misma manera ni al mismo tiempo. Esto no es un defecto de diseño, sino la base del extraordinario camino del crecimiento cristiano.

Tu espíritu: renovado al instante y por completo.

Tu espíritu es tu verdadero ser. Es la parte más íntima de tu ser, la parte creada a imagen de Dios y destinada a comunicarse con Él. Antes de la salvación, tu espíritu estaba muerto; no solo herido o

debilitado, sino espiritualmente sin vida y separado de Dios como consecuencia del pecado.

En el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo y lo confesaste como Señor, tu espíritu renació instantáneamente y por completo. No parcialmente. No provisionalmente. No condicionalmente. La Biblia dice que te convertiste en «participante de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). La vida misma de Dios vino a morar en tu espíritu. Naciste de Dios (Juan 1:12-13). Recibiste el Espíritu de adopción, por el cual clamas: «¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15).

Ahora mismo, en este preciso instante, tu espíritu es tan justo, santo y completo como lo será jamás en la eternidad, porque ha sido recreado a imagen de Cristo. Por eso Pablo puede escribir en Colosenses 2:10: «En él estáis completos». A tu espíritu no le falta nada. Se te ha dado todo lo necesario para la vida y la piedad (2 Pedro 1:3).

"Tu espíritu no está mejorando; ya es perfecto. Ya es justo. Ya es santo. El problema es que la mayoría de los cristianos intentan hacer en lo natural lo que ya se ha hecho en lo espiritual."

— José Príncipe, destinado a reinar

Tu alma: La gloriosa obra en progreso

Tu alma es tu mente, tu voluntad y tus emociones: la sede de tu personalidad, tu vida de pensamiento y tu capacidad de tomar decisiones. Y aquí es donde muchos creyentes se confunden: tu alma no se transformó instantáneamente en el momento de la salvación. Tu alma está en proceso de transformación, y se transforma a medida que se renueva.

Por eso Pablo escribe en Romanos 12:2: «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta». La palabra «transformado» proviene del

griego metamorphoo, la misma palabra que se usa para describir la transfiguración de Jesús. De ella deriva la palabra «metamorfosis».

Así como una oruga no se convierte en mariposa al instante, tu alma se transforma progresivamente a medida que te sumerges en la Palabra de Dios, te entregas al Espíritu Santo y renuevas tu mente conforme a la verdad de quién ya eres en Cristo. Esta transformación tiene una dirección y un destino: la conformidad a la imagen de Jesús (Romanos 8:29), pero es un camino, no un evento.

Por eso es tan importante que no evalúes tu nueva identidad basándote en tu estado emocional actual, tus luchas constantes o tus fracasos pasados. A veces tu alma sentirá lo de antes porque aún se está renovando. Pero tu espíritu —tu verdadero ser— ya es nuevo. Alimenta tu mente con la verdad de la Palabra de Dios, y tu alma finalmente alcanzará lo que tu espíritu ya es.

Tu cuerpo: esperando su gloriosa redención

Tu cuerpo físico —la morada que habitas— no cambió en el momento de tu salvación. Sigues luciendo igual. Sigues sintiendo hambre y cansancio. Sigues sujeto a limitaciones físicas y, finalmente, a la muerte física. La Biblia se refiere a esto como el «cuerpo mortal» (Romanos 6:12) y nos instruye a no permitir que el pecado reine en él y a «crucificar» la carne diariamente (Gálatas 5:24).

Pero no malinterpreten esto como malas noticias. Su cuerpo es una morada temporal para un espíritu eterno. Y la historia aún no ha terminado. Un día, en la resurrección, recibirán un cuerpo glorificado, transformado e imperecedero (1 Corintios 15:42-44). Hasta ese día, viven con la extraordinaria invitación de presentar su cuerpo como un «sacrificio vivo, santo y agradable a Dios» (Romanos 12:1), como un instrumento a través del cual la vida de su nuevo espíritu pueda expresarse en el mundo.

De un corazón de piedra a un corazón de carne

Quizás la expresión más tierna y personal de lo que significa ser una nueva creación no se encuentra en el Nuevo Testamento, sino en la antigua profecía de Ezequiel. Hablando a través del profeta a un pueblo en el exilio —un pueblo que se sentía espiritualmente muerto, lejos de Dios y sin esperanza— Dios hizo una promesa extraordinaria:

"Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne." — **Ezequiel 36:26 NVI**

Esta promesa no fue solo una palabra para el antiguo Israel. Es una realidad viva para todo aquel que ha llegado a Cristo. Antes de la salvación, nuestros corazones eran, en palabras de las Escrituras, duros. No necesariamente malvados en un sentido cinematográfico, sino insensibles a Dios, incapaces de conocerlo o amarlo verdaderamente. Un corazón de piedra no puede sentir. No puede conmoverse. No puede recibir la vida de Dios.

Pero Dios, en su misericordia, no solo ablanda el viejo corazón, sino que lo reemplaza por completo. Realiza la cirugía espiritual definitiva, extirpando el corazón de piedra y colocando en ti un corazón de carne: uno tierno, receptivo y vivo para Él. Uno que puede sentir el susurro del Espíritu Santo. Uno que anhela genuinamente lo que Dios anhela. Uno que, como promete Jeremías 31:33, tiene la ley de Dios escrita no en tablas, sino en su misma superficie.

"El nuevo pacto no se trata de esforzarse más por obedecer a Dios desde fuera. Se trata de un corazón que ha sido transformado desde dentro, un corazón que ahora desea obedecer porque ha sido renovado."

— **Jerry Bridges, Transformando la Gracia**

Por eso, la nueva creación no se trata de fuerza de voluntad. No se trata de cumplir a duras penas una lista de obligaciones religiosas. Se trata de un corazón transformado que, naturalmente, comienza a desear lo que Dios desea; no a la perfección, no de la noche a la mañana, sino de manera genuina y creciente a medida que el alma se renueva. No te obligas a amar a Dios; se te ha dado un corazón nuevo que ama a Dios. No fabricas la rectitud; se ha puesto en ti una nueva naturaleza justa.

¿Qué se vuelve nuevo?

Entonces, ¿cómo se manifiesta esta nueva creación en la vida cotidiana? ¿Qué cambios se producen? Las Escrituras describen con claridad las realidades que conlleva nacer de nuevo. Analicemos algunas de las más transformadoras:

Una nueva relación con Dios. Antes de Cristo, estabas alejado de Dios; no solo distante, sino espiritualmente separado. La Biblia dice que estabas «alejado de la vida de Dios» (Efesios 4:18). Pero ahora, por medio de Jesús, has sido reconciliado. No solo tienes acceso a Dios, sino que has sido adoptado en su familia. Puedes acercarte con confianza al trono de la gracia (Hebreos 4:16). Dios es ahora tu Padre en el sentido más pleno e íntimo de la palabra.

Una nueva identidad. Ya no te definen tus acciones, tus experiencias ni cómo te han llamado los demás. Las etiquetas de tu pasado —tus fracasos, tus pecados, tus heridas, tus peores momentos— ya no tienen el poder de definirte. Ahora te define lo que Cristo ha hecho y quién dice Él que eres. Eres obra suya (Efesios 2:10). Eres escogido, santo y amado (Colosenses 3:12). Eres la justicia de Dios en Cristo (2 Corintios 5:21).

Un nuevo rumbo. Los anhelos de tu corazón comienzan a transformarse. Lo que antes te cautivaba puede perder su atractivo.

Lo que antes te parecía tedioso de los caminos de Dios puede volverse genuinamente atractivo. No se trata de que te esfuerces más por ser bueno, sino de que tu nueva naturaleza se manifiesta. Como escribe Pablo en Filipenses 2:13: «Dios es quien obra en ustedes tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad».

Un nuevo poder. Ya no estás solo en tus esfuerzos por vivir rectamente. El Espíritu Santo del Dios viviente ahora mora en ti (1 Corintios 6:19). Él es tu Consolador, tu Consejero, tu Guía, tu Fortalecedor. Se te ha dado poder, no solo valentía espiritual, sino el mismo poder de resurrección que resucitó a Jesús de entre los muertos, ahora obrando en ti (Efesios 1:19-20).

Una nueva esperanza. Tu futuro ya no está condicionado únicamente por tus circunstancias, tus fracasos o las limitaciones de esta vida. La vida eterna es tuya, no como una posibilidad lejana, sino como una posesión presente. Jesús dijo: «El que cree en mí tiene vida eterna» (Juan 6:47). No tienes que esperar a morir para empezar a experimentar la vida eterna. Ya ha comenzado.

"En el momento en que vuelves a nacer, te conviertes en el ser más importante del universo, no por quién eres en tu interior, sino por quién está dentro de ti."

— Bill Johnson, Cuando el cielo invade la Tierra

La batalla: por qué no siempre te sientes nuevo

Si todo esto es cierto —y lo es—, ¿por qué tantos creyentes siguen sintiéndose como antes? ¿Por qué persisten los viejos patrones? ¿Por qué el pecado sigue llamando a la puerta? ¿Por qué a veces el corazón se siente más duro como la piedra que como la carne? La respuesta reside en la distinción que exploramos anteriormente. Tu espíritu es completamente nuevo. Pero tu alma —tu mente, voluntad y emociones— aún está en proceso de renovación. Y tu cuerpo todavía conserva sus viejos apetitos y tendencias. Por lo tanto, existe

una tensión muy real en la vida cristiana entre quién ya eres en espíritu y en quién te estás convirtiendo en alma y cuerpo.

Pablo describe vívidamente esta tensión en Romanos 7 y 8. Habla de la lucha entre la carne y el Espíritu, entre los viejos patrones de pensamiento y la nueva vida interior. Pero fíjense en su conclusión: no en la derrota, ni en la resignación, sino en la declaración: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1). La lucha es real. Pero el veredicto ya se ha dado. No estás condenado. Eres nuevo.

La clave para manejar esta tensión se encuentra en Romanos 8:6: «Porque la mentalidad carnal es muerte, pero la mentalidad espiritual es vida y paz». Donde enfocas tu atención determina cómo vives. Si te concentras en tus fracasos, tus sentimientos, tus viejos patrones, vivirás como si aún fueras la misma persona. Pero si te enfocas en quién dice el Espíritu que eres, comenzarás a vivir desde tu nueva naturaleza hacia afuera.

Muchos cristianos viven anclados en Romanos 7 cuando Dios ya los ha llevado a Romanos 8. Dejen de repasar sus derrotas y empiecen a proclamar su identidad.

— Tony Evans, *Victoria en la guerra espiritual*

Esto no es negación. No estás fingiendo que la tentación no existe ni que nunca cometes errores. Simplemente estás eligiendo creer que lo que Dios dice es más real que lo que te dicen tus sentimientos. La fe siempre elige creer en la Palabra por encima de los sentimientos. Y con el tiempo, a medida que la mente se renueva, los sentimientos comienzan a cambiar.

Deja de verte a través de los ojos del ayer.

Una de las invitaciones más profundas de toda la Escritura se encuentra en 2 Corintios 5:16, el versículo que precede al famoso versículo de la «nueva creación». Pablo escribe: «Por lo tanto, de

ahora en adelante, no consideramos a nadie según la carne». En otras palabras, ya no vemos a las personas —incluyéndonos a nosotros mismos— a través de la antigua perspectiva del pecado, el fracaso y la limitación.

Si has nacido de nuevo, debes dejar de verte a través de los ojos del pasado. Deja de definirte por tu peor momento. Deja de estar de acuerdo con las acusaciones del enemigo. Deja de permitir que las etiquetas de los demás —pronunciadas con ira, ignorancia o crueldad— determinen tu autoimagen. Esas etiquetas fueron escritas sobre tu antiguo yo, y ese antiguo yo ya no existe.

Dios te ve de una manera diferente. Cuando te mira, no ve a la persona que eras antes, sino a la persona que su Hijo te ha hecho. Ve la justicia de Cristo que te ha sido otorgada (2 Corintios 5:21). Ve a su hijo amado, creado para buenas obras, llamado por su nombre, conocido plenamente y amado por completo (Efesios 2:10; Isaías 43:1).

El apóstol Juan lo expresa maravillosamente: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él» (1 Juan 3:2). Ahora —no algún día, no después de haber mejorado lo suficiente, no una vez que hayas demostrado tu valía— sino ahora mismo, eres hijo de Dios. Esta es tu realidad presente.

"Nunca podrás superar la imagen que tienes de ti mismo. Pero cuando te veas como Dios te ve —justo, santo, amado, elegido— esa imagen se convierte en el punto de partida para la transformación."

— Joyce Meyer, *El campo de batalla de la mente*

Una palabra para quien duda del cambio.

Quizás, mientras leías este capítulo, una voz silenciosa pero persistente te susurró: "Esta no soy yo. No me siento nueva. He hecho demasiado. Me he caído demasiadas veces. Seguramente esto no se aplica a alguien como yo".

Escucha esto, querido amigo: la nueva creación no es una recompensa por logros espirituales. Es un don que se les da a quienes son lo suficientemente humildes para recibirlo. No lo ganaste, ni puedes perderlo por fracaso. Fue adquirido enteramente por la gracia de Dios mediante el sacrificio de Jesucristo en la cruz, y te fue otorgado en el momento en que creíste.

Puede que no te sientas como una nueva criatura. Pero no estás llamado a guiarte por tus sentimientos, sino por la fe (2 Corintios 5:7). Y la fe comienza con la sencilla pero valiente decisión de aceptar lo que la Palabra de Dios declara, incluso cuando tus emociones se resisten.

La transformación es real. La vida que hay en ti es real. El nuevo corazón que late en tu pecho —el corazón de carne que reemplazó al corazón de piedra— es real. Ya no eres quien eras. Eres quien la Palabra de Dios dice que eres.

Comienza ahí. Regresa ahí. Construye ahí. Todo en tu vida cristiana emana de esta verdad fundamental: eres una nueva creación. Lo viejo ha pasado. ¡He aquí que todo es nuevo!



A CONTINUACIÓN

En el capítulo tres, exploraremos otra verdad que transformará tu vida: Estás "en Cristo", y qué significa eso para cada área de tu vida..

Capítulo tres

Estás en Cristo



«He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. La vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí.»

— **Gálatas 2:20**

Hay una bisagra en la puerta de tu vida espiritual, y eso lo cambia todo.

Esa clave reside en tu identidad en Cristo. Si lo entiendes bien, se te abrirán de par en par las realidades más asombrosas de lo que significa ser seguidor de Jesús. Si te equivocas —o lo pasas por alto por completo—, podrías pasar toda tu vida cristiana luchando por algo que ya tienes, buscando una aprobación que ya te ha sido concedida y anhelando una identidad que Dios ya ha creado.

Comenzamos este viaje explorando lo que sucede en el momento del nuevo nacimiento: cómo, en un instante divino, te conviertes en una nueva criatura en Cristo. Todo cambia en ese momento. La pregunta que ahora nos planteamos es: ¿Te ves a ti mismo como Dios te ve? ¿Comprendes en quién te has convertido realmente?

Esa pregunta es más difícil de lo que parece.

La identidad que llevamos sin pensarlo

Si le preguntas a la mayoría de la gente quiénes son, sus respuestas surgen rápidamente, casi por reflejo. "Soy maestra". "Soy madre". "Soy pastora". "Soy estudiante". Nos definimos por nuestros roles,

nuestras relaciones, nuestros logros y nuestros fracasos. Llevamos estas etiquetas como si fueran ropa que nos pusimos hace tanto tiempo que ya ni las recordamos.

Incluso en cuestiones de fe, solemos recurrir a etiquetas secundarias. «Soy bautista». «Soy pentecostal». «No pertenezco a ninguna denominación». Estas etiquetas no son necesariamente incorrectas, pero son demasiado limitadas. Describen dónde o cómo se practica el culto, no quiénes somos.

Si pudieras sentarte con el apóstol Pablo y preguntarle cómo se describiría a sí mismo como creyente, dudo que mencionara una denominación religiosa o un cargo ministerial. Su respuesta, que se desprende de la esencia de sus cartas, sería casi con toda seguridad: «Soy un hombre en Cristo». Ese fue el fundamento sobre el que se construyó todo lo demás en la vida de Pablo.

Debemos comprender que nuestra identidad no se define principalmente por lo que hacemos, lo que hemos hecho o lo que nos han hecho. Nuestra identidad se define por lo que Dios ha declarado acerca de nosotros en Cristo.

— **Paul David Tripp, Asombro**

El desafío para la mayoría de nosotros radica en que nuestra identidad se ha forjado mucho antes de conocer a Cristo: por nuestros padres, maestros, entrenadores, heridas de la infancia, expectativas culturales y la acumulación gradual de experiencias vitales. Algunas de esas experiencias fueron hermosas y nos brindaron una sana autoestima. Otras nos hirieron profundamente y nos dejaron con una imagen de nosotros mismos que nunca fue auténtica.

La buena noticia —la noticia casi increíble— es que tu historia ya no tiene la última palabra sobre quién eres. Dios la tiene. Y Él ha hablado con claridad.

Dos palabras que lo cambian todo

Abre tu Biblia en cualquiera de las cartas que escribió Pablo — Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses— y comienza a leer con una perspectiva renovada. En concreto, fíjate en una breve frase de dos palabras que se repite una y otra vez, como una melodía recurrente en cada página: «en Cristo».

También encontrarás expresiones similares: en Él, en Quien, por Cristo, a través de Él, por Él. Estas frases y sus equivalentes aparecen más de ciento cincuenta veces en las cartas de Pablo. Ciento cincuenta veces. Y, sin embargo, es perfectamente posible haber leído a Pablo durante años —incluso décadas— sin haber comprendido realmente el significado de esas dos sencillas palabras.

Eso no es algo insignificante como para pasarlo por alto. Es el centro de todo.

La preposición «en» seguida del nombre «Cristo» constituye la base de lo que los teólogos denominan la doctrina de la unión con Cristo, y es, sin duda, una de las realidades menos exploradas y menos predicadas de toda la vida cristiana. Estar «en Cristo» no es un adorno poético, sino una afirmación del hecho más fundamental de quién eres.

La unión con Cristo es la verdad central de toda la doctrina de la salvación. Todos los actos salvíficos de Dios se realizan en y a través de nuestra unión con él.

— **John Murray, La redención consumada y aplicada**

Al terminar este capítulo, tal vez sientas que nos hemos detenido demasiado en solo dos palabras. Pero te aseguro que estas páginas

apenas rozan la superficie de esta doctrina profunda, maravillosa y transformadora. Mi oración es que te abran los ojos para ver, desde diversas perspectivas bíblicas, la asombrosa realidad de lo que significa estar en Cristo. Si le perteneces, esto es lo que realmente eres, cada día de tu vida.

Cristo en mí: La presencia que mora en mí

Comencemos con una verdad tan asombrosa que el propio Pablo la llamó un misterio: Cristo vive en vosotros.

No está cerca de ti. No te vigila desde la distancia. No es accesible solo en momentos de oración, adoración o intensidad espiritual. Está dentro de ti. Presente. Permanente. Personal.

Pablo lo dejó claro en uno de los pasajes más personales que jamás escribió:

«He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. La vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí.» — Gálatas 2:20

Fíjense en lo que Pablo no dice. No dice que Jesús lo mejoró, lo transformó ni lo ayudó a convertirse en una mejor versión de sí mismo. Dice que ese yo anterior ha desaparecido. Crucificado. La persona que Pablo fue —el fariseo hipócrita, el perseguidor de la iglesia, el hombre movido por el orgullo y el afán de aparentar— murió. Y en su lugar, vive un hombre nuevo. Uno en quien ahora mora Cristo mismo.

Esta misma verdad se reitera cuando Pablo escribe a la iglesia de Corinto: «¿Acaso no saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» (1 Corintios 3:16). Reflexiona un momento sobre estas palabras. Tú eres el templo de Dios. La

misma presencia que una vez llenó el Lugar Santísimo en Jerusalén —esa presencia imponente, gloriosa y sobrecogedora— ahora mora en ti. Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, ha tomado residencia en tu cuerpo.

Y luego está el extraordinario pasaje de Colosenses, donde Pablo llama a esta verdad un misterio, algo oculto en los siglos pasados, algo que los profetas vislumbraron desde la distancia, algo que solo se reveló por completo a través de la muerte y resurrección de Jesús:

"A ellos Dios les ha concedido dar a conocer entre los gentiles las gloriosas riquezas de este misterio, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria."

— **Colosenses 1:27**

El misterio no era un nuevo sistema religioso. No se trataba de un nuevo conjunto de reglas a seguir ni de nuevas experiencias espirituales que buscar. El misterio —el glorioso, asombroso e incommensurable misterio— era este: Dios no solo estaría cerca de su pueblo, sino que estaría en él.

No se trata de que Jesús esté allá arriba y tú aquí abajo, con una gran distancia espiritual entre ustedes. Sino de que Jesús esté en ti, contigo, a través de ti, en cada momento, en cada circunstancia, sin importar cómo te sientas ni cuál sea tu situación.

La vida cristiana no consiste en que nosotros vivamos una vida como la que Jesús habría vivido, sino más bien en que Jesús viva su vida en nosotros y a través de nosotros.

— **Mayor W. Ian Thomas, La vida salvadora de Cristo**

Por eso, en esencia, el cristianismo no es un código moral a seguir ni una institución religiosa a mantener. Es una relación viva, constante y presente con el Señor Jesucristo resucitado, quien, por puro amor y gracia, ha elegido habitar en tu interior. Esta verdad

debería llenar cada rincón de tu alma de asombro, gratitud y una esperanza inquebrantable.

Tú en Cristo: Un nuevo lugar, una nueva identidad

Pero el milagro funciona en ambos sentidos. No solo Cristo está en ti, sino que tú estás en Cristo.

Aquí es donde muchos creyentes se estancan. Comprenden la idea de la presencia de Cristo en su interior, pero aún no han entendido del todo lo que significa haber sido incorporados a Cristo: arrebatados a Él, escondidos en Él, ubicados permanentemente en Él.

En el momento en que recibes a Jesús por gracia mediante la fe, el Espíritu Santo realiza un acto espiritual que Pablo describe en 1 Corintios 12:13 como un bautismo; no solo un bautismo en agua, sino una inmersión divina en el cuerpo mismo de Cristo. Y Gálatas 3:27 lo hace personal: «Porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido». Has sido revestido de Él. Estás envuelto en Él. Estás en Él.

Piénsalo así: un guante no tiene poder, ni movimiento, ni vida propia. Pero cuando una mano entra en él, el guante empieza a hacer cosas que jamás podría hacer por sí solo. Tú no eres el guante y Cristo no es simplemente la mano —la relación es mucho más íntima—, pero esta imagen refleja algo de lo que significa estar «en Cristo». Su vida se convierte en la realidad que anima la tuya.

Estar "en Cristo" es estar en un nuevo entorno, respirar una nueva atmósfera, tener acceso a recursos completamente nuevos; es un cambio tan radical como pasar del espacio exterior al aire rico en oxígeno de la Tierra.

— **Sinclair Ferguson, Solo por gracia**

Una forma de conciliar estas dos verdades es la siguiente: «Tú en Cristo» describe tu lugar según el propósito eterno de Dios. «Cristo en ti» describe su lugar en tu vida según ese mismo propósito. Ambas son permanentes. Ambas son reales. Ambas son tuyas en el momento en que depositas tu fe en Jesús.

Otra perspectiva: si todo lo que pertenece a Cristo te pertenece porque estás en Él, entonces todo lo que es tuyo le pertenece a Él porque Él está en ti. Su justicia, su aceptación ante el Padre, su autoridad, su paz: todo esto fluye hacia ti en virtud de tu unión con Él. Y tu vida, tu cuerpo, tu tiempo, tus dones: todo esto es ahora su morada, su instrumento en el mundo.

Esto es lo que Pablo quiere decir en Romanos 6:13 cuando afirma que debemos ofrecer nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Nuestras manos, nuestra voz, nuestra mente: ahora son las manos, la voz y la mente a través de las cuales Cristo continúa su obra en la tierra. ¡Qué pensamiento tan asombroso!

Por qué esto lo cambia todo

He aquí la gran tragedia de gran parte de la vida cristiana: nos conformamos con modificar nuestra conducta cuando se nos ha dado la transformación. Nos esforzamos al máximo en las disciplinas espirituales intentando convertirnos en algo que ya somos. Buscamos una identidad que ya nos ha sido concedida. Nos esforzamos por obtener una aprobación sellada en la cruz.

Comprender la unión con Cristo —tanto Cristo en ti como tú en Cristo— es la gran solución a todo ese afán. No elimina el llamado a crecer, a obedecer, a buscar la santidad. Pero traslada la fuente de ese crecimiento de nuestro propio esfuerzo a Su vida en nosotros y a nuestra posición segura en Él.

*Muchos cristianos viven como huérfanos
espirituales cuando han sido hechos hijos e hijas
del Rey. Luchan por una identidad que ya poseen y
buscan un hogar en el que ya viven.*

— **Neil T. Anderson, Victoria sobre la oscuridad**

Tu verdadero ser —tu auténtico yo— no es la persona moldeada por tus peores recuerdos ni por tus fracasos más persistentes. No es la persona definida por lo que otros dicen de ti, ni por los roles que desempeñas, ni por las etiquetas que el mundo te ha impuesto. Tu auténtico yo es la persona que Dios creó y recreó en Cristo; la persona que Él ha puesto en su Hijo, y en quien su Hijo ha venido a habitar.

Esa es tu verdadera esencia. Cada día de tu vida. En cada etapa. En cada lucha. En cada momento de duda y en cada momento de alegría.

Tú estás en Cristo. Y Cristo está en ti.

En los próximos capítulos, exploraremos qué significa esto con detalles específicos, prácticos y que dan vida. Analizaremos varias verdades sobre quién eres en Cristo. Las llamamos «Realidades de la Nueva Creación». Cada verdad que estudiamos emana de este fundamento: estás en Cristo.

La puerta está abierta. La bisagra ha girado. Entremos juntos.

A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo cuatro, exploraremos “En Cristo” eres “Redimido y Perdonado”.



Capítulo cuatro

“En Cristo”

Has sido redimido y perdonado.



"En Él tenemos redención por medio de su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia."

— Efesios 1:7

Antes de continuar, permítanme preguntarles algo. Cuando se miran al espejo —no a su rostro, sino a quienes realmente son— ¿qué ven? ¿Ven a alguien definido por sus peores momentos? ¿Alguien que aún arrastra el peso de los fracasos, la vergüenza y los pecados del pasado? Si esa es la imagen que les devuelve el espejo, entonces este capítulo fue escrito para ustedes.

Una de las verdades más liberadoras de toda la Escritura es esta: si has puesto tu fe en Jesucristo, no eres quien tu pasado dice que eres. Eres quien Dios dice que eres. ¿Y qué dice Dios? Dice que eres redimido. Dice que eres perdonado. Completamente. Para siempre. Gratuitamente.

Estos no son solo términos teológicos para archivar en un diccionario bíblico. Son realidades vivas que tienen el poder de transformar tu autoimagen, tu forma de vivir y tu relación con Dios cada día. El enemigo lo sabe, por eso se esfuerza por mantener a los creyentes bajo una nube de culpa y vergüenza mucho después de que Dios ya la haya liberado. Pero hoy, la verdad te hará libre.

El peso que nunca estuvimos destinados a cargar

Antes de hablar de lo que nos ofrece la redención, debemos ser honestos sobre cómo es la vida sin ella. La Biblia es inequívoca al respecto: sin Cristo, todo ser humano se encuentra ante Dios en la

misma condición. Romanos 3:10-12 lo declara claramente: no hay justo, ni siquiera uno. Todos nos hemos desviado. Todos hemos fallado. Esto no pretende condenarnos; pretende mostrarnos exactamente por qué necesitábamos un Salvador.

La culpa pesa. La vergüenza es asfixiante. Mucha gente pasa la vida intentando huir de su pasado, enterrándolo bajo el ajetreo, adormeciéndolo con distracciones o pagándolo con el autocastigo. Pero ninguna de esas estrategias funciona, porque la deuda del pecado no se puede saldar con nada de lo que hagamos. Requería un precio que solo una Persona podía pagar.

*"No somos pecadores porque pecamos.
Pecamos porque somos pecadores. La
única cura para esta enfermedad no es la
superación personal, sino la
transformación divina."*

Esa transformación es precisamente lo que Dios proveyó a través de Jesucristo. Y una vez que comprendas lo que sucedió en la cruz por ti, nunca volverás a verte de la misma manera.

Has sido redimido

La palabra «redimido» es una de las más significativas de toda la Biblia. Redimir significa comprar, pagar un rescate que libera al cautivo. En el mundo antiguo, si una persona caía en la esclavitud por deudas, un pariente redentor podía intervenir, pagar el precio y traerla de vuelta a casa. El esclavo no debía nada. La deuda desaparecía. Su libertad había sido comprada por completo gracias al sacrificio de otro.

Eso es exactamente lo que Jesús hizo por ti. Cuando derramó su sangre en la cruz, no fue un simple gesto, sino un pago. Un pago completo, definitivo y absoluto que te liberó del pecado, de la autoridad del diablo y de la maldición que había mantenido cautiva a la humanidad desde el Jardín del Edén. Colosenses 1:13 nos dice que Dios nos ha librado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo. Fuiste redimido. Fuiste traído de vuelta a casa.

"Dios no nos ama porque seamos valiosos. Somos valiosos porque Dios nos ama. Y Él demostró ese amor a un precio incalculable."

— **Martín Lutero**

Piénsalo así: las tiendas emiten cupones que se pueden canjear en la caja para obtener un descuento. El cupón debe presentarse antes de recibir el descuento. Cuando Jesús presentó su sangre ante el Padre, redimió cada promesa de Dios en tu favor. Cada bendición. Cada beneficio. Cada derecho que pertenece a un hijo del Rey: todo fue comprado con su sangre y puesto a tu disposición en el momento en que depositaste tu fe en Él.

Declaración: *Soy redimido por la sangre de Jesucristo. Mi libertad fue completamente adquirida en la cruz, y hoy camino en esa libertad.*

Redimidos de la maldición: las tres dimensiones

Gálatas 3:13 nos dice que «Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley». Esta redención es integral y abarca todas las necesidades

humanas. Existen tres manifestaciones principales de la maldición de la que Cristo nos ha liberado, y comprender las tres ampliará radicalmente tu perspectiva sobre lo que te corresponde como creyente.

1. Redimidos de la muerte espiritual

La peor maldición de todas es la muerte espiritual: la separación de Dios. Toda persona que nace en este mundo lleva consigo esta condición por defecto. Como describe Efesios 2:1, estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. No enfermos. No heridos. Muertos. Y los muertos no pueden sanarse a sí mismos.

Pero en el momento en que entregaste tu vida a Jesucristo, ocurrió algo milagroso. Naciste de nuevo (Juan 3:3). La vida de Dios —la vida eterna— entró en tu espíritu y te convertiste en una nueva criatura. 2 Corintios 5:17 lo expresa maravillosamente: «Lo viejo pasó; he aquí, lo nuevo ha llegado». No solo comenzaste de cero, sino que recibiste una vida completamente nueva. Cobraste vida para Dios, te convertiste en hijo del Rey, en ciudadano permanente de su reino. La muerte espiritual ya no tiene poder sobre ti.

"No eres un accidente. No eres una ocurrencia tardía. Eres un hijo elegido y redimido del Dios viviente; esa identidad fue adquirida al precio más alto posible."

— Beth Moore

2. Redimidos de la enfermedad.

Esta verdad sorprende a muchos creyentes, pero la Escritura es clara: la sanación forma parte de la redención. Isaías 53:5 declara que «por sus llagas fuimos sanados», y 1 Pedro 2:24 lo confirma en tiempo pasado: «por sus heridas fuisteis sanados». El Salmo 103:2-

3 menciona el perdón y la sanación como beneficios propios del hijo de Dios.

La enfermedad entró en el mundo con la caída. Es parte de la maldición. Pero Cristo nos redimió de la maldición, y eso incluye el sufrimiento físico. Así como proveyó para el perdón de todo pecado, también proveyó para la sanación de toda enfermedad. Esto no significa que nunca enfrentaremos problemas de salud en esta vida, sino que los enfrentaremos desde una posición de autoridad basada en el pacto, no como víctimas indefensas. La sanación te pertenece. Fue adquirida para ti. Es parte de lo que Jesús llevó a la cruz.

3. Redimidos de la pobreza

Quizás ningún aspecto de la redención sea más incomprendido o más descuidado que este. Sin embargo, la Biblia no guarda silencio al respecto. Deuteronomio 28 deja meridianamente claro que la pobreza figura entre las maldiciones del pacto roto, y Cristo nos ha redimido de esa maldición.

En 2 Corintios 8:9 encontramos este asombroso pasaje: «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros, por medio de su pobreza, llegarais a ser ricos». Jesús no se hizo pobre por casualidad. Fue un acto deliberado e intencional de gracia que os trajo la bendición financiera. Esto no es una licencia para la avaricia, sino una invitación a vivir en la generosa provisión de nuestro Padre celestial, libres del temor y la carencia que produce la pobreza.

En conjunto, estas tres dimensiones revelan que tu redención no es parcial, sino completa. Espíritu, alma y cuerpo. Ahora y por toda la eternidad. Todo lo que la caída arrebató a la humanidad, Cristo lo redimió con su sangre.

Estás perdonado

La redención y el perdón son inseparables. Ser redimido es ser perdonado, plena, definitiva y eternamente. 1 Juan 2:12 dice: «Les escribo, hijitos, porque sus pecados les han sido perdonados por su nombre». No será. No podría ser. Ha sido. Tiempo pasado. Resuelto. Hecho.

El Salmo 103:12 describe una de las imágenes más conmovedoras del perdón de Dios en toda la Biblia: «Tan lejos como está el oriente del occidente, así de lejos ha alejado de nosotros nuestras transgresiones». El oriente y el occidente jamás se encuentran. No tienen fin. Así de completamente Dios ha borrado tu pecado. No lo ha archivado para recuperarlo después. Lo ha borrado por completo. E Isaías 1:18 añade esta imagen inolvidable: «Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve quedarán blancos».

"El perdón no es un acto ocasional; es una actitud constante. La actitud de Dios hacia el corazón arrepentido siempre es de brazos abiertos, no de puño cerrado."— **Max Lucado**

Muchos creyentes aceptan intelectualmente que Dios perdona, pero les cuesta sentirse perdonados. Confiesan el mismo pecado una y otra vez, convencidos de que su culpa es demasiado persistente para desaparecer. Pero esta es la verdad a la que debes aferrarte: el perdón no es un sentimiento. Es un hecho establecido por la sangre de Jesús. Tus sentimientos se transformarán cuando dejes de centrarte en tus errores y empieces a enfocarte en su obra consumada.

No hay pecado demasiado grande para el perdón de Dios. Creer que tu pecado está fuera del alcance de la sangre de Jesús es como decir que tu pecado es más poderoso que el Hijo de Dios, y eso simplemente no es cierto. La sangre de Jesús es más grande que cualquier pecado, cualquier fracaso, cualquier adicción, cualquier capítulo oscuro que hayas vivido. Cada gota de culpa, cada mancha de vergüenza: la sangre lo cubre todo.

«La cruz es la prueba irrefutable de que el amor de Dios por los pecadores es mayor que su odio al pecado. La gracia no consiste en que Dios pase por alto lo que hicimos, sino en que Dios pague por lo que hicimos, en nuestro lugar.»

—Timothy Keller

Declaración: *Soy perdonado. Mis pecados han sido borrados tan lejos como está el oriente del occidente. He sido lavado y purificado por la sangre de Jesús, y me presento ante Dios sin culpa ni vergüenza.*

Recibe gratuitamente, ahora da gratuitamente.

Hay otra dimensión esencial del perdón que no podemos pasar por alto, y es la que cierra el círculo: puesto que hemos sido perdonados tan generosamente, estamos llamados a perdonar a los demás con la misma generosidad. Efesios 4:32 lo expresa con sencillez: «Sean bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándose mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo».

Cuando alguien te hace daño —te traiciona, te calumnia, te hiere profundamente— todo instinto humano clama por justicia. Queremos que sientan lo que sentimos nosotros. Queremos que rindan cuentas. Queremos venganza. Dios comprende esos

sentimientos. Pero Él nos llama a algo superior, porque sabe algo que a veces olvidamos: la falta de perdón no castiga a la otra persona. Nos castiga a nosotros.

"El resentimiento es como beber veneno y esperar que la otra persona muera. Perdonar no es excusar lo que hicieron, sino renunciar al derecho a reprocharles y confiar en que Dios sea el juez."

— **Joyce Meyer**

El perdón es una elección, no un sentimiento. No tienes que esperar a sentir ganas de perdonar a alguien. Tú lo eliges, así como Dios te perdonó cuando aún eras pecador (Romanos 5:8). Dejas la ofensa en manos de Dios y confías en Romanos 12:19: «Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor». Dios es el juez supremo, y Él es mucho mejor en justicia de lo que nosotros jamás seremos.

Cuando perdonas, no liberas a la otra persona de su responsabilidad, sino que te liberas a ti mismo. Sales de la prisión del resentimiento y regresas a la libertad que Cristo te otorgó. Mateo 10:8 nos enseña: «De gracia recibisteis; dad de gracia». El perdón que ofreces a los demás surge del perdón que ya has recibido.

Esta es la persona que realmente eres.

La pregunta central de este libro es: ¿Te reconoces tal como eres? Y ahora, tras haber analizado lo que las Escrituras declaran acerca de tu identidad en Cristo, solo hay una respuesta honesta.

Tu verdadero ser no es la versión definida por tu peor día. Tu verdadero ser no es la persona que tu acusador dice que eres. Tu verdadero ser no es la suma de tus fracasos, tus remordimientos ni tu vergüenza. Tu verdadero ser es la persona que Dios ve cuando te

mira a través de la sangre de su Hijo: redimido, perdonado, restaurado y libre.

No necesitas ganártelo. No puedes pagarlo. Solo necesitas recibirlo, por fe, como un don de su gracia. Ya es tuyo. Fue adquirido para ti incluso antes de que supieras que lo necesitabas. La obra está terminada. El precio ha sido pagado. La única pregunta que queda es si lo creerás y vivirás conforme a ello.

"No te defines por dónde has estado. Te define adónde te lleva Dios. La sangre de Jesús no solo cubre tu pasado.

—Christine Caine

Vive esta verdad hoy. Deja que se arraigue en lo más profundo de tu corazón. Proclámala en voz alta cuando el enemigo intente recordarte quién eras antes. Eres una nueva criatura. Has sido redimido por la sangre del Cordero. Tus pecados han sido borrados tan lejos como está el oriente del occidente. Has sido perdonado plena y gratuitamente.

Esa eres tú de verdad. Y es gloriosa.

Declaración: *Soy redimido y perdonado por la sangre de Jesucristo. Soy libre de la muerte espiritual, la enfermedad y la pobreza. Mis pecados han sido borrados, mi vergüenza ha desaparecido y camino en la plenitud de todo lo que Cristo adquirió para mí. Perdono libremente a los demás, así como he sido perdonado libremente. Este soy yo. Este soy yo de verdad.*

A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo cinco, estudiaremos cómo: “Eres hijo de Dios” en Cristo.

Capítulo cinco

“En Cristo”

Eres un hijo de Dios



"Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

— Juan 1:12 (RV)

Existe una pregunta que subyace a todas las demás preguntas de tu vida: a las ansiedades sobre tu carrera, tus relaciones, tus fracasos y tu futuro. Es una pregunta tan fundamental que tu respuesta determinará todo lo demás.

¿Quién soy yo, en realidad?

El mundo te ofrecerá cientos de respuestas diferentes a esa pregunta: tu puesto de trabajo, tu patrimonio, tu pasado, tu personalidad, tu desempeño. Pero ninguna de esas respuestas satisfará el anhelo que reside en lo más profundo de tu ser. Porque lo que tu alma realmente pregunta no es qué haces ni qué has hecho. Pregunta: ¿Soy conocido? ¿Soy amado? ¿Pertenezco a algún lugar?

El evangelio de Jesucristo responde a las tres preguntas con un rotundo sí, y lo hace con tres de las palabras más poderosas de toda la Escritura: Hijo de Dios.

No todos son hijos de Dios, pero tú puedes serlo.

He aquí una verdad que sorprende a muchos: si bien todo ser humano fue creado a imagen de Dios y amado por Él, no todos son

hijos de Dios. La expresión «hijo de Dios» no es un título universal. Es un título relacional, y requiere una relación.

No nacemos en la familia de Dios por nacimiento natural. Entramos en ella mediante un segundo nacimiento: el renacimiento espiritual que ocurre en el momento en que recibimos a Jesucristo como Señor y Salvador. Jesús lo llamó «nacer de nuevo» (Juan 3:3). Pablo lo llamó convertirse en una «nueva creación» (2 Corintios 5:17). Juan lo expresó claramente en su Evangelio: a quienes reciben a Cristo se les otorga el derecho —el derecho legal, espiritual y eterno— de ser hijos de Dios.

Nos convertimos en hijos de Dios no por creación, sino por conversión.

Ahora bien, algunas personas creen que con solo reconocer la existencia de Dios ya están en paz con Él. Pero Santiago, el hermano de Jesús, tuvo una respuesta contundente a esa idea:

"Tú crees que hay un solo Dios; haces bien. También los demonios creen, y tiemblan."

— Santiago 2:19 (RV)

La creencia intelectual en la existencia de Dios no es lo mismo que una relación de confianza con Dios a través de Cristo. Incluso los demonios saben que Dios es real, y eso no les sirve de nada. Lo que lo cambia todo no es simplemente saber acerca de Dios, sino ser conocido por Él. No se trata de esfuerzos religiosos, ni de afán moral, ni de buenas intenciones, sino de una fe genuina y transformadora en Jesucristo.

"Te conviertes en hijo de Dios no por mejorar tus actos, sino por nacer de nuevo. No es una reforma, sino una regeneración. Dios no mejora tu vieja naturaleza; te da una completamente nueva."

— Charles Stanley, pastor y autor

En el momento en que depositaste tu fe en Jesús —de forma auténtica, personal y sincera— no solo fuiste perdonado. Fuiste adoptado. Fuiste incorporado a una familia. Recibiste un nuevo nombre, una nueva naturaleza y un nuevo Padre.

Por qué saber esto lo cambia todo

¿Puedes decir las palabras "Soy hijo de Dios" y sentir realmente el peso de lo que eso significa?

Vivimos tiempos caóticos e inciertos. El miedo, la presión y la inestabilidad parecen dominar nuestras emociones. Los problemas de salud mental alcanzan niveles sin precedentes. La soledad es una epidemia. La confusión de identidad nunca ha estado tan extendida. Y debajo de todo esto —debajo del ruido de las redes sociales, la presión por rendir, la búsqueda desesperada de significado— existe un anhelo profundo que nada en este mundo puede satisfacer.

Ese anhelo no es un defecto. Es una huella dactilar.

Mucho antes de que existieras en este mundo, Dios te creó con amor, detalle y devoción. Ese anhelo que sientes en los momentos de soledad —la sensación de que debe haber algo más, alguien más— es el eco de la eternidad que Aquel que te creó para sí mismo puso en tu interior. Es el anhelo del Padre. Y es un anhelo que, al ser satisfecho, te completa.

"Nos creaste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti."

— Agustín de Hipona, Confesiones

Nuestra cultura se ha alejado peligrosamente de esta verdad fundamental. En su lugar, el mundo ofrece una identidad basada en el éxito, la apariencia, la aprobación ajena y la constante reinención personal. Pero esos cimientos se resquebrajan bajo presión. Se

derrumban en las tormentas. Y cuando esto sucede, quien ha construido su identidad sobre cualquier base que no sea Cristo se encuentra completamente a la deriva.

Por eso, esta verdad no solo tiene un significado espiritual, sino que es urgente en la práctica. Saber que eres hijo de Dios no es un concepto teológico superficial para los domingos por la mañana. Es el ancla que te sostiene cuando todo lo demás se desmorona.

Dios es tu Padre, y es un buen Padre.

Gálatas 4 describe de forma conmovedora lo que significa ser parte de la familia de Dios. Pablo escribe que, por medio de Jesús, ya no somos extraños ni siervos, sino hijos e hijas. Hemos recibido «el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15).

Abba. Es una palabra aramea que expresa intimidad, más cercana a «Papá» que al formal «Padre». Es la palabra que usa un niño pequeño cuando corre hacia sus padres con total confianza, sin miedo, sin necesidad de ganarse su bienvenida. Es el grito de quien sabe que pertenece a un lugar.

Así es como Dios te invita a acercarte a Él. No con formalidades. No con poses. No después de que te hayas purificado o resuelto todo. Tal como eres, como su hijo.

"Dios no está esperando a que te pongas las pilas para ser tu Padre. Se convirtió en tu Padre en el momento en que naciste de nuevo, y nada de lo que hagas o dejes de hacer cambiará eso jamás."

— Max Lucado, autor de *Eres especial*

Muchas personas tienen dificultades para comprender la idea de Dios como Padre, y es comprensible. Si tu padre terrenal estuvo ausente, fue severo, impredecible o abusivo, la palabra "padre" puede evocar más dolor que consuelo. Las heridas causadas por una paternidad fallida pueden dificultar enormemente la confianza en un Padre invisible.

Pero esto es lo que debes entender: Dios no es tu padre terrenal. No está limitado por el egoísmo, el cansancio, el miedo ni el fracaso. Él es el Padre del que todo padre terrenal imperfecto era solo un vago y quebrantado reflejo. Él es el ideal de la paternidad, y la ejerce a la perfección.

Un buen padre hace tres cosas esenciales: protege, provee y prepara a sus hijos para la vida. Dios hace las tres, con fidelidad, constancia y sin cansarse jamás de ti.

Él te protege, no siempre eliminando el peligro, sino acompañándote siempre en los momentos difíciles. Él te provee, no siempre como esperas, sino siempre como realmente lo necesitas. Y te prepara, no protegiéndote de todas las dificultades, sino acompañándote en cada una de ellas y usándolas para fortalecerte.

«Vuestro Padre celestial no es una deidad distante que os observa desde lejos. Él es el Dios que corre hacia vosotros, que os abraza, que os llama suyos. Ese es vuestro Padre.»

— Tony Evans, pastor y autor

Adoptado en la familia — Para siempre

No podemos ganarnos nuestro lugar en la familia de Dios. No podemos entrar por nuestros propios méritos, ni por nuestro desempeño, ni por ser lo suficientemente buenos. La Biblia es inequívoca al respecto:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."

— Efesios 2:8-9 (RV)

La salvación es un don que se recibe, no se gana. Y con la salvación viene la adopción. En el momento en que crees en Jesús, entras a formar parte de la familia de Dios con todos los derechos y privilegios que ello conlleva. No como un niño de acogida a la espera de ver si funciona. No en período de prueba. Adoptado plena, legal y permanentemente.

En el mundo romano antiguo, cuando un niño era adoptado legalmente, ocurría algo extraordinario: todas las deudas anteriores se cancelaban. Todas las obligaciones previas se borraban. El niño adoptado recibía una identidad legal completamente nueva bajo el nombre de su nuevo padre, con plenos derechos de herencia, indistinguibles de los de un hijo biológico.

Eso es precisamente lo que Dios ha hecho por ti en Cristo. Tu pecado —tu deuda, tu historial, tu pasado— ha sido cancelado. Se te ha dado una nueva identidad. Eres coheredero con Jesucristo mismo (Romanos 8:17). Perteneces a la familia de Dios, y nada puede cambiar eso.

"La adopción es el mayor privilegio del evangelio. Ser amado como hijo de Dios —llamar al Todopoderoso Padre— es una dignidad mayor que la de ser rey o reina de este mundo."

— J.I. Packer, autor de *Conociendo a Dios*

Vive como si supieras a quién perteneces.

Comprender que eres hijo de Dios no solo cambia cómo te sientes, sino también cómo vives. Se supone que reorienta la manera en que afrontas cada día.

Cuando la vida se pone difícil —y lo hará— no la enfrentas como un huérfano que lucha por sobrevivir. La enfrentas como hijo del Rey, respaldado por los recursos del cielo, nunca solo, nunca abandonado, nunca sin un Padre que obra todas las cosas para tu bien (Romanos 8:28).

Cuando la vergüenza te susurra que estás demasiado roto para ser amado, le respondes con la verdad de tu adopción: el Padre ya ha visto cada parte rota de ti, y aun así te eligió. Eso no es solo una buena noticia, es la mejor noticia de la historia.

Cuando la comparación y la inseguridad intentan minar tu confianza, recuerda que tu valía no se determina por cómo te comparas con los demás. La determina Aquel que te creó, te redimió y te considera suyo.

Ver tu verdadero ser significa verte como te ve tu Padre: no como el mundo te ha etiquetado, no como tu pasado te ha definido, ni como tus peores miedos te han descrito. Sino como un hijo del Dios vivo, amado, plenamente aceptado y eternamente seguro.

Eres hijo de Dios.

No porque te lo hayas ganado. No porque te lo merezcas. Sino porque el Padre, en su gran misericordia y amor, te abrió la puerta y te invitó a entrar; y en el momento en que la cruzaste con fe, te convertiste en suyo para siempre.

Ahora camina como si lo hicieras.



A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo seis, exploraremos la siguiente realidad de ser una Nueva Creación: “Has sido elegido”.

Capítulo seis

“En Cristo”

Eres elegido



“Porque nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irrepreensibles delante de él en amor.”

— Efesios 1:4

Reflexiona sobre esto por un momento. Antes de que se formaran las montañas, antes de que los océanos encontraran sus costas, antes de que una sola estrella fuera lanzada al firmamento, Dios te eligió. No por lo que lograrías, ni por la familia en la que naciste, ni por tus dones o tu bondad. Te eligió simplemente porque quiso. Eso no es poca cosa. Lo es todo.

Permítanme entonces hacerles una pregunta que va directamente al corazón de este libro: ¿Se dan cuenta de quiénes son realmente?

La mayoría de nosotros pasamos la vida buscando significado. Nos esforzamos por obtener aprobación, buscamos reconocimiento y nos preguntamos en silencio si estamos a la altura. Nos fijamos en los momentos más destacados de la vida de los demás y nos sentimos invisibles en comparación. Pero esta es la asombrosa verdad que el enemigo no quiere que aceptes: ya tienes la atención completa de Dios. No pasas desapercibido. No eres una simple ocurrencia tardía. Eres elegido.

El patrón de elección de Dios

A lo largo de toda la Escritura, una cosa queda muy clara: Dios se dedica a elegir personas. Y sus elecciones rara vez tienen sentido según los estándares del mundo.

Eligió a Abraham —un pagano de Ur— para que fuera el padre de todo un pueblo a través del cual el mundo sería bendecido. Eligió a José, el menor y más despreciado de sus hermanos, para que ascendiera al segundo puesto de poder más alto en Egipto y salvara a las naciones del hambre. Eligió al rey pagano Ciro, que ni siquiera conocía el nombre de Dios, para liberar a los israelitas del cautiverio babilónico. Eligió a Juan el Bautista —un excéntrico que vivía en el desierto y vestía de pelo de camello— para que fuera el precursor del Mesías. Eligió a doce pescadores, recaudadores de impuestos y zelotes comunes y corrientes, sin educación, para que pusieran patas arriba el mundo romano.

¿Ves el patrón? Dios, de forma sistemática, deja de lado a los cualificados, los refinados y los poderosos para elegir a los improbables, los quebrantados y los dispuestos. Como escribe el autor y pastor Rick Warren:

“Dios eligió intencionadamente a personas que el mundo pasaría por alto, para demostrar que es su poder —y no el esfuerzo humano— lo que transforma las vidas.”

— Rick Warren, *Una vida con propósito*

Si eres seguidor de Cristo, encajas perfectamente en ese patrón. Fuiste elegido, no a pesar de tus imperfecciones, sino a través de ellas. La huella de Dios está presente en toda tu historia.

Qué significa realmente “predestinado”

Cuando la mayoría de la gente oye la palabra predestinado, inmediatamente se pone tensa. Evoca debates sobre el libre albedrío, la elección y quién entra y quién no. Pero el apóstol Pablo usa la palabra con una claridad asombrosa en Romanos 8:29:

«A quienes de antemano conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos.»

— Romanos 8:29

Fíjense en para qué estamos predestinados. No estamos predestinados a ser salvados o perdidos como en una lotería fatalista, sino que, como cristianos, estamos predestinados a ser transformados, conformados a la imagen de su Hijo. El propósito de Dios para tu vida no es simplemente llevarte al cielo algún día. Su propósito es que te parezcas a Jesús ahora mismo, en tus actitudes, tus acciones y tus afectos.

Dios amó tanto a su Hijo que quiso que todo el universo se llenara de personas que reflejaran ese mismo amor, esa misma gracia, ese mismo carácter sacrificial. Y te eligió para ser uno de ellos. El autor y teólogo A.W. Tozer lo expresó con gran elocuencia:

Dios jamás cambia de opinión respecto a las personas a las que llama. Sus dones y su llamado son irrevocables. Fuiste elegido con pleno conocimiento de cada error que cometerías.

— AW Tozer, *El conocimiento de lo sagrado*

Vuelve a leerlo. Dios te eligió sabiendo de antemano cada error, cada pecado, cada momento en que te desviarías, y aun así te eligió. Ese no es un Dios que cruza los dedos esperando lo mejor. Ese es un Dios que está absolutamente seguro de ti.

Visto antes de que fueras creado mediante la palabra

Uno de los anhelos más profundos del ser humano es el deseo de ser visto de verdad, no solo notado, sino conocido. Conocido tal como somos, y aun así deseado. La mayoría tememos que si la gente nos viera tal como somos —con todas nuestras inseguridades, nuestras vergüenzas ocultas, nuestros pensamientos egoístas— se alejarían.

Y así, actuamos. Nos autocensuramos. Mantenemos a la gente a distancia.

Pero Dios los vio a todos antes de que dieran su primer aliento, y se acercó a ustedes. El Salmo 139 nos dice que nos conoció en el vientre de nuestra madre, que nos formó con intención y cuidado. La frase «elegidos por Dios» no es un lenguaje excluyente que pretenda hacer sentir a otros fuera de lugar. Es una invitación abierta a verse a través de la perspectiva de Aquel que los creó.

La pastora y autora Christine Caine lo plasma maravillosamente:

“No eres quien los demás dicen que eres. Ni siquiera eres quien tú mismo dices que eres. Eres quien Dios dice que eres, y Él dice que eres elegido, amado y llamado.”

— Christine Caine, Sin vergüenza

Cuando empiezas a verte a través de los ojos de Dios, en lugar de a través del espejo de las redes sociales, las opiniones ajenas o tu propia historia dolorosa, todo cambia. Dejas de luchar por lo que ya tienes. Dejas de mendigar lo que ya te ha sido dado gratuitamente.

Una identidad real con un propósito real.

El apóstol Pedro, escribiendo a los creyentes dispersos y perseguidos que tenían motivos de sobra para sentirse olvidados, les recuerda algo asombroso:

“Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”

— 1 Pedro 2:9

Fíjense en los títulos que Pedro enumera: generación escogida. Sacerdocio real. Nación santa. Su pueblo especial. No se trata de palabras motivacionales vacías; es Pedro escribiendo a personas marginadas, perseguidas y despreciadas. Les dice: el mundo puede

haberlos etiquetado de una manera, pero Dios los ha declarado algo completamente distinto.

Y esta identidad conlleva una misión. No fuiste elegido para quedarte callado y sentirte especial. Fuiste elegido para proclamar las virtudes de aquel que te llamó de las tinieblas a su luz admirable. Tu vida está destinada a ser un testimonio. Tu transformación está destinada a ser un testimonio. Cada vez que eliges el perdón en lugar del resentimiento, la generosidad en lugar del egoísmo, o la esperanza en lugar de la desesperación, proclamas sus virtudes con tu propia vida.

Max Lucado escribe:

“Dios te ama tal como eres, pero se niega a dejarte así.
Quiere que seas como Jesús.”

— Max Lucado, *Igual que Jesús*

Esa es la esencia de tu vocación. No la perfección, sino la transformación. No un historial impecable, sino un corazón entregado.

Ser elegido no significa ser fácil.

He aquí algo que el evangelio de la prosperidad no te contará: ser elegido por Dios a menudo conlleva directamente dificultades. Cada persona que Dios eligió en las Escrituras enfrentó oposición, adversidades y períodos de espera que no tenían sentido.

Abraham esperó décadas al hijo prometido. José pasó años en un pozo y en prisión. Juan el Bautista murió en un calabozo. Pablo naufragó, fue golpeado y encarcelado. Ser elegido no significa estar exento de sufrimiento, sino que el sufrimiento nunca es en vano.

Cuando sabes que eres elegido, la oposición pierde su poder para definirte. Las críticas pueden doler, pero no pueden condenarte. El fracaso puede herirte, pero no puede destruirte. Porque Aquel que te

eligió es también quien te sostiene. Como escribe Pablo en Filipenses 1:6: «El que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará». Dios no abandona los proyectos inconclusos. Y tú eres su obra maestra en proceso.

Vivir como si fueras elegido

¿Cómo se ve, en la práctica, vivir como un hijo elegido de Dios? Pablo responde a esta pregunta en Colosenses 3:12:

“Por lo tanto, como pueblo escogido de Dios, santo y amado, revístanse de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia.” —Colosenses 3:12, NVI

La identidad es primordial: elegida, sagrada, profundamente amada; y el comportamiento emana de ella. No te ganas tu identidad mediante la compasión y la bondad, sino que la expresas a través de ellas. Esta es la diferencia entre religión y relación. La religión dice: «Pórtate bien para que Dios te acepte». El Evangelio dice: «Ya eres plenamente aceptado; ahora vive en esa libertad».

Cuando crees de verdad que has sido elegido, algo cambia en tu forma de relacionarte con los demás. Te sientes menos ansioso por su aprobación porque ya tienes la de Dios. Te vuelves más generoso con la gracia porque has recibido abundantemente de ella. Te conviertes en portador del mismo amor que te encontró, extendiéndolo libremente a todos los que te rodean.

Como dijo Charles Spurgeon:

“No soy lo que debería ser. No soy lo que deseo ser. No soy lo que espero ser. Pero por la gracia de Dios, soy lo que soy, y eso es suficiente.”

— Charles Spurgeon

¿Ves quién eres?

Cada capítulo de este libro te plantea la misma pregunta desde una perspectiva diferente: ¿Te reconoces tal como eres? Este capítulo te ofrece una de las respuestas más fundamentales: tu verdadero ser es elegido por Dios.

No te eligieron por ser impresionante. No te eligieron por tenerlo todo resuelto. Te eligieron porque Dios, en su amor soberano, contempló toda la eternidad —pasada y futura— y te quiso en su familia. Quería que llevaras su imagen. Quería que llevaras su luz a esos rincones del mundo a los que solo tú puedes llegar.

Siempre que sientas la tentación de volver a dudar de ti mismo, recuerda Efesios 1:4. Que sea un fundamento sólido de tu identidad: «Él nos escogió en él antes de la fundación del mundo». Antes de que hicieras algo bien o mal, antes de que tuvieras un solo logro, fuiste escogido.

No es un sentimiento que uno fabrique. Es una verdad que uno habita.

Has sido elegido. Ahora ve y vive como tal.



A C O N T I N U A C I Ó N

En el próximo capítulo, descubriremos una realidad increíble de ser una Nueva Creación: “Eres JUSTO”.

Notas:

Capítulo siete

“En Cristo”

Tú eres justo



*"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado,
para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él."*

– 2 Corintios 5:21

Permítanme hacerles una pregunta, y quiero que reflexionen sobre ella un momento antes de responder. Si alguien les preguntara ahora mismo: "¿Eres justo?", ¿qué responderían?

La mayoría de los cristianos dudan. Algunos ríen con nerviosismo. Otros empiezan a enumerar sus faltas: «Bueno, últimamente he tenido problemas para controlar mi temperamento» o «No he leído la Biblia tanto como debería». Muy pocos miran a otra persona a los ojos y dicen con calma y seguridad: «Sí, soy justo».

Pero he aquí la verdad que puede cambiarlo todo: si estás en Cristo, eres justo, no por nada que hayas hecho, ni porque te lo hayas ganado o mantenido, sino porque Dios mismo lo ha declarado así. Y hasta que no te veas como Dios te ve, nunca experimentarás plenamente la libertad, el poder y el propósito que Él tiene para tu vida.

Este capítulo trata sobre esa declaración. Trata sobre comprender uno de los dones más asombrosos, más incomprensidos y más transformadores que Dios jamás haya dado al corazón humano: el don de la justicia.

¿Qué significa ser justo?

Antes de continuar, necesitamos comprender qué es realmente la rectitud, porque la palabra se usa con tanta frecuencia en los círculos eclesiásticos que puede llegar a parecer un elemento más del mobiliario religioso: siempre presente, pero nunca realmente examinada.

La rectitud, en esencia, significa estar en buena relación con Dios. Significa que cuando Dios te mira, ve a alguien que cumple con su estándar perfecto. No a alguien que se esfuerza lo mejor que puede. No a alguien que es bueno en general. Alguien que satisface plenamente cada requisito de su santidad.

Ahora bien, he aquí algo de vital importancia: la rectitud no se trata principalmente de lo que haces, sino de lo que eres. La rectitud no es una actividad, sino un atributo. Pertenece a la naturaleza misma de Dios. Dios no actúa con rectitud ocasionalmente, como nosotros podemos ser pacientes o generosos de vez en cuando. Dios es justo. Su carácter es la definición misma de lo que es correcto, justo y verdadero. Él no consulta un reglamento; Él es el modelo.

La justicia de Dios no es una cualidad que posea junto con otras. Es la esencia misma de quién es Él. Estar en relación con un Dios justo es ser llevado a su propia perfección moral.

— RC Sproul, **La santidad de Dios**

Esto significa que cuando hablamos de la justicia humana —de que tú y yo seamos justos— no nos referimos a una versión inferior y humana de la bondad. Nos referimos a estar revestidos de la misma justicia de Dios. Eso es asombroso. Y eso es precisamente lo que ofrece el Evangelio.

El estándar imposible

Para apreciar verdaderamente el don de la justicia, tenemos que enfrentarnos a una realidad aleccionadora: Dios la exige, y nosotros no podemos producirla por nosotros mismos.

En los primeros cinco libros de la Biblia —lo que se conoce como la Ley o la Torá— hay 613 mandamientos. Seiscientos trece instrucciones específicas que abarcan todos los ámbitos de la vida: culto, alimentación, relaciones, finanzas, justicia y más. Y la norma no es la obediencia parcial. Santiago 2:10 es inequívoco: «Porque el que guarda toda la ley, pero falla en un solo punto, se hace culpable de quebrantarla toda».

Un desliz. Un fallo. Culpable de todo.

Piensa por un momento en lo que esto significa. No importa cuán religioso seas, cuánto tiempo lleves asistiendo a la iglesia, cuánto te hayas sacrificado o cuántas buenas obras figuren en tu currículum. En el instante en que te quedes corto —aunque sea una sola vez— habrás suspendido la prueba completa. No porque Dios sea severo o cruel, sino porque su estándar es la santidad perfecta, y todo lo que no sea perfecto es, por definición, imperfecto.

«La ley nunca se dio para salvarnos. Se dio para mostrarnos que necesitamos ser salvados. La ley es un espejo, no una escalera. No se asciende a la rectitud, sino que uno se da cuenta de que no puede ascender en absoluto.»

— Timothy Keller, *La razón de Dios*

Por eso, el apóstol Pablo, quien según sus propias palabras era un modelo de logros religiosos —«hebreo de hebreos», «irreprochable en cuanto a la justicia que se basa en la ley» (Filipenses 3:5-6)— llegó a la impactante conclusión de que todo carecía de valor sin

Cristo. Calificó sus logros religiosos de «basura» —y en el griego original, la palabra que usó era considerablemente más fuerte—.

La Ley no fue diseñada para ser un camino hacia la rectitud. Fue diseñada para ser un espejo que nos muestra exactamente cuán lejos estamos de alcanzarla, para que dejemos de intentar salvarnos a nosotros mismos y acudamos a Aquel que sí puede hacerlo.

Jesús: La respuesta a lo imposible

¿Y eso en qué situación nos deja? Si no podemos cumplir con los estándares de Dios —si 613 mandamientos son una meta imposible, si un solo fallo significa un fracaso total—, ¿qué esperanza nos queda?

La respuesta tiene un nombre: Jesús.

Lo que Dios requiere, Cristo lo provee. Lo que la Ley no pudo hacer, Dios lo hizo a través de su Hijo. Jesús no vino simplemente para enseñarnos a ser mejores personas ni para darnos un nuevo marco moral. Vino para hacer lo que nosotros jamás podríamos hacer: vivir en perfecta rectitud en nuestro favor y luego darnos el mérito.

"Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que en él fuéramos hechos justicia de Dios."

– 2 Corintios 5:21

Lee ese versículo despacio, porque cada palabra tiene un significado profundo. Dios hizo que Jesús —quien no tenía pecado, quien jamás había quebrantado el carácter del Padre, quien era perfecto en cada pensamiento, motivo y acción— se convirtiera en pecado por nosotros. Tomó sobre sí toda nuestra culpa, nuestra vergüenza, nuestra falta moral y nuestra bancarrota espiritual, y las absorbió en la cruz.

Y a cambio —en la transacción más asombrosa de la historia del universo— nos dio su justicia. Su historial perfecto. Su posición intachable ante el Padre.

Los teólogos lo llaman el «gran intercambio». Tu pecado por su justicia. Tu condenación por su justificación. Tu muerte por su vida. Billy Graham lo expresó así:

"La cruz es donde el amor de Dios y la justicia de Dios se encontraron. La justicia exigió un pago por el pecado. El amor proveyó el pago. Y el resultado es una justicia que podemos Nunca se ganan; se dan gratuitamente a todos los que creen."
— Billy Graham

Cuando depositaste tu fe en Cristo, ocurrió algo que ningún tribunal en la historia de la humanidad ha logrado replicar. Fuiste declarado inocente, no porque se desestimaran las pruebas, sino porque alguien más se hizo cargo de ti y pagó la totalidad de los cargos. Y más aún, fuiste declarado justo, con un historial impecable que no te habías ganado.

Romanos 5:1 lo llama «justificación». Es un término legal que significa mucho más que el perdón. El perdón borra la deuda. La justificación declara que, ante el tribunal de Dios, uno se encuentra como si nunca hubiera pecado. Como alguien lo expresó brillantemente: justificado significa «como si nunca hubiera pecado».

La rectitud es un don, no una calificación.

Una de las cosas más liberadoras que jamás comprenderás sobre la rectitud es esta: no puedes ganártela, ni puedes perderla por no mantenerla. Es un don. Punto final.

*"Porque si por la transgresión de un solo hombre
reinó la muerte por medio de ese solo hombre,
¡cuánto más reinarán en vida por medio de un solo
hombre, Jesucristo, aquellos que reciben la
abundante gracia de Dios y el don de la justicia!"*

Romanos 5:17

Fíjense en el lenguaje: «aquellos que reciben... el don de la justicia». No aquellos que la alcanzan. No aquellos que la mantienen. Aquellos que la reciben.

Esta es la parte que suele confundir a muchos creyentes sinceros. Entendemos la gracia conceptualmente, pero en la práctica solemos caer en una sutil forma de ganarnos la justicia espiritual, como si la rectitud fuera un don que Dios nos da al ser salvos, pero que luego debemos mantener mediante nuestras buenas obras. Pensamos: «Dios me dio la justicia cuando fui salvo, pero necesito conservarla leyendo la Biblia, asistiendo a la iglesia, orando y evitando el pecado con constancia».

Pero ese no es el Evangelio. Es un híbrido que corrompe tanto la gracia como el esfuerzo. Como Pablo escribió a los Gálatas, una vez que empiezas a mezclar obras con gracia, has eliminado la gracia por completo (Gálatas 5:4). La justicia es un don o no lo es. Y la Escritura es inequívocamente clara: es un don.

"La gracia no se opone al esfuerzo. Se opone a la ganancia. El esfuerzo es acción. La ganancia es actitud."

— Dallas Willard, **La gran omisión**

Buscas la santidad porque eres justo, no para llegar a serlo. Lees la Palabra, oras, te reúnes con otros creyentes y caminas en obediencia no para asegurar tu posición ante Dios, sino porque ya estás en su

gracia. Esa distinción lo cambia todo en tu manera de vivir la vida cristiana.

Cuando consideras las disciplinas espirituales como algo que haces para ganarte la aprobación de Dios, se convierten en una carga. Cuando las ves como una respuesta a una rectitud que ya posees, se convierten en expresiones de amor y gratitud. La motivación es completamente diferente, y esa motivación lo moldea todo.

Justos por la fe — y solo por la fe

Si la justicia no se gana con obras, ¿cómo la recibimos? La respuesta, que recorre todo el Nuevo Testamento como un hilo conductor, es la fe.

"...para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, la que proviene de la ley, sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios por medio de la fe."

Filipenses 3:8–9

El apóstol Pablo, escribiendo desde la cárcel, se despojó de todas las credenciales que había poseído —y eran impresionantes— y declaró que la única justicia que valía la pena era la que se obtiene mediante la fe en Jesús. No su propia justicia, sino la justicia de Dios, recibida por la fe.

Y Gálatas 2:16 disipa cualquier duda: «Sabad que nadie es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo. Así también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley nadie será justificado».

Ni una sola persona. Ni un solo ser humano. Nadie es justificado por las obras de la ley. La puerta a la justicia es la fe: confiar en lo que Jesús hizo, en lugar de en lo que uno mismo hace.

"La fe no es una obra que se realiza para ganarse la gracia. La fe es la mano vacía que recibe lo que la gracia ofrece gratuitamente."

— **John Piper, Gracia futura**

Esto no significa que la fe sea pasiva. La fe genuina te transforma. Te conmueve. Da fruto. Pero el fruto es la evidencia de la justicia ya recibida, no la causa de que se nos conceda. El árbol da fruto porque está vivo y enraizado en buena tierra. El fruto no da vida al árbol; la vida hace posible el fruto.

Eres justo porque estás en Cristo. Y estás en Cristo porque depositaste tu fe en Él. Esa es la clave, y es maravillosamente sencilla.

La trampa mortal de la autosuficiencia moral

Existe una falsa rectitud mucho más peligrosa que el pecado puro y duro, y que ha destruido más vidas espirituales de las que la mayoría de la gente imagina. Se llama autosuficiencia moral, y todos somos susceptibles a ella.

La autosuficiencia moral es la creencia sutil pero mortal de que la aceptación de Dios está ligada a tu desempeño. Se manifiesta en pensamientos como estos:

'Dios debe estar decepcionado conmigo ahora mismo porque he estado fracasando.'

"Necesito poner mi vida en orden antes de que Dios realmente me use."

"Dios responderá a mis oraciones una vez que ponga en orden esta área de mi vida."

¿Te suena familiar? Ese tipo de pensamiento parece humilde, da la impresión de que se toma el pecado con la seriedad que merece. Pero en realidad es una forma de orgullo, porque pone tu comportamiento en el centro de tu relación con Dios, en lugar de lo que Cristo logró.

«La hipocresía es la enfermedad del fariseo, y nos infecta a todos. El fariseo no era un villano; era un hombre profundamente sincero que confiaba en lo incorrecto. Y Jesús reservó sus palabras más duras no para las prostitutas ni los recaudadores de impuestos, sino para personas como él.»

— **Tullian Tchividjian, Jesús + Nada = Todo**

Jesús contó una parábola que va directo al meollo de la cuestión (Lucas 18:9-14). Dos hombres van al templo a orar. Uno es un fariseo: respetado, religioso y cumplidor de las normas. Se pone de pie y ora: «Dios, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, malhechores, adúlteros, ni siquiera como este publicano. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que gano».

El otro hombre es un recaudador de impuestos: un marginado social, un pecador conocido, alguien con quien ninguna persona respetable querría juntarse. Ni siquiera alza la vista al cielo. Se golpea el pecho y dice, simplemente: «Dios, ten piedad de mí, pecador».

Entonces Jesús da su veredicto: «Os digo que este hombre, y no el otro, volvió a casa justificado ante Dios».

El hombre con un impresionante currículum religioso regresó a casa con las manos vacías. El hombre que solo sentía una sincera desesperación y clamaba por misericordia regresó a casa con la justicia de Dios.

¿Por qué? Porque el fariseo confiaba en su propia justicia. Y no se puede aferrarse a la propia justicia y recibir la de Dios al mismo tiempo. Son incompatibles. Santiago 4:6 nos recuerda: «Dios se opone a los orgullosos, pero muestra favor a los humildes». La actitud de autosuficiencia cierra la mano que está destinada a recibir el don.

La Biblia deja claro que la autosuficiencia conlleva tres peligros espirituales específicos. Primero, conduce al orgullo: una constante y sutil sensación de superioridad sobre quienes no rinden tan bien como uno mismo. Segundo, conduce al juicio: la incapacidad de mostrar gracia a los demás porque uno está demasiado ocupado tratando de ganársela. Y tercero, conduce a la ceguera espiritual: la trágica condición de estar tan concentrado en los propios méritos religiosos que se pierde de vista al Dios al que se cree servir.

Verte a ti mismo como Dios te ve

Así que volvamos al punto de partida: a la pregunta con la que empezamos. Si alguien te preguntara ahora mismo: "¿Eres justo?", ¿qué responderías?

Si tu respuesta se basa en tu desempeño reciente, tu coherencia espiritual o tu capacidad para mantener tu vida en orden, entonces te estás mirando en el espejo equivocado. Te estás comparando con un estándar que nunca tuvo la intención de definir tu identidad. Y de esa manera, jamás verás quién eres realmente.

Tu verdadero ser —el ser que Dios ve cuando te mira en Cristo— es justo. Plenamente. Completamente. Sin reservas. No porque hayas alcanzado la perfección, sino porque Jesús la alcanzó por ti. No porque hayas sido perfecto, sino porque Él fue perfecto para ti.

«No eres un pecador que intenta convertirse en santo. Eres un santo —justificado en Cristo— que se renueva día a día a imagen del Hijo. Mírate así, y tu vida seguirá ese camino.»

— Neil T. Anderson, Victoria sobre la oscuridad

Tito 3:5 lo expresa maravillosamente: «No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo». No hay ninguna salvedad en ese versículo. Ninguna nota al pie que diga: «con sujeción a una conducta ejemplar continua». Está hecho. Está resuelto. Eres justo en Cristo.

Cuando empiezas a verte de esta manera —cuando comprendes de verdad que estás ante Dios con la plena justicia de Cristo acreditada a tu cuenta— algo comienza a cambiar en tu forma de vivir. Dejas de esforzarte por complacer a Dios y empiezas a responderle. Dejas de luchar con uñas y dientes por vivir la vida cristiana y empiezas a descansar en lo que ya se ha logrado. Dejas de preguntarte: "¿Soy lo suficientemente bueno?" y empiezas a declarar: "En Él soy justificado".

Esa es la vida que Dios planeó para ti. No una vida marcada por la culpa y el afán religioso, sino una vida de obediencia confiada, agradecida e impulsada por la gracia, vivida desde la seguridad en lugar del miedo, desde la abundancia en lugar de la carencia.

Una palabra para el alma que lucha

Quizás, mientras leías este capítulo, una voz suave en el fondo de tu mente te susurraba: «Pero no sabes lo que he hecho. No sabes lo bajo que he caído. No sabes cuántas veces he prometido mejorar y he vuelto a fallar».

Tienes razón. Yo no. Pero Dios sí, y aun así te llama justo en Cristo.

El don de la justicia no te fue dado porque lo merecieras, sino a pesar de que no lo merecías. Eso es lo que lo convierte en gracia, eso es lo que lo convierte en un don. Y los dones no se revocan según el desempeño del receptor. Si así fuera, no serían dones, sino un salario.

Romanos 8:1 dice: «Ahora bien, para los que están en Cristo Jesús, ninguna condenación hay». Ni menos condenación. Ni condenación condicional. Ninguna condenación. Punto.

Así que acéptalo. Deja de esforzarte por ganarte lo que ya te ha sido dado. Deja de disculparte con Dios por ser el tipo de persona que necesita gracia; eres precisamente para quien se creó la gracia. Humíllate ante su bondad, abre tus manos y recibe el asombroso, inmerecido y transformador don de la justicia que te ofrece ahora mismo.

Eres justo en Cristo. ¿Ves tu verdadero ser?

"No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo."

— Tito 3:5



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo ocho, exploraremos la nueva realidad de la creación:
"Estás COMPLETO en Cristo".*

Capítulo ocho

“En Cristo”

Eres completo en Cristo



"Y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad."

Colosenses 2:10

Hay una frase que quizás esté resonando silenciosamente en el fondo de tu vida ahora mismo. Probablemente suene algo así:

'Si solamente...'

Ojalá estuviera casada. Ojalá pudiéramos tener hijos. Ojalá hubiera aceptado ese trabajo, hecho esa inversión o evitado ese error. Ojalá tuviera mejor salud, más dinero, un pasado más limpio, circunstancias diferentes. Ojalá hubiera avanzado más: espiritual, profesional y personalmente. Entonces me sentiría completa. Entonces me sentiría suficiente.

Esa frase de dos palabras —«si tan solo»— es una de las armas más efectivas del enemigo, y la ha usado desde el Jardín del Edén. Es el susurro que te mantiene luchando perpetuamente por alcanzar una meta que se mueve constantemente, siempre fuera de tu alcance. Es la mentira que te dice que aún no eres suficiente, que aún no estás completo, que aún no eres íntegro.

Y el Evangelio de Jesucristo lo llama exactamente por lo que es: una mentira.

Porque la verdad —la asombrosa, liberadora y transformadora verdad— es que si estás en Cristo, no estás casi completo. No estás

casi completo. No estás en camino de ser completo. Estás completo. Ahora mismo. En Él. Ya.

Está terminado, y eso lo cambia todo.

Para comprender lo que significa ser completos en Cristo, tenemos que ir a la cruz. Porque allí fue donde se obtuvo la plenitud.

En Juan 19:30, al exhalar su último aliento, Jesús no dijo: «Ya he cumplido mi parte; ahora os toca a vosotros». Pronunció tres palabras que resuenan por toda la eternidad: «Consumado es». En el griego original, es una sola palabra poderosa: *tetelestai*, término que en aquella cultura se usaba para marcar un registro de deuda cuando esta se había pagado por completo. Hecho. Asunto resuelto. Nada pendiente.

Jesús no estaba hablando del final de su vida. Estaba declarando la culminación de su misión. Todo lo necesario para tu salvación, tu paz, tu sanación, tu plenitud, tu relación correcta con Dios, todo se consumó en la cruz. Absolutamente todo. Nada quedó pendiente. Nada te queda por terminar.

«La cruz no es el comienzo de tu camino hacia la plenitud. Es la declaración de que la plenitud ya te ha sido provista. Tu tarea no es completar lo que Cristo comenzó, sino recibir lo que Cristo terminó.»

— José Príncipe, destinado a reinar

Este es el corazón del Nuevo Pacto. Bajo el Antiguo Pacto, la relación con Dios se basaba en un sistema de "hacer y no hacer": obedecer y ser bendecido, desobedecer y sufrir las consecuencias. La carga recaía sobre el pueblo, y el peso era aplastante, porque nadie podía llevarla a la perfección. Hebreos 8:7 nos dice que si el

Antiguo Pacto hubiera sido perfecto, no habría habido necesidad de uno nuevo.

Pero el Nuevo Pacto se fundamenta en una base completamente diferente. No en el desempeño humano, sino en la gracia de Dios. No en tu capacidad para cumplir el acuerdo, sino en la obra consumada de Cristo en tu favor. El cambio del «hacer» al «hecho» marca la diferencia entre el esfuerzo y el descanso, entre la religión y la relación, entre el agotamiento y la paz.

Completo — Pero debes recibirlo

Aquí es donde muchos creyentes sinceros se estancan. Saben, en teoría, que Jesús lo ha hecho todo. Asienten con la cabeza ante la teología. Pero en la práctica, siguen viviendo como si aún quedara algo por hacer, como si de alguna manera fueran responsables de cerrar la brecha entre lo que Cristo les proporcionó y lo que realmente experimentan.

El problema no es que la provisión de Dios sea incompleta. El problema es que no la hemos recibido plenamente.

Piénsalo así: un generoso regalo que dejan en tu puerta se considera entregado por completo incluso antes de que la abras. La labor del que lo da está cumplida. Pero hasta que no lo recibas, lo abras y lo uses, no disfrutarás de sus beneficios. La entrega es total. La recepción es personal.

Muchos cristianos son salvos, pero pasan hambre. No porque Dios no les haya provisto, sino porque nunca aprendieron a recibir. Tomaron el don de la salvación y dejaron todo lo demás en el porche.

— Joyce Meyer, *El campo de batalla de la mente*

Jesús dijo en Juan 10:10: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia, hasta que rebose». No se refería únicamente a la vida eterna en el cielo, sino a la vida presente: una vida plena, abundante y profundamente satisfactoria, disponible para ti hoy. Pero la vida abundante debe ser recibida, apropiada y vivida. No aparece automáticamente solo por haber aceptado la salvación.

Cada dimensión de lo que Cristo ha logrado —el perdón, la paz, la sanación, la libertad, el propósito, la plenitud— espera ser recibida. Y recibir comienza con creer. Creer no solo que estas cosas están disponibles en teoría, sino que te pertenecen, personalmente, ahora mismo.

El ladrón y la mentira

Hay alguien que tiene un interés personal en impedir que alcances la plenitud. Jesús lo llamó ladrón, que «solo viene a robar, matar y destruir» (Juan 10:10a). Y una de sus herramientas favoritas es recordarte constantemente todo lo que has hecho mal.

Apocalipsis 12:10 le da a Satanás un título revelador: «el acusador de los hermanos». Esa es su ocupación. Su trabajo consiste en recordarte tus fracasos, revivir tus peores momentos y convencerte de que, debido a lo que has hecho —o a lo que te han hecho—, no puedes experimentar la plenitud que Dios tiene para ti.

"El enemigo no tiene que alejarte de Dios. Simplemente tiene que impedir que creas en quién eres en Dios. Un cristiano que desconoce su identidad es un cristiano que puede ser controlado mediante acusaciones."

— Steven Furtick, *Crash the Chatterbox*

No le des pie a eso. El arma del acusador son las mentiras, y el antídoto contra la mentira es la verdad. Cuando susurra: «No eres suficiente», la Palabra declara: «En Él estás completo». Cuando dice: «Mira todos tus fracasos», el Evangelio dice: «Tus pecados e iniquidades ya no se recuerdan» (Hebreos 8:12). Cuando dice: «Nunca serás completo», Jesús dice: «Todo está consumado».

No te define el veredicto del acusador. Te define la declaración del padre.

La plenitud de Cristo vive en ti.

Ahora bien, he aquí una verdad que debería hacerte reflexionar: la misma plenitud que había en Jesús —la plenitud de Dios mismo— vive dentro de ti.

Colosenses 2:9-10 dice: «Porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y en Cristo ustedes han sido llenos de plenitud». La plenitud de la Deidad estaba en Jesús. Y ustedes están en Cristo. Esto significa que la misma plenitud que estaba en Él ahora está disponible para ustedes, no en un futuro, no como algo por lo que deban esforzarse, sino como una realidad presente en su espíritu renacido.

Romanos 8:9 nos dice que el Espíritu de Cristo mora en cada creyente. Tu espíritu renacido —tu verdadero ser— está habitado por el Espíritu del Dios viviente. Ese espíritu no está incompleto ni le falta nada. Lleva consigo la justicia, la autoridad y la plenitud de Cristo mismo.

No eres un recipiente vacío esperando ser llenado. Si estás en Cristo, ya estás lleno. El camino de la vida cristiana no consiste en llenar lo que está vacío, sino en aprender a vivir a partir de lo que ya está presente.

— Neil T. Anderson, Victoria sobre la oscuridad

Por eso Pablo ora en Efesios 3:19 para que los creyentes conozcan este amor que sobrepasa todo conocimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios. No ora para que Dios les dé algo que no tienen, sino para que comprendan, de forma profunda y vivencial, lo que ya es cierto para ellos.

Esa sigue siendo la oración para ti. No que Dios te complete algún día, sino que veas —que realmente veas— que ya lo eres.

¿Cómo te ves a ti mismo/a?

Así pues, aquí está la pregunta central de todo este capítulo, la pregunta hacia la que se dirige todo este libro: cuando te miras a ti mismo, ¿qué ves?

¿Ves a alguien a medio terminar? ¿Alguien definido por vacíos y carencias: la relación que no tienes, la sanación que no ha llegado, el error que no puedes superar? ¿Ves a alguien perpetuamente en proceso, siempre acercándose pero sin llegar nunca del todo?

¿O ves lo que Dios ve?

Dios te mira y ve una nueva creación (2 Corintios 5:17). Ve a alguien que ha participado de su naturaleza divina (2 Pedro 1:4). Ve a alguien que es más que vencedor por medio de Cristo que lo ama (Romanos 8:37). Ve a alguien completo —ahora mismo, en este instante, con todas tus imperfecciones y áreas sin terminar— completo en su Hijo.

Esa brecha entre cómo te ves a ti mismo y cómo te ve Dios es la que este capítulo te pide que cierres.

Camina en la plenitud que ya es tuya.

¿Y qué haces con todo esto? Empiezas a vivirlo. No te esfuerces por conseguirlo. No te lo ganes. Vive lo que ya es tuyo.

Todo comienza con lo que crees y lo que declaras. Las palabras que pronuncias sobre ti mismo importan más de lo que crees. Proverbios 18:21 nos recuerda que «la lengua tiene poder para dar vida y muerte». Puedes reforzar las mentiras del enemigo con tus palabras, o puedes proclamar la verdad de la Palabra de Dios sobre tu vida hasta que se convierta en la lente a través de la cual ves todo.

Empieza aquí. Haz de esto tu declaración diaria:

*En Jesús soy completa. Él es mi perdón completo, mi
justicia completa, mi paz completa, mi sanación
completa, mi propósito completo. En Él no me falta nada.
No estoy en proceso de completarme; soy completa
ahora, en Cristo.*

Dilo cuando te asalte la voz del «si tan solo...». Dilo cuando el acusador empiece a enumerar tus fracasos. Dilo cuando la vida parezca fragmentada y las circunstancias griten que algo falta. La verdad no cambia porque tus sentimientos discrepen temporalmente con ella.

Y al fijar tu mirada no en lo que te falta, sino en lo que Cristo ya te ha provisto, algo comenzará a cambiar; no necesariamente en tus circunstancias, sino en ti. Su fortaleza se manifestará donde te sentías débil. Su paz se asentará donde reinaba la ansiedad. Su plenitud se hará presente donde antes te sentías quebrantado.

Deja de buscar lo que ya tienes. Deja de esperar a ser lo que ya eres.
Estás completo en Cristo, y es hora de vivir como tal.

*"Yo he venido para que tengan vida, y para que la
tengan en abundancia."*

Juan 10:10



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo nueve, exploraremos cómo, como nueva creación: "Eres
un CIUDADANO DEL CIELO en Cristo".*

Notas:

Capítulo nueve

“En Cristo”

Eres ciudadano del cielo



"Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos ansiosamente al Salvador, el Señor Jesucristo."

Filipenses 3:20

¿Alguna vez has sentido que simplemente no perteneces aquí?

No se trata de una sensación de depresión o desesperación, sino de una percepción más profunda, casi instintiva, de que este mundo, con toda su belleza, ruido y ajetreo, no es del todo tu hogar. Que hay algo más real, más permanente, más verdadero esperando justo más allá de lo que puedes ver. Si has sentido eso, no estás exagerando ni escapándote de la realidad. Estás experimentando algo profundamente cierto sobre quién eres.

La Biblia tiene un nombre para lo que sientes: es el llamado de tu verdadera ciudadanía.

Porque hay algo sobre ti que la mayoría de la gente —e incluso la mayoría de los cristianos— rara vez se detienen a considerar plenamente: en el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo, tu ciudadanía cambió. Fuiste transferido, oficial y permanentemente, de un reino a otro. Ya no eres simplemente residente del país que figura en tu partida de nacimiento. Eres ciudadano del cielo. Y esa simple verdad —si alguna vez la comprendes de verdad— tiene el poder de transformar la forma en

que te ves a ti mismo, la forma en que te comportas y la forma en que vives cada día en esta tierra.

Transferencia de ciudadanía

La mayoría de nosotros entendemos la ciudadanía en términos puramente terrenales. Nacemos en un país, se nos expiden documentos, se nos otorgan derechos y se espera que vivamos bajo las leyes de esa nación. Nuestra ciudadanía moldea nuestra identidad, nuestro sentido de pertenencia e incluso nuestra sensación de seguridad.

Pero algo trascendental ocurre en el momento de la salvación. Colosenses 1:13 lo describe con claridad: «Nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado». Esa palabra «trasladado» conlleva el peso de una acción decisiva y consumada: una transferencia. Fuiste sacado de un dominio y colocado en otro.

No solo mejoraste. Fuiste reubicado.

Tu nombre, según las Escrituras, está ahora escrito en el cielo (Lucas 10:20). No es una anotación provisional, sino un escrito permanente. Está registrado en el registro de ciudadanía del reino de Dios. Y Filipenses 3:20 lo afirma claramente: «Nuestra ciudadanía está en el cielo». En presente, no en futuro. Ahora mismo, mientras vives en este cuerpo, te desenvuelves en este mundo, lidiando con el tráfico, los plazos de entrega y las personas difíciles, tu ciudadanía está en el cielo.

El reino de Dios no es un lugar al que vas cuando mueres. Es un reino al que entras cuando naces de nuevo. No tienes que esperar para convertirte en ciudadano del cielo; ya lo eres.— Tony Evans, Ciudadano del Reino

Piensa en lo que realmente significa la ciudadanía. No es solo una etiqueta, es una condición jurídica. Implica derechos, acceso, protección e identidad. Todo lo que una nación ofrece a sus ciudadanos, ahora el cielo te lo ofrece a ti. La pregunta es si vives como alguien que lo sabe, o si aún te encuentras atrapado bajo las leyes y limitaciones del antiguo reino del que fuiste expulsado.

Usted es un dignatario en misión.

El apóstol Pablo nos ofrece una visión aún más precisa de quiénes somos en este mundo. En 2 Corintios 5:20 escribe: «Ahora bien, somos embajadores de Cristo». No soldados que resisten en territorio enemigo. No refugiados que esperan a que pase una mala situación. Embajadores: representantes oficiales de un gobierno, enviados con autoridad, que hablan en nombre de un rey.

Un embajador no se traslada a un país extranjero porque le guste más que su país de origen. Va porque ha sido enviado. Lleva consigo todo el peso de la autoridad de su gobierno. Cuando un embajador habla, no lo hace simplemente como un particular, sino en nombre de la nación que representa. Y cuando un embajador es amenazado, no se trata solo de un asunto personal. Se convierte en un asunto que concierne a la nación que lo envió.

Ese eres tú. No eres simplemente un feligrés que vive en un mundo secular, intentando pasar desapercibido hasta el regreso de Jesús. Eres una persona de la más alta jerarquía, puesta en esta tierra con un propósito, portando la autoridad del Rey de Reyes, representando el reino que gobierna sobre todos los demás reinos.

"No eres simplemente un feligrés. Eres un representante del reino. Dios no te salvó solo para llevarte al cielo, sino para traer un pedacito de cielo a la tierra dondequiera que vayas." — Tony Evans, Ciudadano del Reino

Esto cambia por completo tu perspectiva del lunes por la mañana. Tu lugar de trabajo no es solo un sitio donde recibes un sueldo, sino tu embajada. Tu barrio no es solo una ubicación geográfica, sino tu destino. Tu comunidad, tu familia, tus interacciones diarias: no son interrupciones de tu vida cristiana. Son el campo mismo de tu misión.

Has sido colocado exactamente donde estás, con un propósito, como representante del reino de los cielos. La cuestión no es si tienes una misión, sino si la conoces.

Un extraño en tierra extraña

Por supuesto, vivir como ciudadano del cielo en un mundo que en su mayoría no lo reconoce no siempre es fácil. La Biblia no pasa por alto esta tensión; de hecho, la menciona directamente.

En 1 Pedro 2:11 nos llaman «extranjeros y peregrinos» en este mundo. Hebreos 11 —esa magnífica sala de la fe— describe a los grandes hombres y mujeres de Dios como personas que «reconocieron ser extranjeros y peregrinos en la tierra» y que «anhelaban una patria mejor, la celestial» (Hebreos 11:13, 16). Abraham dejó la seguridad de todo lo conocido porque «esperaba la ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10).

Esa sensación de no encajar del todo, de sentir que los valores y prioridades de este mundo no concuerdan con algo profundo en tu interior, no es un problema espiritual. Es un síntoma espiritual de salud. Significa que tu corazón se ha sintonizado con un reino diferente.

Si sientes que no encajas en el mundo, no te alarmes. Fuiste creado para otro país. C.S. Lewis tenía razón: la añoranza misma es la prueba. No fuimos creados solo para este mundo.

— John Piper, *No desperdices tu vida*

C.S. Lewis lo plasmó maravillosamente en "Mero cristianismo" cuando observó que si sentimos un deseo que nada en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fuimos creados para otro mundo. Esa inquietud, esa nostalgia por un lugar que nunca hemos visitado físicamente, no es debilidad. Es nuestra identidad cívica hablando.

Pero —y esto es crucial— ser un forastero aquí no significa estar desconectado. La analogía del embajador sigue siendo válida: eres extranjero, pero estás presente. No eres de este mundo, pero formas parte de él.

Sus derechos como ciudadano enviado del cielo

La ciudadanía conlleva derechos. Y tu ciudadanía celestial viene acompañada de beneficios que superan con creces todo lo que cualquier nación terrenal pueda ofrecer a sus ciudadanos.

Primero, has sido liberado del poder de las tinieblas. Colosenses 1:13 es claro: has sido rescatado del dominio del diablo. Ya no estás bajo su jurisdicción. Él no tiene ningún derecho legal sobre ti. Tienes el poder y el derecho de resistirlo a él y a toda obra que intente; y cuando lo hagas, la plena autoridad del cielo te respaldará. No estás luchando por la victoria, sino luchando contra ella.

"El diablo es un enemigo derrotado. Sabe que su autoridad sobre el creyente ha desaparecido. Su única arma restante es el engaño: convencerte de que aún tiene poder sobre ti, un poder que legalmente ya no posee."

— **Bill Johnson, Presentando la Presencia**

En segundo lugar, tienes acceso directo y sin obstáculos a la presencia de Dios. El velo se rasgó (Mateo 27:51). No necesitas cita

previa. No necesitas purificarte antes. Los ciudadanos del cielo tienen el derecho de acercarse con confianza al trono de la gracia, en cualquier momento y ante cualquier necesidad (Hebreos 4:16). Ese acceso es tuyo, no por tus méritos, sino por ser ciudadano del cielo.

En tercer lugar, tienes protección divina. El Cielo es responsable de sus ciudadanos. El Salmo 91 no es poesía reservada para una clase especial de supersantos, sino herencia de todo hijo del Dios Altísimo. Los ángeles son enviados en favor de los que pertenecen al reino (Hebreos 1:14). El Rey vela por los suyos.

En cuarto lugar, tienes acceso total a los recursos celestiales: una alegría que no depende de las circunstancias, una paz que sobrepasa todo entendimiento, una sabiduría que va más allá de la razón humana y una esperanza que nunca defrauda. Estos no son lujos para la élite espiritual. Son un derecho inherente a todo ciudadano.

Define tu mentalidad sobre dónde reside tu ciudadanía.

Todo esto conlleva una responsabilidad práctica. Pablo lo deja claro en Colosenses 3:2: «Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra».

La palabra «establecer» es deliberada. No es pasiva. Requiere intención y una elección constante. Debes decidir —repetidamente, a diario, a veces momento a momento— definirme por tu ciudadanía celestial en lugar de por categorías terrenales.

Eso significa que, en última instancia, no te defines por tu cuenta bancaria ni por tu puesto de trabajo. No dejas que la afiliación política o el estatus social determinen tu identidad o tu seguridad. No persigues las tendencias culturales ni cedes a la presión social

como si la aprobación del mundo fuera el veredicto que más importa. Vives con una perspectiva diferente. Un conjunto de prioridades, una visión a largo plazo, un ancla más profunda.

«Muchos cristianos están tan centrados en lo celestial que no sirven para nada en la tierra, y muchísimos más están tan centrados en lo terrenal que no sirven para nada en lo celestial. El objetivo es estar tan arraigados en la realidad del cielo que transformemos cada espacio terrenal que ocupamos.»

— A. W. Tozer, *La búsqueda de Dios*

Pero fíjense en lo que Colosenses 3:2 no dice. No dice: «Apartad la mente de las cosas terrenales». No dice: «Ignorad el mundo imperfecto que os rodea». Ser ciudadano del cielo nunca es una licencia para la pasividad o el escapismo. Jesús les dijo a sus seguidores que son la sal de la tierra y la luz del mundo (Mateo 5:13-14). La sal solo cumple su función al entrar en contacto con la tierra. La luz solo importa en presencia de la oscuridad.

Estás llamado a participar plenamente en este mundo, no a ser moldeado por él, sino a ser enviado a él. Llevas la cultura celestial a los espacios terrenales. Traes la justicia, la compasión y la verdad del reino a un mundo que las necesita desesperadamente. No te apartas del sufrimiento que te rodea. Representas al Rey que lo sana.

Vivir como si supieras de dónde vienes

Esta es la pregunta que te deja este capítulo: ¿vives como un ciudadano del cielo o como un residente permanente de la tierra?

Hay una confianza que nace de saber de dónde vienes, y de saber que el Rey del reino al que perteneces es soberano sobre todos los reinos que te rodean. Hay una libertad que nace de saber que lo peor

de este mundo no puede tocar tu verdadera ciudadanía. Hay un propósito que nace de saber que no estás aquí por casualidad, sino con una misión, como representante del reino más grande que jamás haya existido.

No eres producto de tu cultura, tu educación, tus errores ni tus circunstancias. Eres hijo del Dios Altísimo, coheredero con Cristo, ciudadano del cielo, embajador en una misión en el tiempo y lugar donde Dios te ha colocado.

Camina con la cabeza bien alta. Sabes quién eres. Sabes a quién perteneces. Y sabes dónde está tu hogar.

*"Pero vosotros sois linaje escogido, real
sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por
Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que
os llamó de las tinieblas a su luz admirable."*

– 1 Pedro 2:9



A C O N T I N U A C I Ó N

*En la siguiente sección, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Eres un BENDITO en Cristo”.*

Capítulo diez

“En Cristo”

ERES BENDECIDO



"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales." — Efesios 1:3

Deja que ese versículo te envuelva por un instante. Léelo de nuevo, despacio. Porque entre esas pocas palabras se esconde una de las verdades más transformadoras que jamás encontrarás sobre quién eres y lo que ya posees en Cristo.

No estás esperando ser bendecido. No esperas ganarte el favor suficiente para algún día merecerlo. No estás en un período de prueba espiritual, preguntándote si Dios finalmente te concederá su bendición. Según la Palabra de Dios, ya eres bendecido, ahora mismo, en este instante, mientras lees estas palabras.

La pregunta es: ¿Lo ves? ¿Vives de acuerdo con ello? ¿O acaso el ruido de la vida cotidiana, el peso de tus luchas y la voz de tu propia insuficiencia han ahogado la voz de Dios que dice: «Ya te lo he dado todo»?

Este capítulo trata de abrir los ojos a la realidad de quién eres ya en Cristo. No es un discurso motivacional. No es una ilusión. Es la verdad fundamental del Evangelio, y tiene el poder de transformar tu manera de vivir cada día.

Ya hecho: El pretérito de bendición

Una de las primeras cosas que llama la atención al leer Efesios 1:3 es el tiempo verbal. Pablo no dice que Dios nos bendecirá, ni que

está en proceso de bendecirnos, ni siquiera que quiere bendecirnos. Dice que Dios YA nos ha bendecido. Tiempo pasado. Acción completada. Hecho.

Esto no es un detalle menor, lo es todo. Significa que la bendición de Dios no es una recompensa futura que se te presenta como una zanahoria. No depende de que finalmente te pongas las pilas, ores correctamente o alcances algún nivel espiritual. La bendición ya se ha derramado sobre tu vida desde el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo.

"Las bendiciones de Dios no se ganan; se heredan. Y uno no espera una herencia, sino que la recibe."

— José Príncipe, destinado a reinar

Piensa en lo que significa heredar algo. No trabajas para conseguirlo. No te esfuerzas para obtenerlo. Simplemente lo recibes en virtud de tu relación con quien te lo dejó. Eso es precisamente lo que describe Pablo. En Cristo, has sido hecho heredero de Dios, y la herencia ya está depositada en tu cuenta.

Demasiados creyentes viven por debajo del nivel de su herencia espiritual porque aún intentan ganarse lo que ya se les ha dado gratuitamente. Oran como si Dios se mostrara reacio. Adoran como si tuvieran que obligarlo. Viven en una constante ansiedad espiritual, preguntándose si son lo suficientemente buenos. Pero Efesios 1:3 nos invita a salir de esa niebla y a entrar en la brillante luz de la gracia.

En Cristo: El fundamento de toda bendición

Fíjense dónde se encuentran todas estas bendiciones: EN CRISTO. Esta frase aparece más de ciento sesenta veces en el Nuevo Testamento. Pablo insistió en ello con vehemencia, porque

comprendió algo que lo cambia todo: tu vocación espiritual determina tu realidad espiritual.

Antes de llegar a la fe, tu morada estaba en Adán: en el pecado, en la muerte, bajo la maldición. Pero en el momento en que confiaste en Jesús, tu morada cambió. Fuiste trasladado, reubicado, trasplantado, al mismo Cristo. Y donde está Cristo, ya existe toda bendición del cielo.

En Cristo, ya no te definen tu pasado, tus fracasos, tu historia familiar ni tus miedos. Te define Él, y Él nunca ha perdido, nunca ha fallado y nunca se ha quedado corto.

— TD Jakes

Colosenses 1:19 nos dice que «al Padre le plació que en él habitara toda la plenitud». Cada atributo de Dios —cada gota de su amor, sabiduría, poder, gracia, paz y provisión— habita plenamente en Cristo. Y puesto que tú habitas en Cristo, te encuentras ahora mismo en medio de esa plenitud. Juan 1:16 añade: «De su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia».

No puedes estar en Cristo y no estar bendecido. Ambas cosas son inseparables. Estar en Él es estar en el lugar donde reside todo lo que el cielo te ofrece. Tu tarea no es crear bendiciones, sino reconocer que ya las vives.

Cada bendición: La generosidad de Dios

Efesios 1:3 no dice que Dios nos haya bendecido con algunas bendiciones, ni con unas pocas, ni siquiera con muchas. Dice TODAS las bendiciones espirituales. Todas y cada una.

Esto revela algo profundo sobre el corazón de Dios. No es tacaño. No es reacio. No reparte las bendiciones a cuentagotas para

mantenernos humildes. El Salmo 84:11 declara: «No niega ningún bien a los que andan en integridad». Ningún bien. Esa es una promesa asombrosa.

| *"Nuestro Dios no es un Dios de lo justo. Él es un Dios de lo abundante, y lo demostró en la cruz."*

— Steven Furtick, *Crash the Chatterbox*

Cuando oímos la expresión «bendiciones espirituales», podríamos sentir la tentación de espiritualizarla como algo puramente invisible: paz en el corazón, gozo en el alma y poco más. Pero eso no abarca la totalidad de lo que Pablo describe. Si bien la transformación interior de paz, gozo, amor, sabiduría, discernimiento, valentía y perseverancia está incluida, la visión de Pablo es integral. Las bendiciones de Dios abarcan todas las dimensiones de la vida: espiritual, emocional, relacional y física.

En Cristo tienes todo lo que necesitas para tu vida y el propósito que Dios te ha dado. Todo lo necesario. Toda instrucción. Toda motivación. Toda promesa. Todo. El Espíritu de Dios que mora en ti no es un depósito parcial, sino la garantía total de tu herencia eterna (Efesios 1:14).

La bendición de Abraham es tuya.

Para comprender el alcance total de lo que significa ser bendecido en Cristo, debemos rastrear la bendición hasta sus raíces: a un hombre llamado Abraham, que se encontraba en la antigua Mesopotamia, cuando Dios pronunció unas palabras sobre él que resonarían a lo largo de toda la historia de la humanidad.

«Haré de ti una gran nación; te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás de bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra.»

— **Génesis 12:2-3 NVI**

Esta es la bendición abrahámica, y no es historia antigua. Es tu herencia. Gálatas 3:13-14 nos dice que Cristo nos redimió de la maldición de la ley para que «la bendición dada a Abraham llegara a los gentiles por medio de Cristo Jesús». Y Gálatas 3:29 lo confirma: «Si sois de Cristo, entonces sois descendientes de Abraham y herederos según la promesa».

Esto significa que Deuteronomio 28 —el gran catálogo de bendiciones del pacto— te pertenece. Considera lo que Dios prometió:

- Bendito seas en la ciudad, y bendito seas en el campo: éxito y favor dondequiera que Dios te coloque.
- Bendito sea el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra: abundante sustento para tu familia y para todo lo que Dios te ha confiado.
- El Señor te abrirá su buen tesoro para bendecir toda la obra de tus manos. Prestarás a muchas naciones, pero no pedirás prestado; serás fuente, no deudor; prestamista, no deudor.

Este es el alcance de lo que Dios ha declarado sobre tu vida. Recibirlo no es arrogancia, sino fe. En el centro de la bendición abrahámica está la justificación por la fe. Dado que somos justificados mediante la obra consumada de Cristo, toda otra bendición emana de ese fundamento.

*"La rectitud es el fundamento de toda bendición.
Cuando sabes que estás bien con Dios, todo lo demás
se abre ante ti."*

— Andrew Wommack

Bendecidos para ser una bendición

Aquí es donde la historia se vuelve más profunda, y donde muchos cristianos pasan por alto un aspecto esencial. Dios no te bendijo simplemente para que tuvieras una vida cómoda, un hogar seguro, un auto confiable y una jubilación abultada. Te bendijo con un propósito mucho mayor que tu propia comodidad.

*"...mientras que ustedes son enriquecidos en todo para
toda generosidad, la cual produce acción de gracias a Dios
por medio de nosotros."*

— 2 Corintios 9:11

Fíjense en lo que dice Pablo. Son enriquecidos en todo, ¿pero con qué propósito? Para toda generosidad. En otras palabras, la abundancia que Dios derrama en sus vidas no es una represa para contener riquezas, sino un río que fluye a través de ustedes hacia los demás. Han sido bendecidos para ser de bendición.

El mundo que te rodea está lleno de personas que sufren. Están desanimadas y sin esperanza, agobiadas por las circunstancias, preguntándose si a alguien le importan. Como hijo de Dios, bendecido con toda bendición espiritual en Cristo, llevas contigo los recursos que necesitan desesperadamente. No solo recursos económicos, sino la riqueza de una paz que sobrepasa todo entendimiento, la riqueza de la Palabra de Dios, la moneda del amor y la compasión genuinos.

"Se os ha dado mucho para que deis mucho. La medida de una vida plena no está en cuánto acumuláis, sino en cuánto fluye a través de vosotros hacia los demás."

— Rick Warren, *Una vida con propósito*

Esto lo cambia todo. Tu bendición no es el final de la historia, sino el comienzo de la de otra persona. Cuando llegas al trabajo, llevas contigo la bendición. Cuando caminas por tu barrio, la bendición viene contigo. Cuando te sientas frente a un amigo afligido, estás allí como alguien que se enriquece en todo y que es generoso. Tienes mucho más para dar de lo que crees.

Fe, no sentimientos

Quizás lo más práctico que debes entender acerca de tu bendición en Cristo es esto: no tiene nada que ver con cómo te sientes. En las mañanas en que te despiertas cansado, abrumado o con dudas, sigues siendo bendecido. Cuando tus circunstancias son dolorosas y tus oraciones parecen vacías, sigues siendo bendecido. Cuando has fallado y te has quedado corto, sigues siendo bendecido.

Las bendiciones de Dios no son cambios emocionales que varían según tu estado de ánimo. Son realidades firmes, aseguradas por la sangre de Jesucristo. Fueron derramadas sobre ti en el momento de la salvación, y ninguna circunstancia, fracaso o sentimiento puede revocarlas.

"La fe no es la ausencia de sentimientos, sino la decisión de aferrarse a la verdad cuando los sentimientos te dicen lo contrario."

— Joyce Meyer

Por eso el apóstol Pablo pudo escribir sobre la alegría desde la cárcel. Por eso pudo decir: «He aprendido a contentarme en

cualquier situación» (Filipenses 4:11). Había aprendido a ver su identidad y su herencia a través de la fe, no de los sentimientos. Y esa es la invitación que se te extiende en este capítulo.

¿Lo ves?

El título de este libro plantea una pregunta incisiva: ¿Te ves a ti mismo tal como eres? Y en el contexto de este capítulo, la pregunta se vuelve aún más específica: ¿Te ves como Dios te ve: ya bendecido, con todo lo necesario, abundantemente provisto de todos los recursos espirituales que puedas necesitar?

No se trata de negar tus dificultades. No se trata de fingir que todo está bien cuando no lo está. Se trata de aprender a sostener tus circunstancias con una mano y tu identidad en Cristo con la otra, y de elegir que tu identidad determine cómo interpretas tus circunstancias, en lugar de al revés.

Eres bendecido. No por lo que hayas hecho, ni por lo que vayas a hacer, sino por lo que ÉL ha hecho: el Señor Jesucristo, quien te amó y se entregó por ti, quien resucitó de entre los muertos y ahora te sienta con Él en los lugares celestiales, derramando sobre ti toda bendición espiritual que el cielo posee.

Esa es tu esencia. Eso es lo que llevas dentro. Esa es tu realidad en Cristo.

Ahora, ¿lo ves?



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo once, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Ustedes son coherederos en Cristo”.*

Capítulo once

“En Cristo”

Usted es coheredero



«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos con él, para que también seamos glorificados juntamente con él.»

— Romanos 8:16–17 (NKJV)

Imagina descubrir que un pariente lejano ha fallecido y te ha dejado una enorme fortuna: una herencia inmensa de propiedades, riqueza e influencia cuya existencia desconocías. Todos los trámites legales están en regla. La escritura está a tu nombre. Todo es tuyo. Y, sin embargo, has vivido como si no tuvieras un céntimo, luchando para llegar a fin de mes, sin saber que tu legítima herencia te esperaba desde siempre.

Esta es la realidad espiritual para millones de cristianos hoy en día.

La Palabra de Dios declara claramente que todo creyente nacido de nuevo no es simplemente un siervo de Dios, ni un simple discípulo de Cristo, sino coheredero con el Hijo de Dios mismo. La herencia es real. El pacto está sellado con la sangre de Jesús. Y, sin embargo, muchos hijos de Dios vagan por la vida espiritualmente empobrecidos, no porque se les haya negado la herencia, sino porque nunca han comprendido verdaderamente quiénes son.

Este capítulo es una invitación para que lo veas. Para que lo veas de verdad.

Reclamar la herencia que ya está a tu nombre

La familia en la que naciste

Antes de comprender nuestra herencia, debemos comprender nuestra identidad. En el capítulo anterior, exploramos la asombrosa verdad de que, mediante la fe en Jesucristo, has nacido de nuevo en la familia de Dios. No eres un huérfano espiritual. No eres un invitado en la casa de Dios. Eres su hijo.

El apóstol Pablo fundamenta esto en Romanos 8. En el versículo 16, afirma que el Espíritu Santo mismo da testimonio, junto con nuestro propio espíritu, de que somos hijos de Dios. Esto no es una mera ilusión ni un sentimiento espiritual, sino el testimonio de la tercera persona de la Trinidad que da fe de nuestra filiación divina.

Y entonces Pablo va un paso más allá: si hay hijos, también herederos.

En el mundo antiguo, la herencia era una de las realidades legales más poderosas que una persona podía poseer. Un heredero tenía un derecho garantizado sobre la herencia de sus padres. No se ganaba, sino que se confería por nacimiento. Y lo que Pablo declara es que tu nuevo nacimiento en Cristo te ha conferido los derechos de un heredero pleno en la casa del Todopoderoso.

“Eres tan hijo de Dios como si fueras su único hijo.”

— Charles Spurgeon

Reflexiona sobre esto. No es un heredero parcial. No es un heredero condicional. Es un coheredero, que comparte la misma herencia que Jesucristo mismo.

Qué significa ser coheredero

La palabra griega que Pablo usa en Romanos 8:17 es *synklēronomōs*, que literalmente significa «el que recibe la misma suerte». Habla de coheredar, de compartir por igual lo que pertenece a otro. Y ese «otro» aquí es el Hijo de Dios.

Para comprender la magnitud de esto, consideremos quién es Jesús y qué ha heredado. Hebreos 1:2 nos dice que Dios «en estos últimos

días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todo». El Hijo de Dios es el heredero designado de todas las cosas: no de algunas, ni de muchas, sino de todas. De toda la creación. Del universo en su plenitud. Del Reino venidero en toda su gloria.

Y tú eres coheredero con Él.

«*La gloria que me diste, yo se la he dado a ellos, para que sean uno, así como nosotros somos uno.*» — Juan 17:22 (NVI)

Jesús nos da su gloria (Juan 17:22), sus riquezas (2 Corintios 8:9) y una participación en todas las cosas (Hebreos 1:2). Como escribe Pablo en Efesios 1:6, somos «aceptados en el Amado». Dios nos recibe con la misma acogida que le brinda a su Hijo. Lo que pertenece a Jesús nos pertenecerá a nosotros.

“Dios no solo nos ha salvado de algo; nos ha salvado para algo: una herencia gloriosa que hace que cualquier fortuna terrenal parezca calderilla.”— **Tony Evans, Kingdom Man**

Esto significa que la herencia no es algo que recibimos simplemente después de la muerte. Comienza ahora. La vida de resurrección es nuestra ahora. El acceso al Padre es nuestro ahora. La autoridad sobre el enemigo es nuestra ahora. El Reino está presente y está por venir, y como coherederos, tenemos posición en ambas dimensiones.

Herederos del mundo: La promesa a la descendencia de Abraham

Algunos creyentes conciben su herencia en términos puramente espirituales: una recompensa celestial reservada para la eternidad. Pero las Escrituras presentan una perspectiva mucho más amplia.

«*Porque la promesa de que sería heredero del mundo no se le dio a Abraham ni a su descendencia por medio de la ley, sino por medio de la justicia que es por la fe.*» — Romanos 4:13 (NVI)

Dios le prometió a Abraham que su descendencia heredaría el mundo. No un rincón. No un concepto espiritual. El mundo entero. Y el apóstol Pablo deja claro que esta promesa nunca se limitó a los descendientes biológicos de Abraham; se extendió a su descendencia espiritual: aquellos que comparten su fe.

¿Y quién es esa semilla espiritual? Gálatas 3:29 responde directamente: «Si sois de Cristo, entonces sois descendientes de Abraham y herederos según la promesa». Si estás en Cristo, estás en el linaje de la promesa. Eres legítimo heredero de lo que Dios prometió a Abraham.

Esto significa que tienes un papel importante en este mundo. No como explotador, sino como administrador. Como heredero de la promesa, estás llamado y capacitado para transformar el mundo que te rodea según la voluntad del Padre. Los recursos de la tierra, los sistemas culturales, el tejido social: no son tus enemigos. Son tu dominio. Estás llamado a influir en ellos, redimirlos y alinearlos con el Reino de Dios.

“Los cristianos no estamos llamados a retirarnos del mundo. Estamos llamados a ejercer dominio, no por la fuerza, sino por el poder transformador de una vida plenamente entregada a Cristo.”

— Bill Johnson, Cuando el cielo invade la Tierra

La tragedia del heredero desinformado

Sin embargo, existe una dolorosa ironía en el seno de la comunidad cristiana. Millones de creyentes son herederos legítimos de una herencia extraordinaria, pero viven en la pobreza espiritual. Luchan contra el miedo, la carencia, la derrota y la vergüenza, no porque Dios les haya negado algo, sino porque desconocen lo que les pertenece.

“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento.”

— Oseas 4:6

La ignorancia es como el ladrón que roba al heredero. No es el poder del diablo lo que derrota a la mayoría de los cristianos, sino la falta de revelación sobre quiénes son y qué llevan dentro. No se puede caminar en lo que se desconoce. No se puede afirmar lo que no se ve.

Pablo lo ilustra en Gálatas 4:1-2: «Ahora bien, digo que mientras el heredero es niño, no se diferencia en nada de un esclavo, aunque sea dueño de todo». ¿Lo entendieron? El heredero —el dueño de todo— funciona como un esclavo mientras permanece en la infancia espiritual. Su estatus legal no cambia. Su herencia permanece intacta. Pero en la práctica, su vida no se parece en nada a la de un esclavo.

“La pobreza espiritual no es la voluntad de Dios para sus hijos. La ignorancia de la gracia es la raíz de casi toda forma de derrota espiritual.”

— Andrew Wommack

Por eso, muchos creyentes sufren pérdidas que no deberían, aceptan derrotas que no tienen por qué aceptar y toleran ataduras de las que ya han sido liberados. Su herencia es real, pero su revelación es incompleta.

Creciendo para convertirse en tu legado

La solución no reside en esforzarse más, sino en crecer, en madurar hasta alcanzar la plenitud que Dios ya te ha destinado. Y ese crecimiento requiere dos decisiones conscientes.

Primero: Guarda las cosas de niño. En 1 Corintios 13:11, Pablo escribe: «Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando me hice hombre, dejé atrás las cosas de niño». El heredero suele identificarse por sus palabras y su mentalidad. Los herederos inmaduros hablan el lenguaje de la carencia, el miedo y la limitación. Los herederos maduros hablan el lenguaje del Reino.

En 1 Pedro 2:1-2, nos exhortan a dejar de lado «toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidia y toda calumnia», y en cambio, a anhelar la Palabra. Santiago se hace eco de esto: «Dejen a un lado toda inmundicia y maldad, y reciban con mansedumbre la palabra implantada, la cual tiene poder para salvar sus almas» (Santiago 1:21). La madurez espiritual no es automática; requiere renunciar decididamente a lo que pertenece a nuestra vieja naturaleza.

Segundo: Desarrolla un apetito voraz por la Palabra. Creces en tu herencia al comprenderla, y la comprendes mediante un estudio constante y ferviente de las Escrituras. La Palabra de Dios es el título de propiedad de tu herencia. Cuanto más la conozcas, más claramente te verás reflejado en ella, y con mayor valentía vivirás conforme a ella.

“La Palabra de Dios te dará fundamento, te protegerá y te guiará. tú, y crecer como persona. No hay sustituto para ello.”

—Joyce Meyer

Observa la secuencia: debes dejar atrás el pasado antes de poder madurar. Debes elegir la madurez antes de poder ejercer autoridad. La herencia no cambia, pero tu experiencia de ella está directamente ligada a tu voluntad de crecer.

El mundo te está esperando.

He aquí quizás la razón más urgente para asumir tu identidad como coheredero: el mundo está literalmente esperando que te presentes.

«Porque la creación aguarda con anhelo la manifestación de los hijos de Dios.» — Romanos 8:19

La creación misma —el mundo natural, el sufrimiento de la sociedad humana, la esencia misma de la existencia— se encuentra en un estado de expectativa. Aguarda a que los hijos de Dios asuman su plena identidad y ejerzan el dominio que Dios les ha otorgado.

Romanos 8:20-21 explica el porqué: la creación fue sometida a la vanidad y la esclavitud, y será liberada de esa esclavitud mediante la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

No estás aquí por casualidad. Tu llegada como hijo de Dios maduro y plenamente realizado tiene implicaciones cósmicas. Cada comunidad a la que entras, cada familia con la que interactúas, cada ámbito de influencia que abarcas: la creación espera que lleves la atmósfera del Cielo a su interior.

“No solo fuiste salvado del infierno. Fuiste salvado con un propósito. El plan de Dios siempre ha sido tener un pueblo que refleje su gloria y establezca su Reino en la tierra.”

— **Priscilla Shirer**

Cuando vives sin ser consciente de tu coheredera, no solo tú sufres. Quienes te rodean se ven privados de la influencia del Reino que debían recibir a través de ti. Lo que está en juego con tu revelación es de suma importancia.

¿Lo ves?

Seamos claros. No eres un mendigo a las puertas de la casa de Dios. No estás a prueba, esperando ganarte un lugar en la mesa algún día. Eres hijo de Dios: has nacido de nuevo, has sido adoptado por gracia, sellado por el Espíritu y eres coheredero junto con Jesucristo, el Hijo del Dios viviente.

Todo lo que Jesús heredó —la vida de resurrección, la gloria del Padre, el dominio sobre la creación, la plenitud del Reino— tú participas de ello. No algún día. No eventualmente. Ahora, por la sangre del pacto y el poder de la nueva creación.

La cuestión nunca es si la herencia es real. La cuestión siempre es si la verás.

El Espíritu de Dios da testimonio ahora mismo, en este preciso instante, de que eres su hijo. De que eres heredero. De que el mundo en el que vives necesita lo que solo tú, como coheredero con Cristo, puedes ofrecerle. ¿Lo crearás? ¿Lo vivirás?

UNA CONFESIÓN DE FE

“Soy coheredero con Cristo. He nacido de nuevo. Llevo la gloria y la autoridad del Reino de Dios. Alineo el mundo que me rodea con la voluntad del Padre. No soy esclavo, soy heredero. Reconozco mi identidad y actúo en consecuencia.

***Eres coheredero con Cristo.
Es una nueva realidad creada.
¿Lo ves?***



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo doce, exploraremos cómo, como nueva creación: “Eres
MÁS QUE UN CONQUISTADOR en Cristo”.*

Notas:

Capítulo doce

“En Cristo”

Eres más que un conquistador



“Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.” — Romanos 8:37

Antes de continuar con este capítulo, permítanme hacerles una pregunta. Cuando se miran en el espejo —no en el de la pared del baño, sino en el espejo interior de su mente—, ¿qué ven? ¿Ven a alguien capaz, valioso y destinado al éxito? ¿O ven un cúmulo de fracasos pasados, luchas presentes y futuros inciertos?

Tu respuesta a esa pregunta importa más de lo que crees. De hecho, puede ser el factor más determinante en tu vida diaria. Tu autoimagen no es solo un concepto psicológico; es una realidad espiritual con consecuencias muy reales. Y en este capítulo, vamos a afrontar esa realidad de frente, porque Dios ha revelado algo extraordinario sobre quién eres, y es hora de que lo creas.

No eres una víctima. No eres un perdedor. Tu pasado no te define ni tus circunstancias te aprisionan. Según el apóstol Pablo en Romanos 8:37, eres «más que vencedor por medio de aquel que nos amó». No solo un vencedor a medias. No solo un vencedor en ciertas circunstancias: eres más que vencedor.

Esa simple frase, si realmente la comprendes, tiene el poder de transformar tu forma de pensar, tu forma de hablar y tu forma de vivir.

El espejo no miente— Pero tampoco cuenta toda la verdad.

La mayoría de nosotros hemos sido moldeados por lo que el mundo nos ha dicho sobre nosotros mismos. Quizás fue un padre o una madre que nos criticó duramente. Quizás fue un profesor que nos dijo que no éramos lo suficientemente inteligentes, una relación que nos hizo sentir inútiles o una serie de fracasos que nos convencieron de que el éxito simplemente no estaba destinado para nosotros. Con el tiempo, estos mensajes se convierten en el filtro a través del cual vemos todo, incluyéndonos a nosotros mismos.

Pero esto es lo que quiero que entiendas: el espejo que el mundo te muestra está roto. Distorsiona la imagen. Te muestra tus defectos y fracasos, pero oculta la plenitud de tu identidad. Para ver quién eres realmente, necesitas un espejo completamente diferente. Necesitas la Palabra de Dios.

“Nunca llegarás a ser quien estás llamado a ser si dedicas tu tiempo y energía a centrarte en quien solías ser.”

Joel Osteen, pastor y autor.

La Biblia no es un libro de autoayuda, sino el manual definitivo de identidad. Y revela algo asombroso sobre ti: que, a través de Cristo, eres más que un vencedor. Ese es tu verdadero reflejo. Ese eres tú de verdad.

¿Qué significa realmente ser un conquistador?

Antes de poder apreciar lo que significa ser más que un vencedor, necesitamos entender qué es un vencedor. Imaginemos a un boxeador campeón. Entrena durante meses, sube al ring, recibe

algunos golpes, saca fuerzas de flaqueza y finalmente gana la pelea. Sale con el cinturón y el premio en metálico. Es un vencedor: alguien que luchó con ahínco y salió victorioso.

Eso es impresionante. Pero Pablo nos dice que somos algo aún más grande. Somos más que vencedores.

Aquí es donde la cosa se pone interesante. Imagina a ese mismo boxeador recibiendo el cinturón de campeón y el premio en metálico sin siquiera subir al ring. Alguien más ya había peleado —y ganado— y luego se dio la vuelta y le dijo: «Toma. Esto es tuyo». Eso es exactamente lo que hizo Jesús.

Jesús entró en la arena. Se enfrentó al pecado, a la muerte, a la oscuridad y a todo el peso de la imperfección humana. Fue golpeado, crucificado y sepultado. Y al tercer día, resucitó victorioso. El enemigo fue derrotado. La victoria fue ganada. Y entonces Jesús, en su extraordinaria gracia, nos entregó esa victoria a ti y a mí. No la ganamos. No luchamos por ella. La recibimos como un regalo por medio de la fe.

“No eres solo un pecador salvado por la gracia. Eres una nueva creación, un sacerdote real, un pueblo elegido, un hijo del Dios vivo. Empieza a verte como Dios te ve.”

— Christine Caine, autora y evangelista

Esa es la esencia de lo que significa ser más que un vencedor. No se trata de tu fuerza, ni de tu resiliencia, tu inteligencia o tu capacidad para superar las dificultades. Se trata de a quién perteneces y de lo que Él ya ha logrado por ti.

Las cinco dimensiones de tu victoria

Ser más que un vencedor no es un vago sentimiento de satisfacción. Es una realidad espiritual compleja que abarca todos los aspectos de tu vida. Analicemos esto en detalle.

1. Ya has ganado

Esta puede ser la verdad más difícil de aferrar cuando la vida parece desmoronarse, pero es la más importante: la victoria no está por llegar, ya está aquí. Colosenses 2:15 nos dice que Jesús «despojó a los poderes y autoridades» y «triunfó sobre ellos». Tiempo pasado. Hecho. Concluido. Cuando sientes que estás perdiendo, no estás luchando por la victoria; estás luchando contra ella. El resultado ya está decidido a tu favor.

2. Victoria sobre el pecado

Romanos 6:14 declara: «Porque el pecado ya no tendrá dominio sobre ustedes, pues no están bajo la ley, sino bajo la gracia». El pecado alguna vez tuvo dominio sobre ti, pero ese dominio ha sido quebrantado. Ya no eres esclavo de tus hábitos pasados, tus viejos patrones ni los errores que alguna vez te definieron. En Cristo, has sido liberado. Esto no significa que la tentación desaparezca, pero sí significa que tienes el poder para vencerla.

3. Victoria sobre la muerte

En 1 Corintios 15:55-57 se pregunta con valentía: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?». Gracias a la resurrección de Jesucristo, la muerte física no es el final de tu historia, sino simplemente una transición. Fuiste creado para la eternidad, y esta vida, con todo su dolor y presión, no es el capítulo final. Esta perspectiva transforma por completo tu manera de afrontar el sufrimiento y la pérdida.

4. Victoria en el ámbito espiritual

Efesios 6:12 nos recuerda que «nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra poderes, contra autoridades, contra los gobernantes de este mundo de tinieblas». Vives en una batalla espiritual, pero no estás desarmado ni derrotado. Efesios 2:6 dice que Dios «nos resucitó con Cristo y nos sentó con él en los lugares celestiales». Tienes autoridad en Cristo. El enemigo es un adversario vencido.

5. Victoria sobre los desafíos de la vida

Jesús nunca prometió una vida sin dificultades. En Juan 16:33, dijo claramente: «En este mundo tendréis aflicción». Pero no se detuvo ahí. Continuó: «¡Pero confiad! Yo he vencido al mundo». Las dificultades vendrán, pero no tendrán la última palabra sobre tu vida. En Cristo, cada adversidad se convierte en una oportunidad para crecer, cada revés en una preparación y cada prueba en un testimonio en formación.

“La voluntad de Dios no te llevará a donde la gracia de Dios no pueda sostenerte.”

— Charles Stanley, pastor y autor

Deja de hablar como un perdedor

Aquí es donde tu transformación debe volverse práctica. No puedes pensar como un vencedor y hablar como una víctima al mismo tiempo. Son incompatibles. Si constantemente dices cosas como «Nunca me sale nada bien», «No puedo ganar» o «Simplemente no soy de los que tienen suerte», entonces aún no vives en la realidad de Romanos 8:37, independientemente de lo que digas creer.

Proverbios 18:21 nos dice que «la muerte y la vida están en poder de la lengua». Tus palabras no son solo sonidos; son semillas. Y

cosecharás lo que siembres. La buena noticia es que puedes cambiar lo que siembras desde ahora mismo.

Comienza a expresar tu identidad en voz alta. No porque la confesión positiva sea una fórmula mágica, sino porque alinear tus palabras con la Palabra de Dios es un acto de fe. Dilo conmigo: Soy más que un vencedor. Soy amado por Dios. Mi pasado no me define. Soy capaz, por medio de Cristo, de superar cualquier obstáculo que se me presente.

“Cambia tus palabras. Cambia tu mundo. En el momento en que empieces a hablar de lo que Dios dice acerca de tu situación, algo cambiará en la atmósfera espiritual.”

— TD Jakes, obispo y autor

Esto no es negación. No estás fingiendo que la lucha no existe. Simplemente eliges verla desde la perspectiva de tu identidad en Cristo, en lugar de desde la perspectiva de tus circunstancias. Ese cambio de perspectiva no es debilidad, sino una de las disciplinas espirituales más poderosas que puedes desarrollar.

Vivir desde adentro hacia afuera

He aquí uno de los matices más importantes de todo este capítulo, y no quiero que lo pases por alto: no eres más que un vencedor por nada de lo que hayas hecho o puedas hacer. Esta victoria no se basa en tu disciplina, tu talento, tu educación ni tu trayectoria. Se basa enteramente en Cristo y en el hecho de que estás en Él.

En el momento en que te apartas de esa relación y empiezas a depender de tus propias fuerzas, te vuelves vulnerable. La historia está llena de hombres y mujeres talentosos, ambiciosos y capaces que, sin embargo, cayeron porque intentaron luchar con sus propias

fuerzas. Sin Cristo, no somos nada. En Él podemos hacer todas las cosas (Filipenses 4:13).

Vivir como algo más que un vencedor significa cultivar una relación íntima y diaria con Aquel que te dio la victoria. Significa dedicar tiempo a Su Palabra para que Su verdad sea más real para ti que tus circunstancias. Significa orar no solo cuando estás desesperado, sino como un estilo de vida, manteniendo abiertas las vías de comunicación con Aquel que tiene tu futuro en sus manos.

“No tienes que ganarte el derecho a acercarte a Dios. Él es tu Padre. Siempre te está esperando.”

— Max Lucado, pastor y autor de bestsellers

Cuando tu identidad está firmemente arraigada en Cristo, sucede algo extraordinario: lo inesperado ya no te devasta. Las decepciones aún duelen, pero no te destruyen. Los contratiempos aún duelen, pero no te definen. Puedes recibir malas noticias sin que te abrumen, porque tu paz no se basa en tus circunstancias, sino en Sus promesas.

Tu vida no es tu situación.

Quiero cerrar este capítulo con la que quizás sea la verdad más liberadora de estas páginas: tu vida no se define por tu situación. Léelo de nuevo. Tu vida —tu vida real, tu verdadera identidad, tu valor eterno— no está determinada por lo que estás viviendo ahora mismo.

Puede que estés pasando por un momento difícil. Tal vez te enfrentes a dificultades económicas, una ruptura sentimental, una crisis de salud o un duelo que parece no tener fin. No estoy

restándole importancia a nada de eso. Son situaciones reales e importantes. Pero no definen quién eres.

Tu vida se define por quién eres en Cristo: el hijo preciado de un Padre celestial que conoce tu nombre, ve tus lágrimas, escucha tus oraciones y obra todas las cosas, incluso las dolorosas, para tu bien (Romanos 8:28).

Dios te ve ahora mismo, justo donde estás. No le sorprende tu situación ni te ha abandonado. Si le entregas tus problemas, confías en su guía y das un paso adelante con fe, accederás a una dimensión de su gracia y poder que te sostendrá en medio de situaciones que deberían haberte destruido.

Así es como se ve en la vida real ser más que un conquistador. No una vida sin tormentas, sino una vida con un ancla que se mantiene firme en cada tormenta. No una vida sin desafíos, sino una vida con un Campeón que ya los ha superado todos.

Así pues, la pregunta es: ¿Lo creerás? ¿Te atreverás a verte como Dios te ve, no a través del prisma de tus fracasos, tus miedos o tus circunstancias, sino a través del prisma de Su amor, Su Palabra y la obra consumada de Jesucristo?

Eres más que un conquistador. No es algo en lo que tengas que convertirte. Es lo que ya eres.

Ahora es el momento de empezar a vivir como si así fuera.



A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo trece, exploraremos cómo, como nueva creación: “Eres amado en Cristo”.

Capítulo trece

“En Cristo”

Eres amado



“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene por nosotros. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él.”

— **1 Juan 4:16**

De todas las verdades de la Biblia, esta quizás sea la más transformadora, y la más difícil de comprender plenamente: Dios te ama. No la versión pulida y perfecta de ti. No la versión futura que finalmente ha vencido sus malos hábitos y enderezado su vida. Él te ama ahora mismo, hoy, tal como eres.

Quizás hayas escuchado esa frase toda tu vida. Quizás la hayas cantado en la escuela dominical, la hayas visto en pegatinas para coches y hayas asentido con la cabeza en la iglesia. Pero hay una profunda diferencia entre saber algo intelectualmente y que eche raíces en lo más profundo de tu corazón. Este capítulo es una invitación a pasar del acuerdo intelectual a la revelación personal: a dejar de simplemente saber que Dios te ama y empezar a vivir como alguien que es amado profunda, completa e inquebrantablemente.

Porque esta es la verdad: cómo recibes el amor de Dios lo determinará todo. Moldeará tu autoimagen, tu trato hacia los demás y tu forma de vivir cada etapa de la vida. Si tienes una visión distorsionada del amor de Dios —condicional, basada en el desempeño o frágil— vivirás con una constante ansiedad latente,

preguntándote siempre si has hecho lo suficiente para mantener su favor. Pero cuando comprendes la verdadera naturaleza de su amor, algo cambia en lo más profundo de tu ser. Dejas de esforzarte y empiezas a descansar. Dejas de actuar y empiezas a creer.

Así que analicemos con detenimiento y honestidad qué es realmente el amor de Dios, y permitamos que haga lo que solo él puede hacer: liberarnos.

Un amor que no espera

“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.”

Romanos 5:8

La mayoría de nosotros albergamos la creencia profundamente arraigada de que el amor debe ganarse. Desde la infancia, aprendemos a asociar el amor con el comportamiento. Pórtate bien y serás amado. Haz las cosas bien y serás valorado. Si te equivocas, corres el riesgo de ser rechazado. Es una concepción transaccional del amor, y si bien puede ser así como suele funcionar el mundo, no tiene absolutamente nada que ver con el amor de Dios.

Fíjense en lo que Romanos 5:8 no dice. No dice «Mientras progresábamos». No dice «Después de haber enmendado nuestras vidas». Dice que, cuando aún éramos pecadores —en nuestro momento de mayor quebrantamiento, rebeldía y decadencia espiritual—, Cristo murió por nosotros. Dios no esperó a que fuéramos dignos de su amor. Actuó cuando menos lo merecíamos.

Piensa en lo que eso significa para ti personalmente. La versión de ti que Dios amó lo suficiente como para enviar a su Hijo no era tu mejor versión. Era la peor. Tu versión más temerosa. Tu versión más avergonzada. Tu versión más impulsiva, enojada, amargada o

quebrantada. Esa es la versión de ti a la que Jesús se acercó —con los brazos abiertos, plenamente consciente de cada defecto, cada fracaso, cada momento de oscuridad— y le dijo: «Vales muchísimo».

“Dios te ama no por quien eres, sino por quien es Él.”

— Os Guinness, autor y apologista

Este es el mensaje radical y transformador del Evangelio. Elimina todo esquema basado en el desempeño que hemos construido y lo reemplaza con algo sorprendentemente simple: eres amado porque Dios es amor. Punto final. Sin condiciones, sin letra pequeña, sin periodo de prueba. Su amor por ti no es una recompensa por tu buen comportamiento. Es un regalo, dado gratuitamente, antes de que hayas hecho nada para merecerlo.

Un amor que nunca se acaba

«¡El amor fiel del Señor nunca termina! Sus misericordias nunca cesan. Grande es su fidelidad; sus misericordias se renuevan cada mañana.»

Lamentaciones 3:22–23 (NLT)

He aquí algo que debería dejarte sin palabras: el amor de Dios es infinito. No es un depósito que se pueda vaciar. No es una cuenta bancaria que se pueda quedar en descubierto. No es una paciencia que se pueda agotar. El amor de Dios no es un recurso finito, sino una expresión infinita de su ser. Y como su naturaleza misma es amor, no puede agotarse, del mismo modo que Él no puede dejar de existir.

El Salmo 107 rebosa de esta realidad: «¡Oh, gracias a Dios! ¡Es tan bueno! Su amor nunca se agota». Jamás. Esa palabra debería animar a toda alma cansada que lea estas páginas. No has agotado tu

porción. No has agotado su paciencia. No importa cuántas veces hayas caído en el mismo pecado, no importa cuántas oraciones hayas elevado con desesperación solo para repetir el mismo error, el amor de Dios por ti no ha disminuido ni un ápice.

“No hay nada que puedas hacer para que Dios te ame más, ni nada que puedas hacer para que Dios te ame menos.”

— Philip Yancey, autor de '¿Qué tiene de asombroso Grace?'

Lamentaciones fue escrita tras una pérdida devastadora: una ciudad en ruinas, un pueblo en el exilio, un poeta sentado entre los escombros de todo lo que había conocido. Y, sin embargo, en medio de ese dolor, escribe una de las declaraciones más luminosas de las Escrituras sobre la fidelidad del amor de Dios: «Sus misericordias se renuevan cada mañana».

Esa también es tu realidad. Sin importar cómo haya sido ayer, sin importar el arrepentimiento, el fracaso o la decepción que te opriman esta mañana, la misericordia de Dios es nueva. Su amor por ti no se ha enfriado de la noche a la mañana. Cada día despiertas con el mismo torrente de afecto divino que siempre ha sido tuyo. Siempre hay más. Siempre hay suficiente. Y siempre habrá aún más.

Un amor del que no puedes separarte

“Porque estoy persuadido de que ni la muerte ni la vida, Ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Romanos 8:38–39

Pablo escribió esas palabras desde la perspectiva de una experiencia duramente adquirida. Había sido golpeado, encarcelado, naufragado y dado por muerto. Había enfrentado la muerte más veces que la mayoría de nosotros un lunes difícil. Y, sin embargo, escribe no con una fe temblorosa e incierta, sino con la voz de alguien que ha apostado toda su vida a una verdad inquebrantable: nada puede separarme del amor de Dios.

Vuelve a leer esa lista. Ni la muerte. Ni la vida. Ni los ángeles ni los poderes demoníacos. Ni nada de lo que esté sucediendo ahora ni nada que pueda suceder en el futuro. Ni las circunstancias superiores ni inferiores, visibles o invisibles. Pablo es deliberadamente exhaustivo. Cierra de golpe todas las puertas posibles a la duda. No hay escapatoria. No hay ninguna excepción. No hay nada en el cielo, en la tierra ni en el infierno que pueda entrar en tu vida y apartarte del amor de Dios en Cristo Jesús.

“Tú eres a quien Jesús ama. Eso es lo más importante de ti. Todo lo demás es secundario.”

— Brennan Manning, autor de 'El evangelio del vagabundo'

Esto es de vital importancia para tu identidad. Muchos hemos construido nuestro sentido de nosotros mismos sobre cosas que se pueden perder: nuestra reputación, nuestras relaciones, nuestro éxito, nuestra salud, nuestro progreso espiritual. Y cuando esas cosas flaquean o se derrumban, nos sentimos a la deriva. Empezamos a preguntarnos si incluso Dios se ha alejado de nosotros.

Pero la declaración de Pablo disipa ese temor. Tu posición en el amor de Dios no depende de ninguna de esas cosas. Se asegura no por tu influencia sobre Él, sino por la de Él sobre ti, y esa influencia jamás se debilita. Estás protegido.

Un amor que transforma tu identidad

Comprender el amor de Dios no solo busca hacernos sentir mejor, sino transformarnos profundamente. Juan, el apóstol que se autodenominó «el amado de Jesús», lo entendió mejor que casi nadie. No solo creía que Jesús amaba a la gente en general, sino que lo hizo suyo. Lo llevó como su sello personal. Y esa identidad —la del amado de Dios— marcó todos los aspectos de su vida, su escritura y su amor por los demás.

Esta es la transformación que está a tu alcance. Cuando sabes de verdad, en lo más profundo de tu corazón, que Dios te ama —no de forma condicional ni periódica, sino completa y permanentemente— algo en ti empieza a aquietarse. La inquietud se calma. El miedo al rechazo se desvanece. Ya no necesitas esforzarte para recibir amor, porque ya lo tienes. Ya no necesitas ganarte tu lugar, porque ya perteneces a él.

“Ser amado pero no conocido es reconfortante, pero superficial. Ser conocido y no amado es nuestro mayor temor. Pero ser plenamente conocido y verdaderamente amado es, bueno, muy parecido a ser amado por Dios.”

— Timothy Keller, pastor y autor

En 1 Juan 4:19 leemos: «Nosotros amamos porque él nos amó primero». El amor de Dios no es algo que recibimos, sino algo que fluye a través de nosotros cuando lo recibimos de verdad. Quienes saben que son profundamente amados se convierten en personas que aman profundamente. Quienes han sido perdonados generosamente se convierten en personas que perdonan con generosidad. El amor de Dios, bien recibido, no termina contigo; comienza contigo.

Esta es la nueva realidad de la creación que el apóstol Pablo describe en 2 Corintios 5:17: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; lo viejo ha pasado, ¡lo nuevo ha llegado!». Ya no eres quien eras. No eres la suma de tus fracasos ni prisionero de tu pasado. Eres una nueva criatura, que vive en el amor de Aquel que te creó, te redimió y aún no ha terminado contigo.

Cuando es difícil sentirse amado

Quiero ser sincera, porque creo que este capítulo estaría incompleto sin esto. Para algunos, la frase «Dios te ama» no suena como una buena noticia. Suena como un enigma, un regalo que no podemos desenvolver. Tal vez creciste en un hogar donde el amor era duro, condicional o simplemente inexistente. Tal vez llevas heridas tan profundas que la idea de un Padre que te ama incondicionalmente no te reconforta, sino que te parece casi cruel por lo alejada que está de tu experiencia.

Si te identificas con esto, quiero decirte algo con delicadeza pero con claridad: tus sentimientos son reales y tus heridas son válidas. Pero los sentimientos, por muy poderosos que sean, no determinan la verdad. El amor de Dios no es menos real porque aún no haya penetrado por completo en los lugares donde el dolor ha levantado muros. Simplemente significa que esos muros deben derrumbarse, y eso es un proceso, no un instante.

“El amor de Dios por nosotros no es una conclusión a la que llegó tras una cuidadosa reflexión. Es la esencia misma de quién es Él.”

— Charles Stanley, pastor y autor

El camino para recibir el amor de Dios a menudo pasa por aquellos lugares que más tememos abrir. Requiere honestidad: decirle a Dios exactamente cómo te sientes, incluso si lo que sientes es duda, enojo o distanciamiento. Requiere tiempo en Su Palabra, permitiendo que la verdad transforme poco a poco las mentiras que has creído sobre ti mismo y sobre Él. Y, con frecuencia, requiere comunidad: la experiencia de ser amado por personas imperfectas, llenas de gracia, que reflejan el corazón del Padre.

Permítete disfrutar del camino. No necesitas tener todo perfectamente resuelto para dar el siguiente paso hacia Él. En la parábola del hijo pródigo, el Padre no esperó a que su hijo llegara con un discurso impecable. Lo vio lejos y corrió. Dios no está de brazos cruzados esperando a que lo resuelvas. Él ya está corriendo hacia ti.

¿Lo ves?

Todo este libro se basa en una pregunta fundamental: ¿Te ves tal como eres? Y no puedes responder a esa pregunta con sinceridad sin antes responder a esta otra: ¿Te das cuenta de lo profundamente amado que eres?

Tu verdadero ser no se define por tus fracasos. Tu verdadero ser no está atado a tu pasado. Tu verdadero ser no es la suma de las opiniones ajenas ni la voz del crítico interior que te repite una y otra vez tus peores momentos. Tu verdadero ser es la persona que Dios ve cuando te mira: un hijo querido, una creación amada, alguien que Él consideró digno de cada sacrificio que la cruz requirió.

El amor de Dios no es una teoría. No es un eslogan impreso en una taza de café. Es un hecho, establecido en la historia y probado en el Calvario. Jesús no solo declaró tu valor, sino que lo demostró con

su vida. Y ese amor —incondicional, indestructible e inagotable— no es algo que debas esforzarte por obtener. Es tuyo. Siempre lo ha sido.

Hoy, ahora mismo, dondequiera que estés leyendo estas palabras, quiero invitarte a recibirlo. No solo a estar de acuerdo intelectualmente, sino a abrir tus manos y tu corazón y dejarlo entrar. Deja que toque esos lugares a los que les han dicho que no son dignos de amor. Deja que hable más fuerte que cualquier voz que te haya dicho que no eres suficiente. Deja que haga lo que solo el amor de Dios puede hacer: sanarte por completo.

Eres amado/a. Completamente. Libremente. Para siempre. Ese/a eres realmente.

DECLARACIÓN DE IDENTIDAD

Soy amado por Dios, completa, libremente y para siempre. Su amor por mí no se basa en mis logros. No fluctúa con mis fracasos. Nada de lo que he hecho, ni nada que pueda hacer jamás, puede separarme del amor de Dios en Cristo Jesús. Recibo su amor hoy y elijo vivir como el hijo amado que Él dice que soy.



A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo catorce, veremos cómo, como nueva creación: “Eres FUERTE en Cristo”.

Notas:

Capítulo catorce “En Cristo”

ERES FUERTE



*«Por último, hermanos míos, fortaleceos en el Señor
y en el poder de su fuerza.» — Efesios 6:10*

Antes de continuar, permítanme preguntarles algo: cuando se miran en el espejo —no en el de la pared, sino en el de su vida interior— ¿qué ven? ¿Ven a alguien fuerte? ¿O ven a alguien que apenas se mantiene en pie?

Si respondiste que sí, quiero que sepas que la imagen que ves es una mentira. No un malentendido. No una verdad a medias. Una mentira completa, deliberada y calculada, y el enemigo se ha esforzado al máximo para convencerte de que es la realidad.

La verdad —la verdad de Dios— es que eres fuerte. No por quién eres por ti mismo, sino por a quién perteneces y dónde estás. Estás en el Señor. Y nada que esté en el Señor puede considerarse débil.

Más que motivación: un depósito sobrenatural

El apóstol Pablo no comienza Efesios 6 con un discurso motivacional. No ofrece estrategias de autoayuda ni seminarios para aumentar la confianza. Cuando escribe: «Fortalézcanse en el Señor», está haciendo una declaración teológica sobre quiénes somos realmente en Cristo.

La palabra griega que aquí se traduce como «sé fuerte» es *endunamao*, un compuesto de dos palabras poderosas: *en*, que significa «en», y *dunamis*, que significa fuerza explosiva, habilidad

y poder bruto. De hecho, dunamis es la raíz de nuestra palabra en español «dinamita».

Imagínatelo por un momento. Pablo no habla de una agitación suave y silenciosa. Habla de una energía explosiva que se deposita —se vierte, se introduce a presión— en un recipiente. Y ese recipiente eres tú.

Endunamao representa la imagen de una fuerza explosiva contenida en un recipiente diseñado para ello. Esto no es casualidad. No fuiste creado al azar. Fuiste diseñado específica e intencionadamente por Dios para ser un receptáculo del poder divino. No eres demasiado pequeño. No estás demasiado roto. Fuiste creado para esto.

Cuando Pablo les dice a los creyentes que sean «fuertes en el Señor», en esencia les está diciendo: reciban un fortalecimiento sobrenatural, un depósito interno de poder divino en su ser interior. Dios es el Dador. Tú eres el receptor. El intercambio ya está disponible. La pregunta es si extenderás la mano y tomarás lo que se te ha dado.

"No tienes que generar la energía. Solo tienes que permanecer conectado a la Fuente."

— **Christine Caine, Sin vergüenza**

1. Ser fuertes en el Señor significa confiar en el Señor.

Lo primero y más importante que debes entender es esto: Pablo no te está diciendo que busques en lo más profundo de tu ser y encuentres una reserva oculta de fortaleza. No te está guiando hacia adentro. Te está guiando hacia arriba.

Nuestra cultura está obsesionada con la autosuficiencia. Celebramos a la persona que "salió adelante por sus propios medios", que "nunca pidió ayuda", que "lo logró por sí misma". Pero ese no es el camino del reino de Dios. Ese no es el camino del creyente.

Dios no nos dejó solos en una batalla espiritual que jamás podríamos ganar por nuestra cuenta. La instrucción de Pablo no es: «Busca en tu interior y encuentra la fuerza para esta lucha». Su instrucción es que miremos al Señor. Que recurramos a un poder que es mayor que nuestro enemigo, mayor que nuestras circunstancias y mayor que nuestro peor día.

No vamos a ir al gimnasio espiritual, a levantar pesas espirituales ni a forjar nuestra propia fortaleza interior. Si vamos a ser fuertes —y lo seremos— será porque somos fuertes en el Señor.

"Dios no nos llama a ser fuertes por Él. Nos llama a ser lo suficientemente débiles como para que Él sea fuerte a través de nosotros." — **Priscilla Shirer, Fervent**

2. Ser fuertes en el Señor significa estar realmente en el Señor.

No se puede sacar agua de un pozo al que no se está conectado. La frase de Pablo es precisa: fuertes en el Señor. No cerca del Señor. No familiarizados con el Señor. En el Señor.

Este es el lenguaje de la unión, de la pertenencia, de la permanencia. Jesús lo usó en Juan 15 cuando dijo: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí».

La rama no se esfuerza ni se esfuerza por dar fruto. Simplemente permanece conectada. La vida fluye de la vid a la rama de forma natural, sin esfuerzo, gracias a esa relación. Tu fuerza funciona de la misma manera. Fluye de tu conexión con Cristo. Cuando estás en Él, su poder ya obra en ti. No tienes que forzarlo. Simplemente tienes que permanecer.

Por eso, la mejor estrategia del enemigo es desconectarte: mediante la distracción, la vergüenza, el ajetreo y la duda. Sabe que una rama unida a la vid es imparable. Por eso intenta convencerte de que te

han cortado. Pero no es así. Mantente conectado. Sumérgete profundamente. Deja que Su vida sea tu vida.

3. Ser fuerte en el Señor significa que tu debilidad no es el fin de la historia.

«Mi gracia os basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad.» — 2 Corintios 12:9

Este versículo dejó atónito al apóstol Pablo, y debería dejarnos a nosotros también. Pablo le había rogado a Dios tres veces que le quitara una dolorosa espina de su vida. La respuesta de Dios no fue: «Está bien, te la quitaré». Su respuesta fue: «Mi gracia es suficiente. Mi poder se manifiesta mejor en tu debilidad».

Esto lo cambia todo. Tu debilidad no te descalifica. No es prueba de que Dios te haya abandonado ni de que hayas fracasado. De hecho, tu debilidad es precisamente el lugar donde la fuerza de Dios se manifiesta plenamente.

La Biblia nunca dice: «Siéntete fuerte». Dice: «Que el débil diga: ¡Soy fuerte!» (Joel 3:10). Esa es una declaración hecha en medio de la debilidad, no después de que esta haya pasado. Hablas la verdad de quién eres en Cristo antes de que la sensación te alcance. Y, finalmente, lo hace.

No importa cuán débil te sientas hoy, su fuerza está disponible para ti ahora mismo. No mañana. No cuando te recuperes. Ahora mismo.

"La debilidad no es enemiga del poder de Dios; es precisamente lo que lo propicia."

— Louie Giglio, Goliat debe caer

4. Ser fuerte en el Señor significa que puedes hacer todas las cosas a través de Cristo.

*«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.» —
Filipenses 4:13*

Pablo escribió esas palabras desde la cárcel. Reflexionemos sobre ello. No estaba sentado en un estudio confortable con una taza de té caliente, sintiéndose inspirado. Estaba encadenado a una pared en una celda romana, incierto sobre su destino, y aun así escribió: «Puedo hacer todas las cosas».

No algunas cosas. No las cosas fáciles. No las cosas que tienen sentido o que parecen manejables. Todas las cosas.

Eso significa que esa situación imposible que estás afrontando ahora mismo está incluida. El diagnóstico, la relación rota, la montaña de problemas financieros, el sueño que parece muerto: todo entra dentro de la categoría de «todo». Su fuerza no se limita a situaciones ordenadas. Se especializa en las imposibles.

La frase «por medio de Cristo que me fortalece» utiliza otra forma de esa misma palabra endunamao. Cristo es quien constantemente provee la fuerza. No es un don puntual, sino un flujo continuo. No funciona con una batería que necesita recargarse, sino que estás conectado a una fuente inagotable.

“La voluntad de Dios jamás te llevará a un lugar donde la gracia de Dios no pueda protegerte.”

— Warren Wiersbe, *Sé fuerte*

5. Ser fuerte en el Señor significa que tu fuerza se renueva cuando esperas en Él.

*«Pero los que esperan en Jehová renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán.»
— Isaías 40:31*

Existe un cansancio que el sueño no puede aliviar. Es un agotamiento profundo, la fatiga que surge de cargar con un peso que nunca estuviste preparado para soportar solo, de luchar con tus propias fuerzas día tras día hasta quedarte sin fuerzas.

Dios sabía que llegaríamos allí. Y nos dio esta promesa no como recompensa para la élite espiritual, sino como una invitación para los que están agotados.

La palabra clave es esperar. En hebreo, la palabra es *qavah*, y significa más que simplemente sentarse pasivamente. Significa entrelazarse, como los hilos de una cuerda que se enrollan entre sí. Esperar en el Señor es unirse a Él. Es un acto de confianza, de entrega, de volver el rostro hacia Él cuando todo en nuestro interior desea alejarse.

¿Y la promesa? Volarás alto. Correrás sin agotarte. Caminarás sin desfallecer. Dios no te pide que te esfuerces al máximo en la vida. Se ofrece a ser tu combustible. Descansa en Él. Deja que te revitalice. Apoyarte en su fuerza no es debilidad, es lo más poderoso que puedes hacer.

"Esperar en Dios no es perder el tiempo. Es invertir en la única fuerza que perdura."

— Charles Stanley, *Manejar con oración*

Eres fuerte, punto final.

He aquí una afirmación irrefutable: si estás en el Señor, eres fuerte. No es una simple sensación, es un hecho. Nada que esté «en el Señor» puede considerarse débil, pues la esencia misma del Señor es fuerza, poder, majestad y victoria.

El enemigo quiere que te fijas en tus circunstancias y te consideres derrotado. Quiere que mires tu pasado y te sientas descalificado.

Quiere que veas tu debilidad y te sientas impotente. Pero tú tienes una historia diferente, escrita por un Autor diferente, sellada con la sangre de Jesucristo y confirmada por el Espíritu que vive en ti.

Tu fuerza no reside en tu cuenta bancaria. No reside en tu talento, tus contactos, tu historia ni tu fuerza de voluntad. Tu fuerza reside en el Señor. Y Él jamás te fallará. Puede que ponga a prueba tu paciencia. Puede que permita que la situación parezca más oscura antes de que amanezca. Pero Él no te fallará. Su trayectoria es impecable. Sus promesas son inquebrantables. Su poder en ti es real.

¿Ves a tu verdadero yo? Tu verdadero yo no es la versión ansiosa, abrumada y agotada que el enemigo proyecta constantemente ante ti. Tu verdadero yo es aquel al que Pablo se dirigía: un hijo de Dios redimido por la sangre de Cristo, lleno del Espíritu Santo, cubierto por la gracia y respaldado por el cielo, que es fuerte no por nada que hayas hecho, sino por todo lo que Él es.

*«El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?
El Señor es la fortaleza de mi vida; ¿de quién tendré
miedo?» — Salmo 27:1*

DI ESTO EN VOZ ALTA: "Soy fuerte en el Señor. En el Señor soy fuerte. El Señor es mi fortaleza, y no seré conmovido."

Ahora dilo como si lo sintieras de verdad. Porque es cierto.



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el próximo capítulo, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Eres LIBRE en Cristo”.*

Capítulo quince

“En Cristo”

ERES LIBRE



«Por tanto, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres.» — Juan 8:36

Libertad es una de las palabras más poderosas en cualquier idioma. La gente ha marchado por ella, ha luchado por ella, ha muerto por ella. Naciones enteras se han construido sobre su búsqueda. Cantamos sobre ella, escribimos poesía sobre ella y la llevamos como una llama en nuestros corazones.

Y sin embargo, a pesar de toda nuestra pasión por la libertad, muchos creyentes viven encadenados de forma invisible.

Conocen las palabras adecuadas. Asisten a la iglesia. Se llaman cristianos. Pero en el fondo, siguen siendo prisioneros: encadenados a la culpa por un pasado que Dios ya perdonó, paralizados por la vergüenza que Jesús ya cargó, agotados de intentar ganarse un amor que les fue dado gratuitamente en el momento en que dijeron sí a Cristo.

Este capítulo es para ellos. Este capítulo podría ser para ti.

Porque la verdad es esta: el Hijo te ha liberado. No parcialmente. No condicionalmente. No solo en tus mejores días. Libre. Verdaderamente, completamente, irrevocablemente libre.

¿Lo ves? Asegurémonos de que lo veas.

Dos tipos de libertad

Antes de continuar, debemos aclarar qué entendemos por libertad, porque existe una versión de la libertad que el mundo vende que no tiene nada que ver con lo que Jesús ofrecía.

La versión mundial de la libertad es lo que yo llamo libertad externa. Es la libertad de hacer lo que quieras, cuando quieras, sin rendir cuentas a nadie. Es la libertad de la independencia personal: eliminar todo límite, toda restricción, toda obligación. Desde esta perspectiva, la libertad significa no tener amo.

Pero aquí radica el problema: esa clase de libertad es una trampa. Porque quien vive solo para sí mismo, quien no rinde cuentas a nadie ni se somete a nada, no se vuelve más libre, sino que se convierte en esclavo de sus propios apetitos, sus propios miedos, su propio ego. Lo que parece liberación es, en realidad, una forma más sutil y cruel de esclavitud.

La libertad que Jesús ofrece es algo completamente distinto. No es el derecho a hacer lo que queramos, sino la capacidad de hacer lo que debemos. Jesús no nos liberaba de toda responsabilidad; nos liberaba para un propósito. Nos liberaba del poder del pecado para que pudiéramos caminar en comunión con Dios y convertirnos en las personas que siempre estuvimos destinados a ser.

"La libertad no es la ausencia de compromisos, sino la capacidad de elegir —y comprometerme con— lo que es mejor para mí."

— **Paulo Coelho, El Zahir**

La verdadera libertad no consiste en eliminar todas las fronteras, sino en eliminar las barreras que te impedían ser plenamente tú mismo, gloriosamente, por completo: el ser que Dios diseñó antes de la creación del mundo.

De lo que hemos sido liberados

Las Escrituras son específicas acerca de lo que la libertad de Cristo logra en nuestras vidas. No se trata de un lenguaje espiritual vago, sino de una liberación detallada y concreta.

Primero, hemos sido liberados de la condenación. Romanos 8:1 lo dice claramente: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús». Esa palabra «ahora» tiene un significado profundo. No después de que mejores. No cuando dejes de luchar. Ahora. El veredicto ya se ha emitido, y es: inocente. No te define tu peor momento ni tu lucha más débil. Te define Jesús, y Él te llama perdonado, redimido y profundamente amado.

"No eres lo que has hecho, sino lo que Jesús ha hecho por ti."

— **Tullian Tchividjian, Jesús + Nada = Todo**

En segundo lugar, hemos sido liberados del poder del pecado. No solo de la pena del pecado —aunque eso es gloriosamente cierto— sino de su poder. Antes de Cristo, el pecado era tu amo. Te arrastraba, te dominaba, te definía y te destruía. Pero Pablo escribe en Romanos 6:14: «El pecado no tendrá dominio sobre vosotros, porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». El dominio se ha roto. Las cadenas se han cortado. Ya no eres esclavo de tu naturaleza pecaminosa.

En tercer lugar, hemos sido liberados del temor a la muerte. Hebreos 2:15 nos dice que Jesús vino a «liberar a aquellos que, por temor a la muerte, estaban sometidos a esclavitud durante toda su vida». El enemigo usaba la muerte como arma: una sombra que se cernía sobre nosotros cada día, susurrando que nada de lo que hiciéramos importaría en última instancia. Pero la resurrección de Jesús respondió a la muerte con vida. Porque Él vive, la tumba ha perdido

su poder. Puedes vivir plenamente, con valentía y sin el temor paralizante del futuro.

Cuarto —y este punto es vital— hemos sido liberados del control y el tormento del diablo. Colosenses 2:15 dice que en la cruz, Jesús «despojó a los principados y potestades» y «los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos». El enemigo es un adversario derrotado. Puede aullar, pero no tiene ningún derecho sobre la vida de quien está en Cristo. Sus acusaciones son mentiras. Sus cadenas son ilusiones. Ya no tienes que vivir bajo su tormento.

Mantente firme: no retrocedas.

«Cristo nos libertó para que seamos libres. Manténganse firmes, pues, y no se dejen someter de nuevo al yugo de la esclavitud.» — Gálatas 5:1

Fíjense en cómo el apóstol Pablo comienza este versículo: «Cristo nos libertó para que fuéramos libres». Podría haber dicho: «Cristo los libertó para que fueran buenos». O «para que obedecieran la ley». O «para que se comportaran». Pero en cambio, Pablo señala la libertad misma como el objetivo. La libertad era la misión. La libertad es el don. Y la libertad es lo que estamos llamados a proteger.

Luego añade esas dos palabras urgentes: manténganse firmes. No se trata de un lenguaje pasivo. Mantenerse firmes es un acto de resistencia, una decisión consciente de resistir cuando todo a su alrededor los presiona para retroceder. Pablo escribía a la iglesia de Galacia porque falsos maestros se habían infiltrado y les decían a los creyentes que la gracia no era suficiente. Que necesitaban añadir reglas, rituales y requisitos religiosos a su fe para estar verdaderamente en paz con Dios.

¿Te suena familiar? Porque la misma presión existe hoy, solo que con otro nombre. Se manifiesta como la persistente sensación de tener que ganarse el amor de Dios de nuevo después de haber fallado. Se manifiesta como una actuación religiosa: la agotadora rutina de hacer lo suficiente, ser suficiente, demostrar lo suficiente. Se manifiesta como una vergüenza que se niega a creer que la sangre de Jesús fue suficiente.

"La vida cristiana no consiste en esforzarse más, sino en confiar más profundamente en lo que ya se ha hecho."

— **Timothy Keller, La libertad del olvido de uno mismo**

La advertencia de Pablo es directa: no retrocedan. No cambien la gracia por la culpa. No se vuelvan a poner cadenas de las que ya se han liberado. No usen grilletes solo porque les resulten familiares. El yugo de la esclavitud religiosa es cómodo de una manera retorcida; al menos saben lo que se espera de ustedes. Pero Jesús no derramó su sangre ni murió para que ustedes volvieran a seguir un reglamento.

Mantenerse firme en la libertad significa resistir activamente las mentiras que afirman que hay que ganarse lo que ya se ha recibido. Significa volver, una y otra vez, a la cruz, no como un lugar de vergüenza, sino como un lugar de confianza inquebrantable.

Para qué hemos sido liberados

Aquí es donde la historia se enriquece aún más. Porque la libertad en Cristo nunca es solo libertad de, sino siempre libertad para.

Gálatas 5:6 nos dice que lo que importa en Cristo es la fe que obra por medio del amor. Esa frase resume el propósito de nuestra liberación. No fuimos liberados para vivir vidas egocéntricas y sin rumbo. Fuimos liberados para que el amor fluyera a través de

nosotros: el mismo amor que impulsó a Dios a enviar a su Hijo, el mismo amor que sostuvo a Jesús en la cruz.

"Somos más libres cuando somos más nosotros mismos, y somos más nosotros mismos cuando amamos más plenamente."

— NT Wright, **Simplemente cristiano**

Fuiste liberado para convertirte en quien Dios siempre quiso que fueras, antes de que el pecado distorsionara tu imagen, antes de que la vergüenza escribiera sus mentiras sobre tu identidad, antes de que el mundo te dijera quién debías ser para ser aceptable. En Cristo, eres una nueva creación. Lo viejo ha pasado; lo nuevo ha llegado (2 Corintios 5:17). Esto no es una metáfora; es tu realidad.

Y fuiste liberado para alcanzar a los demás. Para ser un instrumento del amor de Dios en un mundo que aún vive encadenado, gente que todavía no sabe que la puerta de la prisión se ha abierto. Tu libertad no es solo para ti. Es un testimonio. Es un testimonio de que el Hijo realmente libera a las personas, de que el evangelio realmente transforma vidas, de que la gracia es tan buena como parece.

¿Ves tu verdadero yo?

Esta es la pregunta a la que todo este libro vuelve una y otra vez: ¿Ves tu verdadero yo?

Tu verdadero yo no es la persona que aún carga con la culpa que Jesús pagó. Tu verdadero yo no es el prisionero que permanece encerrado en una celda cuya puerta se abrió hace dos mil años. Tu verdadero yo no se define por tus fracasos, tu historia familiar, tu peor momento ni tu lucha más persistente.

Tu verdadero ser —el que Dios ve cuando te mira a través de la perspectiva de su Hijo— es libre. Verdaderamente, plenamente y para siempre libre. No porque te lo hayas ganado. No porque lo

merezcas. Sino porque «si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres».

La palabra griega «en efecto» es *ontos*; significa verdaderamente, realmente, en realidad. No solo técnicamente libre. No libre en teoría mientras sigue estando prácticamente sujeto a restricciones. Libre en la realidad misma. Libre en el sentido más profundo e inquebrantable de la palabra.

Esto es lo que eres. Esto es lo que Cristo ha hecho. Esta es tu nueva realidad creada.

Así que vive en ella. Mantente firme. Vive de ella. Deja que transforme tu forma de ser, tu manera de acercarte a Dios, tu manera de relacionarte con quienes te rodean. No eres un esclavo en recuperación que espera evitar la cárcel. Eres un hijo del Rey, que camina en la libertad que Él compró con su propia sangre.

«Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» — 2 Corintios 3:17

DI ESTO EN VOZ ALTA: «Soy libre en Cristo. El Hijo me ha liberado, de verdad, completa y permanentemente. No volveré a las cadenas que Él ya rompió. Hoy camino en libertad».

Ahora, vive de acuerdo con ello. Porque es absolutamente cierto, inmutablemente cierto.



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el próximo capítulo, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Fuiste creado con un propósito en Cristo”.*

Capítulo dieciséis

“En Cristo”



Fuiste creado con un propósito.

"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas." Efesios 2:10

Permítanme hacerles una pregunta que ha atormentado a la humanidad desde el principio de los tiempos: ¿Para qué diablos están aquí?

Es la gran pregunta de la vida. Detrás de cada sueño que te has atrevido a soñar, de cada plan que has garabateado en una servilleta, de cada meta que te has propuesto y mantenido —o que te has propuesto y abandonado— vive un deseo persistente y doloroso: importar. Significar algo. Saber que tu existencia no fue un accidente cósmico, sino un acto intencional y con propósito de un Creador que te tuvo en mente desde antes de la creación del mundo.

Esto es lo que quiero que veas: no estás aquí por casualidad. Estás aquí por elección, por elección de Dios.

No eres un error. No eres una pieza de repuesto. Eres una obra maestra en proceso de creación.

Todo tiene un propósito, incluyéndote a ti.

Piensa por un momento en el mundo que te rodea. Todo en este planeta existe por una razón. La rueda revolucionó el transporte. La bombilla eléctrica venció a la oscuridad. El teléfono redujo un vasto

mundo a un vecindario. Incluso cosas que podríamos considerar insignificantes —las arañas, por ejemplo— tienen un propósito enorme. Sin arañas, el mundo estaría plagado de mosquitos, moscas y jejenes. Sin serpientes, la población de roedores se descontrolaría. La creación es una obra maestra de diseño intencional, y ni un solo elemento se desperdicia.

Si eso es cierto para las arañas y las serpientes, ¿cuánto más lo será para ti?

El apóstol Pablo, escribiendo a la iglesia de Éfeso, usó una palabra impactante para describir lo que eres: obra de arte. En griego original, esa palabra es *poiema*, de la cual deriva la palabra "poema". Eres el poema de Dios. Eres su expresión creativa, su obra de arte viva, elaborada con intención y enviada al mundo para lograr algo que solo tú puedes lograr.

"Dios no crea basura. Fuiste creado de forma admirable y maravillosa, colocado exactamente donde Él te necesita, para el momento preciso en que te encuentras."

— Rick Warren, *Una vida con propósito*

Nadie puede cumplir tu propósito exactamente como tú. Dios no comete errores ni deja cabos sueltos. Cada detalle de tu ser —tu personalidad, tu historia, tus dones, incluso tus heridas— ha sido tejido por un Dios que ve el fin desde el principio. Estás aquí con un propósito: el propósito divino de Dios.

El propósito está oculto en Cristo.

Pero aquí está la parte que mucha gente pasa por alto, y es la parte que lo cambia todo.

Tu propósito no se descubre con un test de personalidad. No se revela en un seminario de motivación ni se esconde en un libro de autoayuda. Tu propósito divino está oculto en Cristo, y solo se revela plenamente cuando mantienes una relación viva y profunda con Él.

Esto no es una cuestión de tecnicismo religioso. Es una realidad espiritual. Aquel que te creó es el único que puede explicarte plenamente. Cuando te alejas de Dios, eres como una llave que vaga por el mundo buscando una cerradura: intuyes que hay algo que fuiste creado para abrir, pero no logras encontrarlo. En Cristo, la puerta se abre de par en par.

"Hasta que no nos veamos como Dios nos ve, seremos demasiado críticos o demasiado ingenuamente optimistas acerca de quiénes somos."

— Timothy Keller, *La razón de Dios*

Efesios 2:10 no es simplemente un versículo inspirador para colgar en la pared. Es una declaración de identidad. Nos dice que antes de nacer, antes de respirar por primera vez, antes de cometer tu primer error o alcanzar tu primer gran logro, Dios ya había preparado obras para que las llevaras a cabo. Tu propósito no fue algo improvisado, sino planeado de antemano.

Y la clave para caminar en ello es caminar con Él.

Conectar con Dios no es opcional para una vida con propósito, sino que es su fundamento mismo.

Gente común, destinos extraordinarios.

Uno de los temas más reconfortantes que se encuentran en las Escrituras es este: Dios se especializa en colocar a personas

comunes en momentos extraordinarios. Y, por lo general, esos momentos no parecen especiales desde afuera.

José no descubrió su propósito en un palacio, sino en una prisión. Moisés no escuchó el llamado de Dios en una ceremonia real, sino en el desierto, mientras pastoreaba ovejas. David no fue ungido para la grandeza en un trono, sino que fue llamado desde una ladera donde cuidaba fielmente el rebaño de su padre. Una viuda con apenas un puñado de harina. Una mujer con un frasco de perfume. Pescadores con manos callosas. Recaudadores de impuestos con reputación dudosa. Dios siempre elige a los olvidados, a los subestimados y a los improbables.

¿Por qué? Porque su propósito nunca se centra principalmente en tus credenciales. Se trata de que su gloria se manifieste a través de tu disponibilidad.

| *"Dios no busca vasijas de oro ni de plata. Busca vasijas que se rindan."*

— **Dwight L. Moody**

Ninguno de estos personajes bíblicos ocupaba posiciones aparentemente ideales. Cada uno se encontraba en un lugar que parecía oscuro, incluso doloroso. Sin embargo, cada uno portaba un propósito divino que dejaría huella en la historia. Sus historias no se incluyen en las Escrituras para intimidarnos, sino para inspirarnos, para mostrarnos que Dios usa a personas reales en circunstancias reales para realizar obras reales y perdurables.

Para un tiempo como este

Quizás ninguna historia de las Escrituras ilustra esta verdad con mayor fuerza que la historia de Ester.

Esther era una joven judía huérfana que vivía en tierra extranjera. Tras una serie de acontecimientos extraordinarios e improbables, se convirtió en reina de Persia, el imperio más poderoso del mundo conocido. Entonces ocurrió lo impensable: un hombre llamado Amán, cegado por el odio y el ego, convenció al rey para que emitiera un decreto que ordenaba el exterminio de todos los judíos, hombres, mujeres y niños del imperio.

Esther se encontró en la encrucijada más aterradora imaginable. Acercarse al rey sin ser llamada era castigado con la muerte. Guardar silencio significaba presenciar la masacre de su pueblo. En medio de esa tensión insoportable, su tío Mardoqueo envió un mensaje que ha resonado a través de los siglos:

"¿Quién sabe si no habéis venido al reino precisamente para un momento como este?"

Ester 4:14

Mardoqueo no solo animaba a su sobrina, sino que la guiaba hacia la providencia: la verdad de que nada en su vida, ni la pérdida de sus padres, ni su llegada a la corte del rey, ni siquiera la amenaza de muerte, había sido accidental. Todo había sido una preparación. Cada detalle de su historia había sido cuidadosamente planeado por un Dios que sabía que este momento llegaría.

Esther ayunó. Oró. Reunió valor y pronunció las palabras que deberían definir a todo creyente que se encuentra en una encrucijada: «Si perezco, que perezca». Luego cruzó aquella puerta.

Salvó a su pueblo. Protegió el futuro linaje de Jesucristo. Y lo hizo porque se atrevió a creer que su vida tenía un propósito mayor que su propia comodidad y seguridad.

"Tu pasado no te define. Te prepara. Dios no desperdicia nada."

— Christine Caine, *Sin vergüenza*

Amigo, tú tienes tu propia versión de ese momento. Quizás no involucre la corte de un rey ni una crisis nacional. Pero en algún lugar de tu vida —en tu familia, tu trabajo, tu vecindario, tu iglesia— hay una puerta que solo tú puedes cruzar. Hay una necesidad que tu historia particular te ha preparado de manera única para afrontar. Estás aquí para un momento como este.

Nunca es demasiado tarde para empezar.

Tal vez mientras lees esto, una voz silenciosa en el fondo de tu mente te susurra objeciones. Tal vez te dice: Has cometido demasiados errores. Has desperdiciado demasiados años. Has fracasado demasiadas veces. La oportunidad se ha esfumado.

Quiero hablarle directamente a esa voz: te está mintiendo.

Moisés tenía ochenta años —ochenta— cuando se presentó ante una zarza ardiente y recibió la misión de su vida. Ochenta. Si Moisés hubiera vivido según la lógica de "ya es demasiado tarde", habría seguido siendo pastor hasta su muerte, y toda una nación habría permanecido encadenada.

Pedro negó conocer a Jesucristo tres veces en una sola noche, no por ignorancia, sino por una traición deliberada impulsada por el miedo. Si alguien tenía motivos para creer que había perdido su propósito, era Pedro. Sin embargo, Jesús lo buscó específicamente, lo restauró personalmente y le encomendó una misión poderosa. Ese mismo Pedro se levantó el día de Pentecostés y predicó un sermón que atrajo a tres mil personas al reino de Dios en una sola tarde.

"Por muy bajo que hayas caído, nunca estás fuera del alcance de la gracia. La gracia siempre tiene la última palabra."

— **Max Lucado, Grace**

Tu pasado no te descalifica para tu propósito, sino que lo profundiza. Los lugares donde has luchado, fracasado, dudado y caído suelen ser precisamente de donde surgirá tu ministerio más poderoso. Dios no desperdicia ni un solo capítulo de tu historia. En sus manos, incluso los pedazos rotos se vuelven hermosos.

En Cristo, eres una nueva creación. Lo viejo ha pasado; lo nuevo ha llegado. (2 Corintios 5:17) Esto no es solo lenguaje poético, sino una declaración de realidad legal y espiritual. Has sido transformado por una razón.

Tus fracasos no son el capítulo final de tu vida. En Cristo, cada final es también un comienzo.

¿Lo ves?

Esta es la nueva realidad de la creación que este libro te invita a descubrir: tu verdadero ser no es la versión abatida por la vergüenza, debilitada por el miedo o definida por tus fracasos. Tu verdadero ser es la versión que Dios diseñó antes del comienzo del tiempo: con propósito, intencional y necesaria.

"Fuiste creado por Dios y para Dios, y hasta que no comprendas eso, la vida nunca tendrá sentido."

— **Rick Warren, Una vida con propósito**

Dios no quiere que simplemente sobrevivas. Quiere que vivas plenamente, con libertad y con la profunda alegría que solo proviene

de vivir en consonancia con el propósito para el que fuiste creado. Esa consonancia se da en Cristo. No en el esfuerzo, no en el desempeño, no en la lucha constante por demostrar tu valía. En Él.

Fuiste creado para hacer el bien. Obras que Él preparó. Obras que llevan tu nombre escrito. Obras que el mundo espera que realices.

Permítanme, pues, cerrar este capítulo con la misma pregunta que Mardoqueo le hizo a Ester, adaptada para ustedes, ahora mismo, dondequiera que estén sentados mientras leen estas palabras:

¿Quién sabe si no has llegado a este preciso momento de tu vida precisamente para un momento como este?

La respuesta, amados, es que Dios lo sabe. Y Él los invita a descubrirlo.

«Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —declara el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, planes para darles un futuro y una esperanza».

—Jeremías 29:11



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el próximo capítulo, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Nunca estás solo en Cristo”.*

Notas:

Capítulo diecisiete

“En Cristo”

Nunca estás solo



«Porque Él mismo ha dicho: “Nunca te dejaré ni te abandonaré”». — Hebreos 13:5

Hay una sensación que casi todos los que leen este libro han experimentado en algún momento, tal vez incluso ahora mismo. Es la sensación de vacío y pesadez que produce estar completamente solo. No se trata simplemente de la ausencia de gente a tu alrededor, sino de algo más profundo: la sensación de que nadie te ve de verdad, nadie sabe realmente lo que llevas dentro y nadie está lo suficientemente cerca como para importarte.

Pero esta es la verdad que quiero que escuches —que escuches de verdad, no que pases por alto— antes de que pases otra página: ese sentimiento te está mintiendo.

Si estás en Cristo, nunca estás solo. Ni por un segundo. Ni en el valle más oscuro, ni en la época más solitaria, ni siquiera en los momentos en que te sientes más invisible. El Dios del universo te ha hecho una promesa de pacto, y Él no puede romperla. No la romperá.

Este capítulo es una invitación a dejar de vivir como si la promesa de Dios fuera poesía y a empezar a vivir como si fuera lo más real en tu vida, porque lo es.

La promesa que lo cambia todo

Una de las declaraciones más impresionantes jamás registradas son las palabras que Jesús pronunció en los últimos momentos antes de su ascensión al cielo. Había caminado sobre la tierra, muerto en la cruz, resucitado de entre los muertos y aparecido a sus seguidores. Y mientras se preparaba para dejarlos físicamente, quería asegurarse de que comprendieran algo fundamental:

*«Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el fin del mundo.» — Mateo 28:20*

Siempre. No a veces. No cuando te lo mereces. No cuando tu fe es fuerte, tu tiempo de oración es constante y no has dicho nada de lo que te arrepientas esta semana. Siempre. Cada instante de cada día por el resto de tu vida y por toda la eternidad.

La palabra que Jesús usó conlleva el peso de una continuidad ininterrumpida. No hay pausa, ni intervalo, ni un momento de ausencia. No se trata de la promesa de un amigo bienintencionado que se ocupa con sus asuntos. Es la promesa del Señor resucitado de toda la creación, una promesa respaldada por su propia naturaleza, porque Dios no puede mentir (Tito 1:2).

| *"Dios te acepta tanto en tu peor día como en el mejor."*
— **Jerry Bridges, Confianza en Dios**

Esa es la base que pisas, lo sientas o no.

Los sentimientos no son hechos.

Aquí es donde muchos creyentes se estancan, y donde el enemigo realiza algunas de sus acciones más efectivas. Confundimos los sentimientos con la verdad.

Puede que ahora mismo te sientas completamente solo. Puede que te sientas olvidado, invisible, abandonado. Esos sentimientos son

reales. No los estoy minimizando. Pero los sentimientos no son la verdad absoluta sobre la realidad. Los sentimientos son volubles: cambian con nuestras circunstancias, nuestra salud, nuestro sueño, nuestras relaciones e incluso el clima. La verdad, en cambio, permanece inmutable.

El apóstol Pablo lo entendió. Escribió estas palabras desde una celda de prisión —no desde un monasterio tranquilo ni desde un estudio confortable—:

«He aprendido a contentarme con lo que tengo, sea cual sea mi situación.» — Filipenses 4:11

Aprendió. Pablo no llegó allí automáticamente. Tuvo que entrenar su mente y su espíritu para aferrarse a la verdad incluso cuando todo a su alrededor gritaba lo contrario. Nosotros también.

"La fe no es un sentimiento. La fe es la decisión de confiar en el carácter de Dios cuando las circunstancias contradicen sus promesas."

— **Charles Stanley**

El diablo conoce bien esta batalla. No es creativo; lleva usando las mismas mentiras desde el Jardín del Edén. Te susurrará que Dios te ha olvidado. Te sugerirá que tu pecado es demasiado grande, que has cruzado una línea sin retorno, que Dios se ha cansado y te ha apartado. Usará la soledad como arma para sembrar la discordia entre tú y tu Padre.

Pero escuchen: el diablo es mentiroso y padre de la mentira (Juan 8:44). Y Dios es incapaz de mentir. Cuando dice que nunca los abandonará, lo dice en serio. Su tarea es elegir en quién confiar.

Incluso en el valle más oscuro

El Salmo más querido de toda la Escritura quizás sea el vigésimo tercero. Generaciones de creyentes han susurrado sus palabras en habitaciones de hospital, junto a las tumbas y en las horas más oscuras de la noche. Y justo en su corazón se encuentra este versículo extraordinario:

«Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.» — Salmo 23:4

Fíjate en lo que el salmista no dice. No dice que Dios quita el valle. No dice que Dios promete que nunca caminarás por lugares oscuros. Dice que Dios está contigo en medio de ellos.

Esta no es una distinción menor. Muchos oran para que Dios les quite sus momentos difíciles, y a veces lo hace. Pero a veces, en cambio, nos acompaña en medio de ellos. Y su presencia en el valle lo transforma. La sombra sigue ahí. La dificultad sigue siendo real. Pero Él también está presente.

"Dios se vale de lo roto. Se necesita tierra rota para producir una cosecha, nubes rotas para dar lluvia, grano partido para hacer pan, pan partido para dar fuerza. Es la caja de alabastro rota la que desprende perfume."

— **Vance Havner**

Moisés conocía el peso de las circunstancias imposibles. De pie al borde de la Tierra Prometida, preparándose para pasar el liderazgo a Josué, dirigió estas palabras a la temblorosa siguiente generación:

«El Señor mismo va delante de ti y estará contigo. Nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimas.»
— *Deuteronomio 31:8*

Dios va delante de ti. Esto significa que, sea cual sea la situación que estés afrontando ahora mismo —esa conversación difícil, esa cita médica, ese periodo de incertidumbre económica, esa relación fracturada—, Dios ya está ahí. Él ya lo ha visto. Él ya está presente antes de que llegues. No te adentras solo en lo desconocido. Te adentras en la presencia ya conocida de tu Padre.

Cuando ni siquiera podías caminar

Muchos de ustedes conocen el poema en prosa titulado «Huellas en la arena». Narra la historia de un hombre que sueña que camina por la playa con Dios, observando cómo se desarrollan las escenas de su vida en el cielo. Durante la mayor parte de su vida, ve dos pares de huellas en la arena: las suyas y las de Dios. Pero durante los capítulos más dolorosos y difíciles de su historia, baja la mirada y solo ve un par.

Angustiado, se vuelve hacia Dios:

Señor, dijiste que una vez que decidiera seguirte, caminarías conmigo todo el camino. Pero he notado que durante los momentos más difíciles de mi vida, solo hay un par de huellas. No entiendo por qué, cuando más te necesitaba, me abandonaste.

Y la respuesta de Dios va al meollo del asunto:

"Hijo mío, precioso, te amo y jamás te abandonaría. Durante tus momentos de prueba y sufrimiento, cuando solo veías un par de huellas, era yo quien te llevaba en mis brazos."

Ese es el carácter de nuestro Dios. Él no es el Dios que te observa desde la distancia mientras luchas. Él es el Dios que se mete en el

lodo, se inclina y te carga cuando ya no te quedan fuerzas. Te cargó incluso cuando ni siquiera sabías que te estaba cargando.

"Dios no es solo el Dios del que sufre, sino el Dios que sufre con el que sufre."

— Dietrich Bonhoeffer

Reflexiona sobre tu propia vida. ¿Hay momentos ahora, con la perspectiva que da el tiempo, en los que puedes ver la mano de Dios sosteniéndote en situaciones que creías que te destruirían? Si somos sinceros, la mayoría podemos identificar esos momentos. Pensábamos que estábamos solos. Pero nos sentíamos sostenidos.

El compañero que nunca se va: El Espíritu Santo

Cuando Jesús pronunció aquellas últimas palabras en la montaña — «Yo estoy con ustedes siempre» — no hablaba en sentido figurado. Señalaba una realidad que pronto se haría poderosamente tangible el día de Pentecostés.

Antes de su muerte, Jesús les había prometido algo extraordinario a sus discípulos:

«Y yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.» — Juan 14:16

La palabra traducida aquí como «Ayudante» es la palabra griega Paráclito: aquel que viene al lado. El Espíritu Santo no es una fuerza divina distante. Es una Persona y está contigo. No te visita ocasionalmente para luego retirarse a algún rincón remoto del cielo. Él mora —de forma permanente y continua— en todo aquel que ha depositado su confianza en Jesucristo.

"El Espíritu Santo no viene y se va. Viene y se queda. Tú eres su templo, y él ha tomado residencia permanente en él."

— **RT Kendall**

Esto significa que tu soledad, por muy real que parezca, existe en la presencia de Dios mismo. Él recoge cada lágrima que derramas (Salmo 56:8). Él intercede por cada gemido que no se puede expresar con palabras (Romanos 8:26). Ante cada temor, cada incertidumbre, cada momento de silenciosa desesperación, Él está ahí, presente, atento, comprometido.

Nunca, ni por un instante, estás fuera de su cuidado.

Una nueva realidad de la creación

Pablo escribe en 2 Corintios 5:17 que si alguno está en Cristo, es una nueva criatura. Lo viejo ha pasado; he aquí, todo es nuevo. Esto no es solo una afirmación teológica sobre tu futuro, sino una declaración sobre tu realidad presente.

La nueva criatura que eres en Cristo no es una versión de ti que nunca se siente sola ni lucha. Es una persona permanentemente conectada con el Dios vivo. Es una persona que lleva la presencia del Todopoderoso a dondequiera que vaya. Es una persona para quien el abandono es literalmente imposible, porque tu identidad está ligada a Cristo, y Cristo jamás abandona lo que le pertenece.

"Nunca serás más amado de lo que eres ahora. Nada de lo que hagas hará que Dios te ame más, y nada de lo que hayas hecho hará que te ame menos."

— **Max Lucado**

¿Lo ves? Esa es la pregunta que se repite a lo largo de todo este libro. ¿Ves tu verdadero ser? No el que se siente solo, no el que ha

cometido errores, no el que te define lo que otros han dicho o lo que el enemigo susurra. Tu verdadero ser —el que Dios ve— está escondido en Cristo, sostenido por el Padre, sellado por el Espíritu Santo y jamás, jamás, está solo.

Vivir desde la verdad

Una cosa es saber esta verdad; otra muy distinta es vivirla a diario. Permítanme ofrecerles algunos consejos prácticos para esos momentos en que la soledad los abruma como una ola.

Primero, proclama la promesa en voz alta. Hay algo poderoso en declarar la verdad con tus propias palabras. Cuando te invada la sensación de abandono, di en voz alta: «Dios ha prometido que nunca me dejará. Está conmigo ahora mismo». No se trata de convencerte de algo falso, sino de recordarle a tu alma lo que ya es real.

Segundo, vuelve a la Palabra. Los sentimientos son pasajeros; la Palabra de Dios permanece para siempre (Isaías 40:8). Ten a mano una lista de pasajes bíblicos sobre la presencia de Dios. Léelos despacio, con atención, no para cumplir con un requisito, sino para que la verdad penetre en los lugares donde las mentiras han echado raíces.

En tercer lugar, ora con sinceridad. No tienes que fingir ante Dios. Los Salmos están llenos de clamores sinceros y sin filtros de personas que sintieron exactamente lo que tú sientes ahora. Entrégale todo: la confusión, el miedo, la ira, la soledad. Tu sinceridad no le asusta; al contrario, le atrae.

"Dios no busca la oración perfecta. Busca un corazón sincero vuelto hacia Él."

— Beth Moore

Finalmente, recuerda lo que Él ya ha hecho. Recordar la fidelidad fortalece la fe en el presente. Piensa en el pasado. ¿Cuándo se ha manifestado Dios en tu favor? ¿Cuándo te sostuvo en medio de una situación que creías que te destruiría? Crea un altar mental con esos momentos y vuelve a ellos. Quien ha sido fiel, volverá a serlo.

Él está contigo ahora mismo.

Dondequiera que estés mientras lees esto —en cualquier habitación, en cualquier estación del año, sea cual sea el peso que lleves— quiero que te detengas un momento y simplemente recibas esto:

Dios está con nosotros. Aquí mismo. Ahora mismo. No nos ha apartado.

No eres un número en una lista ni un nombre en un archivo. Eres conocido íntimamente, amado plenamente y acompañado constantemente por el Dios que te creó, te redimió y te llama suyo. Su presencia no es una recompensa por los días de fidelidad, sino la realidad inmutable de cada día, incluido este.

El enemigo no tiene poder sobre una verdad como esta. Puede hacerte sentir solo, pero no puede hacer que estés realmente solo. Y la brecha entre cómo te sientes y la realidad es el terreno donde crece tu fe.

Así que elige hoy creer en la promesa por encima del sentimiento. Elige confiar en la voz de tu Padre por encima del susurro del acusador. Elige vivir en la nueva realidad de la creación, en quién eres realmente: un hijo de Dios, sostenido, acompañado y jamás abandonado.

«Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.» — Mateo 28:20

**Lo decía en serio entonces. Lo dice en serio ahora.
Y lo seguirá diciendo en serio mañana.**



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo dieciocho, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Eres un EMBAJADOR de Cristo”.*

Capítulo dieciocho

“En Cristo”

Eres un embajador



*Ahora bien, somos embajadores de Cristo, como si
Dios mismo les rogara por medio de nosotros: les
suplicamos en nombre de Cristo: reconciliense con
Dios. —2 Corintios 5:20 (NKJV)*

Imagínese recibir una carta por correo: papel oficial, sello en relieve, una comisión formal de la máxima autoridad del país. La abre y dentro dice, sin rodeos: Por la presente, queda usted nombrado representante personal del Rey. Está autorizado a hablar en Su nombre, actuar en Su representación y llevar Su mensaje al mundo que le rodea.

Esto no es una hipótesis. Si eres seguidor de Jesucristo, esa carta ya está escrita, no con tinta, sino con la sangre del Hijo de Dios. El apóstol Pablo lo deja meridianamente claro: «Somos embajadores de Cristo». No lo fuimos. No lo seremos algún día. Lo somos. Ahora mismo, hoy, dondequiera que vivas, dondequiera que trabajes,

dondequiera que pases tu tiempo, eres un representante comisionado del Rey de Reyes.

El problema es que la mayoría de los creyentes nunca se han visto a sí mismos de esa manera. Hemos aceptado a Cristo como Salvador, tal vez incluso como Señor, pero ¿embajador? Eso suena a un título reservado para la élite espiritual. Para misioneros en tierras extranjeras. Para pastores desde el púlpito. Para personas con una plataforma y un título de seminario.

Pero eso no es lo que dicen las Escrituras. Y una de las grandes tragedias de la Iglesia moderna es la cantidad de creyentes que viven con una identidad que nunca han asumido plenamente. Llevan consigo credenciales que nunca han utilizado. Ostentan una autoridad que nunca han ejercido. Este capítulo es una invitación a verse como Dios los ve: no como meros observadores del Reino, sino como uno de sus representantes autorizados en la tierra.

¿Qué hace realmente un embajador?

Para comprender lo que significa ser embajador de Cristo, es útil entender qué hace un embajador en la vida real. Cuando una nación envía a un diplomático a un país extranjero, esa persona tiene una enorme responsabilidad. No habla por sí mismo, sino en nombre de su jefe de Estado. No representa sus propios intereses, sino los de su país de origen. Sus palabras, su conducta, sus relaciones: todo ello repercute en la nación que lo envió.

Consideremos el papel de un embajador de Estados Unidos en el extranjero. Representan al presidente y los intereses del pueblo estadounidense en territorio extranjero. Negocian acuerdos, fomentan relaciones, promueven el entendimiento y trabajan para lograr la reconciliación en situaciones de tensión. Operan bajo la

autoridad de su gobierno y están sujetos a las políticas de su país de origen. No tienen libertad para actuar por su cuenta, inventar su propio mensaje ni actuar de manera que contradiga a quien los envió.

Ahora, traslademos esa imagen al ámbito espiritual. Cristo te ha enviado —su embajador— al mundo. Vives en territorio extranjero. Este mundo no es tu hogar permanente; eres ciudadano de un Reino diferente (Filipenses 3:20). Tu misión es representar fielmente a tu Rey: en tus palabras, tus relaciones, tu carácter y tu conducta. No estás aquí para mimetizarte con la cultura de este mundo, sino para reflejar la cultura del Reino.

"El cristiano no es un ciudadano de la tierra que intenta llegar al cielo, sino un ciudadano del cielo que se abre camino a través de la tierra."

— Vance Havner

Usted está autorizado —y limitado— por el Rey.

Una de las cosas más importantes que hay que entender sobre el cargo de embajador es la siguiente: un embajador tiene autoridad real, pero esa autoridad no le pertenece. Emana enteramente de quien lo envía. Solo puede decir lo que su gobierno le autoriza a decir. Solo puede hacer promesas que su país de origen esté dispuesto a cumplir. Y, en última instancia, rinde cuentas ante aquel cuyo nombre representa.

Esto también se aplica a ti como embajador de Cristo. Se te ha otorgado una autoridad extraordinaria. Jesús les dijo a sus discípulos en Mateo 28:18-20: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones». La comisión emana de esa autoridad. Dado que Él posee toda la autoridad, nos envía, y su autoridad respalda nuestra misión.

Pero también estás sujeto a obligaciones. No tienes libertad para representar una versión de Jesús inventada por ti. No puedes suavizar su mensaje cuando te resulte inconveniente, ni modificar sus enseñanzas para hacerlas más aceptables culturalmente. Tu fundamento es la Palabra de Dios. Tu autoridad rectora es el Reino de Dios. Cada palabra que pronuncies, cada postura que adoptes como representante de Cristo, debe estar en consonancia con lo que tu Rey ha declarado.

"No somos diplomáticos, sino profetas, y nuestro mensaje no es una concesión, sino un ultimátum."

— AW Tozer, *La raíz de la justicia*

Esto no es una carga, sino una libertad inmensa. No tienes que descifrar el mensaje correcto por tu cuenta. No tienes que preocuparte de si el evangelio es lo suficientemente persuasivo o si la gente lo recibirá. Tu tarea es la fidelidad, no los resultados. Tu tarea es representar al Rey con precisión y dejar el resultado en Sus manos.

Ser embajador no es un rol, es una identidad.

He aquí algo que lo cambia todo: ser embajador de Cristo no es una tarea que se realiza. No es un punto más en tu lista de cosas por hacer como cristiano que puedas tachar después del servicio dominical o de un viaje misionero. Ser embajador es una identidad, y la identidad lo moldea todo.

Piénsalo de esta manera. Un embajador de Estados Unidos destinado en Londres no deja de serlo al salir de la embajada. Representa a Estados Unidos en el supermercado, en la mesa, en el teatro, en conversaciones privadas y en apariciones públicas. Su identidad lo acompaña a todas partes. Sus credenciales no desaparecen al final del día.

Lo mismo aplica para ti. Eres un embajador de Cristo en el trabajo el lunes por la mañana. Eres un embajador de Cristo en las gradas del partido de fútbol de tu hijo. Eres un embajador de Cristo cuando la camarera se equivoca con tu pedido y cuando el conductor te cierra el paso en el tráfico. Representas al Rey no solo cuando conscientemente realizas tu labor ministerial, sino que lo representas en cada interacción de cada día. Esto no es una presión para rendir, sino un llamado a ser.

"Algunas personas solo leerán tu Biblia. La cuestión no es si eres testigo, pues ya lo eres. La cuestión es qué clase de testigo eres."

— **John MacArthur**

Pablo lo expresa maravillosamente en 2 Corintios 5:20 cuando dice que «Dios rogaba por medio de nosotros». Léelo de nuevo despacio. Dios roga... por medio de ti. El Todopoderoso Creador del universo, que nada necesita ni le falta, ha elegido hacer su llamado a un mundo perdido a través de personas comunes como tú y como yo. Eso es asombroso. Ese es el peso y la maravilla de tu llamado.

Empieza donde estás

Uno de los aspectos más prácticos y a menudo olvidados del ministerio diplomático es la geografía. Es fácil idealizar la idea de ser enviado a una tierra lejana, imaginarse como el apóstol Pablo, fundando iglesias por todo el Mediterráneo y predicando en lugares donde el nombre de Jesús jamás se ha escuchado. Y, en efecto, Dios llama a algunos creyentes a ese tipo de misión intercultural.

Pero antes de que Jesús les diera la Gran Comisión de ir hasta los confines de la tierra, les dio a sus discípulos un punto de partida. En

Hechos 1:8, dijo: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra». Nótese el orden. Jerusalén primero: su propia ciudad, su propio barrio, la gente que ya conocían. Su labor de embajadores comenzó en su propio territorio.

La tuya también. Tu Jerusalén podría ser tu matrimonio. Tu Judea podría ser tu lugar de trabajo. Tu Samaria podría ser el vecino que has estado evitando porque no tienen nada en común. Los confines de la tierra vendrán después; primero, sé fiel con las personas y los lugares que ya están frente a ti. Tu hogar puede convertirse en una embajada. Tu mesa puede convertirse en un lugar de hospitalidad del Reino. Tu vida cotidiana puede convertirse en la plataforma más poderosa para el evangelio que jamás tendrás.

"Dios no llama a los capacitados. Él capacita a los llamados. Y nos llama primero a las personas que están más cerca de nosotros."—

Oswald Chambers, Mi mayor anhelo para su gloria

Eres un embajador, ¿te das cuenta?

Volvemos a la pregunta que impulsa todo este libro: ¿Puedes ver tu verdadero yo?

Porque tu verdadero ser —el que existe en Cristo, el que Dios ve cuando te mira— es un embajador comisionado del Rey de Reyes. No un simple espectador. No un observador casual del Reino. Un representante autorizado, enviado al mundo con un mensaje que puede transformar la vida de quienes te rodean.

Esta es tu nueva realidad creada. Tú tienes las credenciales. Tú tienes la autoridad. El mensaje te ha sido dado. La única pregunta es si vivirás como si fuera verdad.

Cada día es una misión diplomática. Cada conversación es una oportunidad. Cada relación es una embajada potencial. El mundo que te rodea está lleno de personas alejadas de Dios, que viven en la misma hostilidad y separación de la que fuiste rescatado. Y Dios, en su asombrosa gracia, ha elegido dirigirse a ellas a través de ti.

Así que, ¡adelante! Representa bien a tu Rey. Habla lo que Él ha autorizado. Vive según su ejemplo. Y confía en que Aquel que te envió es más que capaz de cumplir sus propósitos a través de tu vida dispuesta y fiel.

Eres un embajador de Cristo. Esa es tu identidad. Ahora, vive de acuerdo con ella.



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo diecinueve, estudiaremos cómo, como nueva creación:
“Ustedes son APARTADOS en Cristo”.*

Notas:

Capítulo diecinueve

“En Cristo”

Eres especial



"Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable."

— **1 Pedro 2:9**

¿Alguna vez te has sentido diferente? ¿Como si algo en ti fuera simplemente... distinto? Tal vez lo sentiste en la escuela, en el trabajo o incluso en tu propia familia. El mundo envía un mensaje implacable: adáptate, intégrate, sigue el ritmo. Pero ¿y si ese sentimiento de ser diferente no fuera un defecto, sino una huella de Dios en tu vida?

He aquí una verdad que transformará tu perspectiva: en Cristo, has sido apartado. No apartado, no relegado, sino apartado. Hay una gran diferencia. Ser apartado implica ser olvidado o ignorado. Pero ser apartado significa ser elegido, consagrado y comisionado

específicamente para un propósito divino que solo tú puedes cumplir.

Este concepto no está reservado para pastores, misioneros ni personas que aparentan tener una fe impecable. Es la identidad de todo creyente, incluyéndote a ti. Forma parte de la nueva realidad de la creación que Dios estableció en el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo. La pregunta es: ¿lo ves?

El significado de ser apartado

El término teológico para referirse a ser apartado es santificación, y es uno de los conceptos más incomprendidos en la vida cristiana. Mucha gente oye la palabra «santo» e inmediatamente se imagina a alguien rígido, sin alegría o imposiblemente perfecto. Pero la santidad bíblica no se trata de perfección, sino de pertenencia.

Santificarse significa apartarse de una cosa y dirigirse a otra. En el momento en que naciste de nuevo, ocurrió algo extraordinario: fuiste sacado del reino de las tinieblas y trasladado al reino del amado Hijo de Dios (Colosenses 1:13). Pasaste de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, de la condenación a la justicia. Como dice Pablo, fuiste justificado —declarado justo ante Dios— como si nunca hubieras pecado.

"La santificación no es algo que conseguimos. Es algo que recibimos, y luego dedicamos el resto de nuestras vidas a crecer en ella."

— RC Sproul, *La santidad de Dios*

Ese acto inicial de ser apartado es lo que los teólogos llaman santificación posicional: ocurrió de forma completa y permanente en el momento de la salvación. Pero la santificación también tiene

una dimensión progresiva. No solo eres apartado, sino que estás siendo apartado. Cada día, mediante la obra del Espíritu Santo y tu cooperación con Él, te asemejas cada vez más a Jesús. Los viejos patrones se desvanecen. Nuevos deseos echan raíces. Tu forma de pensar cambia. Tus prioridades se reajustan. Esto no es superación personal, sino una transformación desde adentro hacia afuera.

Piénsalo así: en el momento en que se extrae un trozo de oro de la tierra, es oro. Esa es su identidad. Pero aún así, pasa por un proceso de refinamiento que elimina las impurezas y revela su verdadero brillo. Eso es la santificación. Tú ya eres lo que Dios dice que eres; ahora te estás convirtiendo en lo que ya eres.

El corazón de todo: la intimidad con Cristo

Aquí es donde muchos creyentes pierden por completo el sentido de la santificación. La tratan como un proyecto de superación personal: una lista de comportamientos a adoptar y hábitos a abandonar. Pero la verdadera santificación no se trata principalmente de modificar la conducta, sino de una relación.

"Nunca alcanzarás la santidad por ti mismo. La santidad no es un destino al que se llega; es una Persona a la que se busca."

— A. W. Tozer, *La búsqueda de Dios*

La esencia de ser apartado para Dios radica en cultivar una relación íntima y constante con Jesucristo. Cuando tu conexión con Él es profunda, real y diaria, moldea naturalmente tu manera de pensar, hablar y vivir. No tienes que esforzarte para ser santo; la santidad

surge naturalmente de amarlo profundamente. Al buscar a Cristo, Él te transforma por completo.

Por eso Pablo oró con tanto fervor para que los creyentes conocieran a Cristo, no solo para que supieran acerca de Él. Hay una enorme diferencia entre saber información sobre alguien y conocerlo realmente. Dios no te llama solo a los hechos teológicos; te llama a Él mismo. Cuanto más te acerques a Él, más claramente te verás como Él te ve: apartado, amado, con propósito y completo.

«Pero todo lo que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, considero que todo es pérdida comparado con el valor incomparable de conocer a Cristo Jesús, mi Señor». — Filipenses 3:7–8 (NVI)

Distinguidos por ser diferentes, no raros.

Hablemos del tema principal. Para algunos creyentes, la idea de ser «apartados» evoca imágenes de una subcultura cristiana: apartados de la sociedad, críticos con la cultura, extraños para el mundo exterior. Pero eso no es lo que describe la Biblia. Las Escrituras nos llaman a ser diferentes, no distantes; transformados, no aislados.

«No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.» — Romanos 12:2

Nótese que Pablo no dice «apártate del mundo». Dice que no te conformes a él. Hay una diferencia crucial. Estás llamado a vivir en el mundo como una luz —comprometido, presente y accesible— sin dejarte moldear por sus valores, sus prioridades ni su definición de éxito.

Un cristiano mundano es un creyente que ha depositado su fe en Jesús, pero aún se aferra a las viejas costumbres. Sus actitudes, ambiciones y comportamientos son prácticamente iguales a los de quienes lo rodean. Han aceptado a Cristo como Salvador, pero no le han permitido ser verdaderamente su Señor. ¿Y el resultado? Se pierden la vida y el impacto que Dios les destinó. Tienen una apariencia de fe, pero carecen del poder transformador.

"El mundo no necesita más cristianos que se parezcan exactamente al mundo. Necesita cristianos que se parezcan exactamente a Cristo."

— Francis Chan, *Amor loco*

Distinguirse significa liderar con amor radical en un mundo que se nutre del cinismo. Significa elegir la integridad cuando la deshonestidad sería más fácil. Significa perdonar cuando la amargura sería comprensible. Significa vivir con generosidad en una cultura obsesionada con la acumulación. Estas no son las características de alguien extraño o desconectado de la realidad, sino las de alguien genuinamente transformado. Y ese tipo de vida resulta profundamente atractivo para un mundo que anhela autenticidad.

Sé diferente sin complejos. Pero sé diferente de una manera que atraiga a la gente, no que la aleje. Sé una luz acogedora, no un obstáculo. Deja que tu singularidad irradie gracia, no prejuicio.

Distinguidos para marcar la diferencia

Aquí es donde todo cobra sentido. Ser apartado nunca se trata solo de ti, sino siempre de algo más grande. Dios no consagra a las personas para su propia comodidad, sino para que tengan un impacto en su Reino. Has sido apartado con una misión específica: marcar la diferencia en tu mundo, tu familia, tu lugar de trabajo y tu comunidad para la gloria de Dios.

Pensemos en las personas de las Escrituras que fueron apartadas: Moisés, llamado de una zarza ardiente para enfrentarse al faraón y guiar a una nación; Ester, colocada en el palacio «para un momento como este»; Pablo, derribado de su caballo en el camino a Damasco y comisionado para llevar el Evangelio al mundo gentil. Cada uno de ellos tuvo un momento de encuentro que reveló su identidad apartada, y luego una vida entera dedicada a vivirla.

"Fuiste creado por Dios y para Dios, y hasta que no comprendas eso, la vida nunca tendrá sentido."

— Rick Warren, **Una vida con propósito**

Tu historia no es diferente. Los detalles son únicos, pero el patrón es el mismo. Dios te ha colocado exactamente donde estás —en tu vecindario, tu lugar de trabajo, tu familia— no por casualidad, sino por designio divino. Tu amor por los demás, tu serenidad ante las crisis, tu bondad al hablar la verdad: todo ello es un testimonio. Todo es fruto de una vida consagrada a Dios.

Ser apartado no significa esperar un momento futuro en el que finalmente estés listo o capacitado. Significa caminar con valentía hacia la vida que Dios te ha dado ahora mismo, con el Espíritu en tu interior, la Palabra en tus manos y la certeza de que fuiste creado para algo más que lo ordinario.

«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas». — Efesios 2:10

¿Lo ves?

No eres un accidente. No eres una persona común y corriente. Tu pasado, tus errores, tus limitaciones ni lo que otros hayan dicho de ti te definen. Eres especial: elegido por Dios, purificado por Cristo y comisionado por el Espíritu Santo para una vida con propósito y significado, una vida que el mundo anhela con desesperación.

El enemigo se esforzará por impedir que creas esto. Te recordará tus fracasos. Te dirá que eres demasiado común, demasiado imperfecto, demasiado perdido. Pero eso son mentiras. La verdad es que Dios te eligió específicamente —de entre todas las personas que han vivido, en este momento de la historia— y te apartó para Él y para sus propósitos.

Así que vive en ello. Deja de conformarte a un mundo que nunca fue diseñado para satisfacerte. Deja de rehuir la vida a la que Dios te ha llamado. Deja de esperar a sentirte digno, porque ese día no llegará por esfuerzo, sino por entrega. Entrégate a Aquel que ya te declaró digno, que ya te apartó y que ya te capacitó para todo lo que te ha llamado a hacer.

Ser diferente es una nueva realidad creada. Es tu verdadero ser.

¿Lo ves?



A C O N T I N U A C I Ó N

En el capítulo veinte, exploraremos cómo, como nueva creación: “Eres VALIENTE en Cristo”.

Capítulo veinte “En Cristo” **Eres intrépido**



*«Porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor,
sino de poder, de amor y de dominio propio.» — 2
Timoteo 1:7 (RV60)*

El miedo del que nadie quiere hablar

Hay un ladrón suelto en nuestro mundo, y no busca tu cartera, tu coche ni tu casa. Busca algo mucho más valioso. Busca tu paz. Busca tu propósito. Busca la versión más auténtica e inspirada por Dios de quién eres. Y su arma predilecta es una de las más antiguas que existen. No es una espada. No es una amenaza gritada a plena luz del día. Es un susurro. Un pensamiento. Una sensación que se te oprime el pecho a las tres de la mañana y se niega a soltarte.

Esa arma es el miedo.

El miedo se ha convertido en la experiencia emocional que define a nuestra generación. Tememos al fracaso y al éxito. Tememos ser conocidos y tememos ser invisibles. Navegamos por nuestros dispositivos hasta altas horas de la noche, bombardeados por noticias diseñadas para mantenernos en un estado de alarma permanente, y nos preguntamos por qué no podemos dormir, por qué se nos acelera el corazón, por qué sentimos una inquietud latente incluso en los días más luminosos.

Pero antes de continuar, quiero que entiendas lo siguiente: el miedo que sientes no te define. No es tu destino. No es tu identidad. Y según la inquebrantable Palabra de Dios, no es algo para lo que hayas sido diseñado.

El apóstol Pablo, escribiendo a su joven discípulo Timoteo desde una prisión romana —que distaba mucho de ser un balneario—, no le ofreció palabras de aliento. Recurrió a la verdad teológica más profunda al alcance de un seguidor de Jesús e hizo una declaración que ha resonado a través de los siglos como una campana que se niega a dejar de sonar: Dios no nos ha dado un espíritu de temor.

No es algo dado. No es algo previsto. No es algo diseñado. El espíritu del temor no viene del cielo. Y eso significa que si el temor se ha instalado en tu corazón, debes saber algo: es un intruso. Se instaló sin tu permiso y sin la bendición de Dios.

Este capítulo trata sobre cómo desalojar a ese intruso.

"He aprendido que el miedo no es más que excitación sin aliento."

— Fritz Perls

Antes de continuar, permítanme decirlo claramente: no voy a fingir que el miedo es simple. No voy a desestimar la ansiedad que sienten

ni a minimizar los verdaderos desafíos de su vida. Algunos de ustedes cargan con pesos que la mayoría de la gente no puede imaginar. Se enfrentan a diagnósticos que los aterrorizan, a relaciones que les rompen el corazón y a futuros que se presentan profundamente inciertos. Este capítulo no es una negación de esa realidad. Lo que es, es una invitación. Una invitación a descubrir que hay un poder disponible para ustedes que es más grande que su miedo, más antiguo que su ansiedad y más fuerte que cualquier cosa que hayan enfrentado. Y ese poder tiene un nombre. Su nombre es Jesús.

La fuente del miedo

El miedo, en su nivel biológico más básico, es una respuesta al peligro percibido. Cuando el cerebro detecta una amenaza —real o imaginaria— desencadena una cascada de reacciones físicas: la adrenalina inunda el organismo, el ritmo cardíaco se acelera y los músculos se tensan. Los científicos lo denominan respuesta de lucha o huida, y en las circunstancias adecuadas, es un verdadero don de la naturaleza. Mantuvo con vida a nuestros antepasados. Nos ayuda a reaccionar con rapidez en situaciones de emergencia reales.

Pero ese mecanismo divino ha sido secuestrado.

El enemigo de tu alma —la Biblia lo llama el ladrón, el acusador, el padre de la mentira— ha aprendido a activar esa alarma sin que exista una amenaza real. Te susurra mentiras a la mente, y tu cuerpo reacciona como si fueran la verdad absoluta. Escuchas el pensamiento de que vas a fracasar, y sientes una opresión en el pecho como si el fracaso ya fuera una realidad. Escuchas que nadie te ama de verdad, y tu cuerpo se inunda con el mismo dolor que el

rechazo real. No puede crear la realidad, pero es extraordinariamente hábil para distorsionar tu percepción de ella.

"La mayor arma del enemigo no es el poder, sino el engaño. Te hace temer hasta a las sombras."

— John Eldredge, *Despertando a los muertos*

Por eso Pablo usa una palabra tan cargada de significado cuando escribe a Timoteo. No dice que Dios no nos haya dado sentimientos de temor, sino que no nos ha dado un espíritu de temor. Un espíritu. Esa es una categoría espiritual, no meramente psicológica ni biológica. Hay una dimensión en el temor que muchos creyentes experimentan que va más allá de la ansiedad o los nervios comunes. Hay una opresión teñida de oscuridad, impuesta por el enemigo, que puede adherirse a una vida y contaminar todo lo que toca.

Y si no viene de Dios, solo hay otra fuente.

"El ladrón solo viene para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia."

— Jesucristo, *Juan 10:10 (NVI)*

Piensa en lo que el miedo realmente roba. Roba tu alegría. Roba tu valentía. Roba tu capacidad de soñar. El miedo destruye las relaciones cuando te vuelve demasiado reservado para amar plenamente. Mata tu vocación cuando te susurra que no estás capacitado, que no tienes talento, que no estás listo, que no eres suficiente. Destruye tu paz, tu confianza, tu propia identidad. El miedo no es una experiencia neutral; tiene un propósito. Y ese propósito es dismantelar todo aquello a lo que Dios te ha llamado.

No temas —

El estribillo que el cielo no puede dejar de repetir

He aquí un hecho extraordinario en el que quiero que reflexionen. La frase «No temas» —o su equivalente, «No tengas miedo»— aparece en las Escrituras más de setenta veces. Setenta. No es relleno. No es material antiguo de carteles motivacionales. Es Dios, el Alfa y la Omega, presente en los momentos más aterradores de la experiencia humana, diciendo con toda la autoridad del cielo: «No tienes por qué tener miedo».

Se lo dijo a Abram, el anciano sin hijos que se preguntaba si la promesa de Dios seguía vigente. Se lo dijo a Moisés, el pastor fugitivo convencido de que no era la persona indicada para enfrentarse al faraón. Se lo dijo a Josué, que se adentró en la inmensa sombra de Moisés. Se lo dijo a Gedeón, que se escondía de sus enemigos cuando Dios se le apareció y lo llamó un hombre valiente. Y te lo dice a ti también, en este tiempo, en este temor, en este preciso instante.

Una de las cosas que más me gustan de los Evangelios es cómo Jesús abordó el miedo, y con qué ternura lo hizo. Nunca reprendió a sus discípulos por tener miedo. Nunca los acusó de debilidad. Nunca los hizo sentir avergonzados. Lo que hizo, una y otra vez, fue adentrarse directamente en medio de su miedo y traerles paz consigo.

¿Recuerdan la escena en el Mar de Galilea? La tormenta arrecia. Las olas rompen contra los costados. Pescadores experimentados, hombres que crecieron en esas aguas, están aterrorizados. Y Jesús duerme. Lo despiertan presas del pánico: «Maestro, ¿no te importa que nos ahogemos?». Él habla al viento y a las olas, y luego les dice a sus discípulos: «¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Acaso no

tienen fe?». Aquello no fue una reprimenda. Fue una invitación. Era Jesús diciendo: «Miren quién está en la barca con ustedes. ¿De verdad hay alguna razón para tener miedo?».

"La presencia de Jesús no promete la ausencia de tormentas. Promete paz en medio de ellas."

— Max Lucado, *Sin miedo*

Cuando Jesús caminó sobre el agua y los discípulos lo vieron venir, se aterrorizaron; pensaron que era un fantasma. Su respuesta inmediata es una de las frases más hermosas de toda la Escritura: ¡Ánimo! Soy yo. No tengan miedo. Tres afirmaciones. Un mandato para buscar el valor. Una identificación: YO SOY, el que sostiene todas las cosas. Y luego la liberación: No tengan miedo.

¿Ves el patrón? Cada vez que aparece el miedo, aparece Jesús. Cada vez que su pueblo tiene miedo, el cielo responde, no con juicio ni impaciencia, sino con la presencia viva de un Salvador que dice: «Aquí estoy. No estás solo».

«No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con mi diestra victoriosa.» — Isaías 41:10 (NVI)

Este versículo de Isaías 41 podría ser la receta más completa contra el miedo en toda la Escritura. No temas: un mandato, no una sugerencia. Porque yo estoy contigo: el fundamento es una Persona, no una fórmula. Dios mismo está presente contigo en esta lucha. Yo te fortaleceré: no solo con mi presencia, sino con mi poder. Yo te ayudaré: Él no es un observador pasivo de tu dolor. Él participa activamente. Te sostendré con mi diestra justa: en el mundo antiguo,

la diestra era la mano del poder. Puede que sientas que caes, pero no puedes escapar del agarre de Aquel que sostiene el universo.

Lo que la cruz le hizo al miedo

He aquí una verdad que muchos cristianos nunca han comprendido del todo: la cruz de Jesucristo no fue solo un acto de salvación del pecado, sino también de liberación del miedo. El autor de Hebreos lo afirma claramente: Jesús participó de nuestra carne y sangre para que, mediante su muerte, venciera al que tenía el poder de la muerte y liberara a quienes, durante toda su vida, habían estado esclavizados por el temor a la muerte.

Esclavitud. Esa es la palabra que usa Hebreos. Antes de Cristo, todo ser humano estaba esclavizado por el miedo, porque la muerte era real, definitiva y aterradora. Pero Jesús fue a la cruz. Se enfrentó a la muerte misma. Entró en la tumba. Y al tercer día salió de ella, no como un cadáver resucitado, sino como el primogénito de entre los muertos, el que ha vencido a la muerte de forma permanente e irrevocable.

"La resurrección no es un añadido a la fe cristiana. Es su fundamento. Sin ella, el miedo triunfa. Con ella, el miedo ya está vencido."

— NT Wright, *Sorprendido por la esperanza*

Esto significa que cada temor que albergas tiene su origen en algo que ya ha sido vencido. ¿El miedo a la muerte? Vencido. ¿El miedo a la separación de Dios? Jesús soportó la ira que separa para que pudieras acercarte a Él. ¿El miedo a no ser amado? Dios demostró su amor en el Calvario: cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. La valentía en Cristo no es pensamiento positivo. No es silbar en la oscuridad. Es una declaración teológica arraigada en acontecimientos históricos. Porque si la muerte ha sido vencida, si

lo peor que el enemigo puede lanzarte ya ha sido absorbido por la victoria, ¿de qué tienes miedo exactamente?

"En el amor no hay temor; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor implica tormento."
— 1 Juan 4:18 (NKJV)

Juan identifica la relación entre el amor y el miedo con precisión quirúrgica: no pueden coexistir plenamente. La respuesta al miedo no es la fuerza de voluntad. No es una mejor estrategia. La respuesta al miedo es el amor, específicamente, el amor perfecto de Dios, que cuando se recibe y se cree de verdad, desmantela el miedo desde dentro.

Lo que Juan describe no es una euforia pasajera, sino una firme disposición del corazón. Es lo que sucede cuando una persona deja de relacionarse con Dios principalmente como un juez al que complacer y comienza a relacionarse con Él como un Padre que se deleita en ella. Es lo que sucede cuando dejas de intentar ganarte su amor y simplemente comienzas a recibirlo.

"No hay pozo tan profundo que el amor de Dios no sea aún más profundo." — Corrie ten Boom

Quién eres realmente — La identidad que el miedo no puede tocar

Una de las cosas más crueles que hace el miedo es mentirte sobre tu propia identidad. Te dice que tienes miedo al fracaso, por lo tanto, eres un fracaso. Temes al rechazo, por lo tanto, no eres digno de amor. El miedo habla con tremenda autoridad. Se disfraza con el lenguaje del sentido común y la autoprotección. Y si no tienes cuidado, dejarás que el miedo escriba la historia de tu vida.

Pero esto es lo que dice Dios. No son afirmaciones que uno repite para sentirse mejor consigo mismo, sino realidades teológicas, arraigadas en la obra consumada de Jesucristo, inmutables y absolutas.

Eres amado. Romanos 8:38-39 declara que nada en toda la creación —ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni el presente, ni el futuro— nada puede separarte del amor de Dios que está en Cristo Jesús, tu Señor. Nada. Esto no es poesía. Es una promesa.

Estás perdonado. Completamente. Para siempre. No solo los pecados socialmente aceptables. No solo los de antes de tu conversión. Todos ellos —pasados, presentes y futuros— están cubiertos por la sangre de Jesús.

Eres adoptado. No solo aceptado, no simplemente tolerado, sino adoptado. Romanos 8:15 dice que recibisteis el Espíritu de adopción, por el cual clamáis: «¡Abba, Padre!». La palabra «Abba» está más cerca de «Papá» que de «Padre». Dios no es una deidad distante. Él es tu Abba.

Eres elegido. Efesios 1:4 dice que Dios te eligió antes de la creación del mundo. Antes de que tus padres se conocieran, antes de que dieras tu primer aliento, antes de que cometieras tu primer error: Dios te eligió. Tu existencia no es una casualidad.

Eres más que un vencedor. Romanos 8:37 usa la palabra griega *hypernikao*: supervencedor. No solo alguien que sobrevive. No solo alguien que apenas sale adelante. Un hiperconquistador. Eso es lo que eres.

Eres la obra maestra de Dios. Efesios 2:10 usa la palabra poiema, la misma raíz que nuestra palabra poema. Eres el poema de Dios. Su obra. Su arte. No un borrador. Una obra maestra.

VERDAD CLAVE: *El miedo te reduce al tamaño de tu peor momento. El evangelio te expande al tamaño de tu verdadera identidad. ¿En cuál creerás?*

*"No fuiste creado para ser gobernado por el miedo.
Fuiste creado para ser guiado por la fe, fortalecido por
el amor y protegido por la gracia de Dios."*

— Bill Johnson, *Presentando la Presencia*

Estas verdades no son solo para los buenos días. No solo son ciertas cuando las sientes. Son objetivamente, permanentemente ciertas; más ciertas que tus sentimientos, más ciertas que tus circunstancias, más ciertas que lo que susurra la voz del miedo en la oscuridad.

Caminando sin miedo — Pasos prácticos para la batalla

Permítanme aclarar un malentendido que suele confundir a muchos creyentes sinceros. La valentía en Cristo no significa que nunca sentirás miedo. No significa que tu sistema nervioso deje de producir adrenalina ni que atraveses las dificultades en una burbuja de calma sobrenatural. La valentía no es la ausencia de miedo, sino la negativa a que el miedo dicte tus decisiones.

Toda persona valiente en la historia, incluyendo a los héroes de la fe, sintió miedo. A Josué se le ordenó ser fuerte y valiente precisamente porque se enfrentaba a algo aterrador. El mandato implica una lucha. Dios no habría necesitado decirlo si el valor fuera

algo natural. El mandato implica que el miedo estaba presente y que Josué tuvo que elegir activamente confiar en Dios a pesar de él.

"El coraje no es la ausencia de miedo. Es la convicción de que hay algo más importante que el miedo."

— Ambrose Luna Roja

Pablo nos da la estrategia más importante en Romanos 12:2: «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente». La transformación comienza en la mente, no en las circunstancias ni en las emociones. En la mente. Esto significa que la clave para vencer el miedo no reside en gestionar el entorno —organizar la vida para que las cosas que dan miedo no nos alcancen—, sino en cambiar nuestras creencias para que las cosas que dan miedo pierdan su poder sobre nosotros.

Llena tu mente con lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable y admirable (Filipenses 4:8). La batalla por tu paz es principalmente una batalla cognitiva, que se libra en el ámbito del pensamiento. Cuando llenas tu mente con la Palabra de Dios, construyes nuevos caminos que te llevan hacia la verdad en lugar de hacia el miedo. No sucede de la noche a la mañana, pero sucede de manera absoluta y definitiva.

Y lleva tus temores a Dios en oración, específicamente, con sinceridad y mencionándolo por su nombre. Filipenses 4:6-7 promete que cuando lo hagas, la paz de Dios —no la paz de las circunstancias resueltas, sino la paz de Dios mismo— guardará tu corazón y tu mente como un centinela en la puerta. Haz de la oración por tus temores una práctica diaria, no un recurso de emergencia cuando la ansiedad se vuelve insoportable.

"La preocupación pierde hoy su fuerza. La oración no solo cambia las cosas, sino que nos cambia a nosotros, y entonces nosotros cambiamos las cosas."

— Corrie ten Boom

Finalmente, no luches solo en esta batalla. La táctica más efectiva del miedo es el aislamiento: te dice que nadie te entendería, que eres único y estás roto, que tu miedo es demasiado vergonzoso para admitirlo. Eso es mentira. Cuando compartes tu miedo con una comunidad de confianza, pierde poder. Cuéntaselo a un amigo, a un pastor, a un grupo pequeño. Probablemente descubrirás que no estás tan solo en tu lucha como el miedo te ha hecho creer.

La persona que Dios dice que eres

Llegamos ahora al momento de la decisión, porque todo lo que hemos comentado se reduce a una elección.

Cada día te encuentras ante una encrucijada. A un lado está el camino que marca el miedo: más estrecho, más seguro, menos expuesto. Es el camino de la persona que tus miedos te dicen que seas. Al otro lado está el camino que Dios marca: más amplio, más valiente, más exigente, más hermoso. Es el camino de la persona que Él dice que eres.

No eres la suma de tus peores momentos. No eres la suma de tus fracasos ni el total de tus errores. No estás limitado por tu pasado, aprisionado por tus circunstancias ni destinado a la derrota. Eres hijo del Dios viviente, creado a su imagen, redimido por su Hijo y lleno de su Espíritu. Se te ha dado poder —un poder explosivo, un poder de resurrección— para afrontar lo que sea que se presente. Se te ha dado amor —el amor incondicional e imparable de Dios— para dar estabilidad a tu alma e impulsar tu valentía. Se te ha dado una mente

sana —la claridad y la paz de Dios— para pensar con claridad y actuar con fidelidad incluso cuando todo a tu alrededor grita pánico.

El Dios que creó galaxias y conoce hasta el número de cabellos en tu cabeza ha visto el miedo que te ha estado persiguiendo y ha declarado de una vez por todas: No es mío. No te pertenece. Hijo mío, no vive así.

*"El mismo poder que venció a la muerte vive en mí. Ya no soy esclavo del miedo; soy hijo de Dios."
— Bethel Music, Ya no somos esclavos*

Así que les pregunto, por última vez, la pregunta en torno a la cual se basa todo este libro: ¿Pueden ver su verdadero yo?

No el tú que el miedo construyó. No el tú que la vergüenza modificó. El verdadero tú: el que Dios ve. El que estaba en su corazón antes de la creación del mundo. El que Jesús murió para liberar y al que el Espíritu Santo da poder.

No porque seas lo suficientemente fuerte. No porque lo tengas todo resuelto. Sino porque Aquel que vive en ti es mayor que el que está en el mundo. Porque el amor perfecto ha echado fuera el miedo. Porque Jesús salió de la tumba al tercer día, y desde entonces el miedo ha ido perdiendo.

Eres valiente en Cristo. Actúa como tal.

Una oración para la valentía

Padre, vengo a ti tal como soy, con todos mis miedos, con nombre y sin nombre, con toda la ansiedad que se ha entretejido en mi día a día. No vengo fingiendo ser más fuerte de lo que soy. Vengo confiando en que tú eres más fuerte que todo aquello a lo que temo.

Hoy declaro que no me has dado un espíritu de temor. Lo renuncio en el nombre de Jesucristo y declaro que no tiene autoridad sobre mi vida, mi mente ni mi futuro. Recibo, en cambio, el espíritu de poder: el poder de resurrección que resucitó a Jesús de entre los muertos. Recibo el espíritu de amor: el amor perfecto que expulsa todo temor. Recibo el espíritu de dominio propio: la paz que sobrepasa todo entendimiento.

No tengo miedo. No porque sea fuerte, sino porque Tú lo eres. Soy valiente: valiente en Cristo, valiente en el amor, valiente en el poder del Espíritu Santo que vive en mí. En el poderoso nombre de Jesús, Amén.



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo veintiuno, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Estás PROTEGIDO en Cristo”.*

Capítulo veintiuno “En Cristo” **Estás protegido**



«Pero el Señor es fiel, y él los fortalecerá y los
protegerá del maligno.» — 2 Tesalonicenses 3:3 (NVI)

¿Alguna vez te has sentido espiritualmente vulnerable, como si el peso del mundo te agobiara por todos lados y no tuvieras a dónde acudir? Tal vez el miedo te susurraba en la noche. La duda se colaba durante el día. Las circunstancias parecían cerrarse como muros. Si alguna vez te has sentido así, no estás solo. Pero esto es algo que

quiero que sepas con absoluta certeza: como hijo de Dios, no estás desprotegido. Nunca lo has estado.

Una de las verdades más liberadoras de la nueva realidad de la creación —tu verdadero ser en Cristo— es esta: estás divinamente protegido. No ocasionalmente. No condicionalmente. No solo cuando crees tenerlo todo resuelto. Estás protegido por Dios mismo, cada día, en cada estación, en cada adversidad. Esto no es una ilusión. Esto está escrito en las Escrituras.

En este capítulo, vamos a explorar qué significa realmente la protección divina, cómo Dios te ha capacitado para vivirla y por qué comprender esta verdad cambiará para siempre la forma en que te ves a ti mismo y al mundo que te rodea.

Qué significa realmente la protección divina

Aclaremos algo de inmediato, porque existe un malentendido sobre la protección divina que confunde a muchos creyentes. La protección divina no significa la ausencia total de pruebas, dificultades o resistencia espiritual. La Biblia nunca promete una vida sin problemas. Lo que sí promete —de forma enfática y reiterada— es que nunca enfrentarás nada solo.

La protección de Dios no es una burbuja que mantiene las dificultades a una distancia segura. Es una guarnición, una fortaleza, que te rodea en medio de la adversidad. Te brinda paz cuando la ansiedad amenaza con abrumarte. Te da fuerza cuando te sientes completamente agotado. Te aporta claridad cuando la confusión nubla el camino. Su protección es activa, dinámica y profundamente personal.

"Puede que tengas que librar una batalla más de una vez para ganarla."

El gran predicador Charles Spurgeon escribió: «Dios es demasiado bueno para ser cruel, demasiado sabio para equivocarse, y cuando no puedas discernir su mano, siempre puedes confiar en su corazón». Ese es el fundamento de la protección divina: no una promesa de que nunca ocurrirá nada difícil, sino la certeza inquebrantable de que Dios te sostiene en todo momento.

Como creyente, no tienes que preguntarte si Dios estará presente para ti. Él te ama con un amor que sobrepasa todo entendimiento y está comprometido, plena y permanentemente, a cuidar de tu vida. ¿Lo ves? Esa es tu esencia en Cristo. Esa es tu verdadera identidad.

Vestir la armadura completa de Dios

Uno de los pasajes más poderosos de toda la Escritura sobre este tema proviene del apóstol Pablo en su carta a los Efesios. Antes de leerlo, tengamos en cuenta que Pablo escribe desde una prisión romana. Conoce bien las dificultades. Conoce bien la resistencia espiritual. Y, sin embargo, escribe con valentía y autoridad:

«Por último, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes». — Efesios 6:10–13

He aquí algo importante que destacar: Pablo escribió este pasaje no para infundir temor, sino para fortalecer la fe. Quería que los

creyentes dejaran de sentirse víctimas indefensas y comenzaran a caminar con la plena autoridad que les ha sido dada en Cristo. Dios no te ha dejado desarmado. Te ha dado todo lo que necesitas para mantenerte firme.

"No luchamos por la victoria. Luchamos desde la victoria. La batalla ya se ganó en la cruz."
— Joyce Meyer, *El campo de batalla de la mente*

Analícemos cada pieza de esta armadura. De niño, me enseñaron a ponerme la armadura de Dios cada mañana como parte de mi rutina devocional. Hoy, les enseño a los creyentes algo aún más liberador: nunca quitársela. Mantén la armadura puesta las 24 horas del día, los 365 días del año. Esto es lo que cada pieza significa para tu vida en este momento:

1. El Cinturón de la Verdad

El arma más antigua del diablo es el engaño. Distorsiona la realidad, tergiversa las circunstancias y susurra mentiras sobre quién eres y quién es Dios. Pero la verdad es tu fundamento. Cuando te arraigas en la Palabra de Dios y pides discernimiento al Espíritu Santo, adquieres la capacidad de distinguir la verdad de la mentira, incluso cuando las emociones y las circunstancias gritan lo contrario. Revístete de la verdad cada día sumergiéndote en las Escrituras.

2. La coraza de la justicia

Satanás disfruta atacando tu autoestima y tu posición ante Dios. Usará tus errores del pasado, tus fracasos y tus inseguridades como armas contra ti. Pero la coraza de la justicia cubre tu corazón. Tu justicia no se basa en tus obras, sino en la justicia de Cristo mismo, acreditada a tu cuenta. Te presentas ante Dios plenamente aceptado, plenamente amado y plenamente redimido.

3. Pies calzados con el Evangelio de la Paz

El enemigo quiere que el pueblo de Dios permanezca en silencio, se mantenga pequeño y viva con miedo. Siembra dudas sobre tu voz, tu historia, tu credibilidad. Pero Dios te ha preparado para avanzar: para caminar en paz y llevar las Buenas Nuevas a dondequiera que vayas. Tu testimonio es un arma. Tu paz en medio de la tormenta es un poderoso testimonio para el mundo que observa.

4. El escudo de la fe

Pruebas, tentaciones, palabras desalentadoras, reveses inesperados: estas son las flechas incendiarias que describe Pablo. El escudo de la fe es tu capacidad para mantenerte firme en lo que sabes sobre el carácter de Dios, incluso cuando las circunstancias sugieren lo contrario. Como dijo el pastor Rick Warren: «La fe no es creer a pesar de las pruebas, sino obedecer a pesar de las consecuencias». La fe es tu escudo. ¡Levántalo bien alto!

5. El Yelmo de la Salvación

La mente es el principal campo de batalla. El enemigo se especializa en la ansiedad, el miedo y el pensamiento erróneo: cualquier resquicio de creencia equivocada que pueda usar para desviar tu relación con Dios. El casco de la salvación protege tu vida mental. Te recuerda quién eres, a quién perteneces y hacia dónde te diriges. Cuando renuevas tu mente diariamente con la verdad de Dios, proteges tu perspectiva de los ataques del enemigo.

6. La Espada del Espíritu

Esta es la única arma ofensiva en la armadura de Dios: la Palabra de Dios. Observa que todas las demás son defensivas; esta ataca. Cuando Jesús fue tentado en el desierto, no discutió ni razonó con el diablo. Proclamó las Escrituras: «Escrito está». Ese es tu

ejemplo. Conoce la Palabra. Proclama la Palabra. El enemigo no puede resistir la declaración autoritativa de la verdad de Dios.

7. Oración

La oración es lo que mantiene nuestra fortaleza espiritual. Sin una vida de oración activa y constante, incluso un creyente bien preparado puede caer en la apatía espiritual. La oración no es un ritual religioso; es una comunicación constante con nuestro Padre. Alinea nuestro corazón con el Suyo, agudiza nuestra percepción espiritual y libera Su poder en cada situación. Charles Stanley lo expresó muy bien: «La oración no es el último recurso, sino nuestra primera respuesta».

¿Ves la imagen que Pablo describe? No eres un blanco indefenso. Eres un soldado de Cristo bien equipado, firme en el poder de su fuerza, armado y listo para cualquier desafío que el enemigo pueda presentarte.

Permaneciendo bajo la sombra:

La promesa del Salmo 91

Si la armadura de Dios es tu equipo para mantenerte firme, el Salmo 91 es tu ancla para permanecer. Este querido salmo —a menudo llamado «El Salmo de la Protección»— es uno de los pasajes más citados y apreciados de toda la Escritura. Y con justa razón. Es una declaración impresionante de la protección integral y completa que Dios ofrece a quienes moran con Él.

El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso.

²Diré del Señor: «Él es mi refugio y mi fortaleza; mi Dios, en él confiaré».

³*Ciertamente Él os libraré de la trampa del cazador y de la peligrosa peste.*

⁴*Él te cubrirá con sus plumas, y debajo de sus alas hallarás refugio; su verdad será tu escudo y ^{b]}escudo.*

⁵*No temerás el terror de la noche, ni la flecha que vuela de día,*

⁶*Ni de la peste que camina en la oscuridad, ni de la destrucción que asola al mediodía.*

⁷*Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu derecha; mas a ti no te alcanzará.*

⁸*Solo con tus ojos mirarás, y verás la recompensa de los impíos.*

⁹*Porque has hecho del Señor, que es mi refugio, del Altísimo, tu morada,*

¹⁰*Ningún mal te sobrevendrá, ni plaga alguna se acercará a tu morada;*

¹¹*Porque Él dará órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos.*

¹²*En sus manos estarán [^{do]}te sostienen, para que no te [^{d]}Golpea tu pie contra una piedra.*

¹³*Pisarás al león y a la cobra,
Al león joven y a la serpiente los pisotearás.*

¹⁴*“Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo lo libraré; lo pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.*

¹⁵*Él me invocará, y yo le responderé; estaré con él en la angustia; lo libraré y lo glorificaré.*

¹⁶*Con [^{e]}Le daré larga vida y le mostraré mi salvación.*

— Salmo 91

Léelo de nuevo despacio. Ningún mal te sobrevendrá. Él dará órdenes a sus ángeles para que te cuiden. Esto no es una exageración

poética. Esta es la promesa del pacto de Dios para aquellos que hacen de Él su morada.

"Dios jamás te llevará a un lugar donde su gracia no pueda protegerte."

— **Max Lucado, Nunca estás solo**

Fíjense en el primer versículo: «El que habita al abrigo del Altísimo». Todo gira en torno a la palabra «habita». No se trata de una visita casual, ni de un simple saludo dominical. Habitar significa permanecer, quedarse, quedarse, hacer de la presencia de Dios su hogar. La promesa de protección emana de la intimidad con Dios. Cuanto más cerca estés de Él, más plenamente su protección envolverá tu vida.

Piénsalo así: el Espíritu Santo actúa en tu vida como el sistema de seguridad más avanzado imaginable; no solo te alerta de posibles peligros, sino que interviene activamente en tu favor. Él va delante de ti, te protege y mora en ti. Los ángeles son enviados para ayudarte. La fidelidad de Dios te sirve de escudo y de muro de protección.

El Salmo 91 nos ofrece una lista extraordinaria de peligros de los que Dios promete librarnos: la trampa del cazador, la peste, el terror de la noche, la flecha que vuela de día, la destrucción, la plaga, el león, la serpiente y toda clase de calamidades. Es una lista exhaustiva. No se trata de una protección parcial con exclusiones en la letra pequeña, sino de la promesa plena e incondicional de un Dios fiel.

El capítulo concluye con Dios hablando directamente: «Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo lo libraré... Me invocará, y yo le responderé; estaré con él en la angustia; lo libraré y lo glorificaré.

Lo saciaré de larga vida» (Salmo 91:14-16). Este es el compromiso personal de Dios contigo. Está sellado con la sangre de su Hijo.

Vivir como alguien que está protegido

Comprender la protección divina no significa pasividad, sino valentía. Hay una profunda diferencia entre quien afronta la vida preguntándose si Dios le ayudará y quien la afronta sabiendo que ya lo ha hecho. Esa confianza lo cambia todo: cómo oras, cómo hablas, cómo respondes a la adversidad y cómo te ves a ti mismo.

Beth Moore escribe: «El mayor temor del enemigo es un creyente que realmente cree lo que Dios dice sobre él». Cuando interiorizas verdaderamente la verdad de que estás protegido por el Dios Todopoderoso —que sus ángeles se encargan de tu cuidado, que su Palabra es una espada en tu mano, que su presencia es tu morada permanente— el enemigo pierde el control sobre tu imaginación.

No tienes por qué vivir con miedo. No tienes por qué paralizarte ante la incertidumbre. No tienes por qué luchar con uñas y dientes contra las pruebas preguntándote si Dios se ha olvidado de ti. Estás protegido. Estás cubierto. Estás sostenido.

Permanezcan en secreto. Manténganse protegidos. Proclamen la Palabra. Oren sin cesar. Y cuando lleguen las tormentas —y llegarán— manténganse firmes, sabiendo que el que está en ustedes es más grande que cualquier cosa que pueda hacerles daño (1 Juan 4:4).

¿Lo ves?

Este eres tú de verdad, no una persona temblorosa, temerosa y espiritualmente vulnerable que lucha por sobrevivir esperando lo mejor. No. Tu verdadero ser es una nueva creación, revestida de

Cristo, armada con la armadura completa de Dios, bajo la protección del Todopoderoso y resguardada por el mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos.

Dios no está desesperado. No está sorprendido. No está abrumado por lo que estás enfrentando. Él es fiel, y gracias a su fidelidad, estás protegido.

«El Señor peleará por ustedes; ustedes solo quédense quietos». — Éxodo 14:14 (NVI)

Ese sí que eres tú de verdad. ¿Lo ves?



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo veintidós, exploraremos cómo, como nueva creación:
“Eres un VENCEDOR en Cristo”.*

Capítulo veintidós “En Cristo” **Eres un vencedor**



"Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe."

Permítanme preguntarles algo personal: Cuando la vida les golpea con fuerza —cuando llega el diagnóstico, cuando la relación se rompe, cuando las finanzas se desmoronan, cuando el enemigo les

susurra que están acabados— ¿qué piensan de sí mismos en ese momento? ¿Se ven como víctimas de las circunstancias o ven lo que Dios ve? ¿Ven a su verdadero ser?

Esto es lo que la Palabra de Dios declara sobre tu vida: Eres un vencedor. No por tu fuerza, ni por la perfección de tu fe, y ciertamente no porque la vida siempre se desarrolle según tus planes. Eres un vencedor por a quién perteneces, y eso lo cambia todo.

*"Dios nunca prometió que la tormenta no llegaría.
Prometió que cuando llegara, no te ahogaría."*

— Dr. Tony Evans

Esto no es simplemente una idea motivacional. Es una nueva realidad creada, una verdad grabada en la esencia misma de tu ADN espiritual desde el momento en que naciste de nuevo. La pregunta no es si Dios te ha hecho vencedor, sino si tú lo crees. ¿Ves tu verdadero ser?

Nacido para ganar

El mundo tiene su propio himno, y tú lo has escuchado. Dice: naciste para perder. Dice que eres producto de tu pasado, prisionero de tu dolor, víctima de tus circunstancias. Pero en el momento en que naciste de nuevo, el cielo escribió una canción diferente para tu vida.

El apóstol Juan, inspirado por el Espíritu Santo, no dijo que se pudiera vencer. No dijo que se pudiera vencer con mucho esfuerzo. Lo declaró como una realidad espiritual inmutable: quien nace de Dios vence al mundo. El tiempo verbal en el griego original es impactante: habla de una victoria decisiva y completa. La vida del vencedor no es una vida de lucha por una victoria que quizás nunca llegue. Es una vida de vivir en una victoria ya asegurada.

"En este mundo tendréis aflicción. ¡Pero confiad! Yo he vencido al mundo."

¿Ves lo que Jesús está haciendo en ese versículo? No niega la realidad de las dificultades, sino que las replantea. Habrá problemas, Él lo garantiza. Pero también garantiza algo mucho mayor: Él ha vencido. Y como Él ha vencido, y como tú estás en Él, participas de esa victoria. Nacer de nuevo significa nacer en una familia de vencedores, en un linaje de victoria que se remonta a una tumba vacía.

Esta es la base de tu identidad. No estás trabajando para alcanzar una victoria, sino que estás partiendo de una victoria que ya está decidida. La cruz la selló. La resurrección la confirmó. Y tu nuevo nacimiento te incorporó a ella.

Qué significa realmente ser un vencedor

La palabra inglesa "overcoverer" (vencedor) proviene del griego "nikao", que significa conquistar, prevalecer o alcanzar la victoria. Es la misma raíz de la que deriva el nombre Nike, palabra que los antiguos griegos asociaban con el triunfo, la conquista y la gloria. Pero no nos equivoquemos: la victoria bíblica no se refiere a la conquista personal ni a los logros humanos, sino a la posición espiritual.

Un vencedor, en el sentido bíblico, no es alguien que nunca lucha. No es alguien que flota por la vida en una nube de facilidad con una sonrisa permanente en el rostro. Un vencedor es alguien que permanece en pie, no porque nunca caiga, sino porque conoce a Aquel que siempre se levanta.

"Un santo no es alguien que nunca cae. Es alguien que se levanta, una y otra vez, con la mano en la de Dios."

— San Bernardo de Claraval

Piensa en cada hombre y mujer de Dios en las Escrituras que se distinguió por su capacidad de vencer, no por su comodidad. José fue traicionado y encarcelado, y venció. David fue perseguido como un animal, y venció. Pablo fue golpeado, naufragó y fue encarcelado, y venció. No vencieron porque la vida fuera fácil, sino porque Dios fue fiel.

Ser un vencedor no significa que nunca caigas. Significa que nunca te quedes en el suelo. Cristo en ti es más fuerte que cualquier cosa que se te oponga.

Tu verdadera identidad: el fundamento de la victoria

Aquí es donde debemos ser implacablemente honestos. Una de las razones más comunes por las que los creyentes viven en la derrota no es la falta de esfuerzo ni de sinceridad, sino la falta de identidad. No saben quiénes son realmente en Cristo, y el enemigo explota esa carencia sin piedad.

Tu identidad no es tu historia. No son tus fracasos, tus heridas, tus antecedentes familiares ni tus peores momentos. Tu identidad es lo que Dios dice que eres; y desde el momento en que recibiste a Cristo, Él te declaró una nueva creación, revestida de su justicia, sellada por su Espíritu y colocada en los lugares celestiales.

"No, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó."

Nótese que Pablo no dice que seamos apenas vencedores, o vencedores en nuestros buenos días. Somos más que vencedores. La expresión griega *hupernikao* significa prevalecer abrumadoramente,

ganar por goleada, no solo vencer a la oposición, sino dominarla por medio de aquel que nos ama. Esto no es arrogancia. Es la audacia de la gracia.

"La mayor arma del enemigo no es la tentación, sino la amnesia. Quiere que olvides quién eres en Cristo, porque en el momento en que lo recuerdes, su poder sobre ti se derrumbará."

— Neil T. Anderson, **El rompedor de ataduras**

Por eso el enemigo se esfuerza tanto por nublar tu identidad. No teme a un creyente ocupado, sino a uno que sabe quién es. Cuando sabes que eres hijo del Dios Altísimo, redimido con la sangre de Jesús, lleno del mismo Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos y sentado con Él en los lugares celestiales, las tácticas de intimidación del enemigo pierden su poder.

¿Ves a tu verdadero yo? No al que comete errores. No al que a veces duda. Al que Dios ve: el que ya es victorioso en Cristo.

Los tres campos de batalla de todo vencedor

Comprender que eres un vencedor no significa que las batallas terminen. Significa que las afrontas de manera diferente. Todo creyente que elige vivir conforme a su identidad dada por Dios se enfrentará a los mismos tres campos de batalla. Conocer el terreno no elimina la lucha, pero sí significa que nunca te tomarán por sorpresa.

1. La batalla con la carne

Pablo describe esta guerra en términos inequívocos en Gálatas 5:17: la carne y el Espíritu están en constante oposición. La carne no es simplemente el cuerpo físico; representa los viejos patrones, las

viejas mentalidades y los viejos apetitos que persisten incluso después de la conversión. Orgullo, lujuria, temor, amargura, autosuficiencia: estas son las armas que la carne usa contra tu progreso espiritual.

Pero aquí está la buena noticia: no estás librando esta batalla solo, ni la estás librando con tus propias fuerzas. El Espíritu Santo que vive en ti es más grande que cualquier deseo de la carne. La clave para vencer en este terreno no es la fuerza de voluntad, sino la entrega diaria. No aprietes los dientes ni te esfuerces más; dóblate de rodillas y ríndete con mayor profundidad.

2. La batalla contra el mundo

El mundo —es decir, el sistema de valores, prioridades y presiones culturales que se organizan en oposición a la verdad de Dios— intenta constantemente moldearte a su antojo. Romanos 12:2 nos advierte que no nos conformemos a este mundo. La presión es real: la presión de comprometer nuestras convicciones para ser aceptados, de diluir nuestra fe para ser populares, de elegir la comodidad en lugar de la obediencia.

Quien vence no vive para el aplauso del mundo, sino para la presencia de Dios. Elige la verdad cuando es impopular, la rectitud cuando tiene un alto precio y la obediencia cuando es inconveniente, porque sabe que el sacrificio temporal produce una recompensa eterna.

3. La batalla contra el enemigo

Efesios 6:12 es claro: nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, potestades y fuerzas espirituales de maldad. El diablo es un adversario real con un propósito claro: robarte la alegría, debilitar tu fe, destruir tus relaciones e impedirte vivir plenamente la identidad y el destino que Dios te ha dado.

Pero esto es lo que el enemigo no quiere que recuerdes: es un adversario derrotado. Su autoridad fue arrebatada en la cruz. Opera mediante el engaño, la acusación y la intimidación, no porque tenga poder sobre ti, sino porque espera que olvides que tú tienes poder sobre él. La armadura de Dios, el nombre de Jesús, la sangre del Cordero y la palabra de tu testimonio no son frases religiosas, sino armas vivas que dismantelan las obras de las tinieblas.

«No estás luchando contra un enemigo igual a ti. Estás luchando desde una posición de supremacía absoluta en Cristo. El diablo no es lo opuesto a Dios; es un ser creado y derrotado bajo tus pies».

— John Bevere, **Impulsado por la eternidad**

Cinco características de un verdadero vencedor

Los vencedores no son una clase especial de supercristianos a la que solo tiene acceso una élite espiritual. Son personas comunes que han descubierto una gracia extraordinaria. Estas son cinco características que definen la vida de un verdadero vencedor:

1. Fe que confía en la Palabra por encima de las circunstancias

En 1 Juan 5:4 se afirma claramente que la victoria sobre el mundo reside en nuestra fe. No en nuestros sentimientos, ni en nuestras circunstancias, ni en nuestro historial, sino en nuestra fe. Quienes han vencido han aprendido a aferrarse a la palabra de Dios, incluso cuando las apariencias indican lo contrario. Viven de promesas, no de apariencias. Proclaman la Palabra sobre su situación antes de ver el resultado, porque saben que la fe es la certeza de lo que se espera, no de lo que ya se ve.

2. Perseverancia que se niega a rendirse

Santiago 1:12 promete una corona de vida a quienes perseveran en la prueba. Los vencedores no son personas que nunca se cansan, sino personas que no se rinden cuando están cansadas. Han aprendido

que la prueba siempre precede al testimonio, y que cada prueba es una oportunidad que Dios les da para refinar algo en ellos que no podría refinarse de otra manera. El enemigo siempre ataca con más fuerza justo antes del avance. Los vencedores lo saben y siguen adelante.

3. Una mente que se está renovando

Romanos 12:2 nos dice que la transformación comienza con la renovación de la mente. Tus pensamientos son el campo de batalla previo al campo de batalla. Lo que piensas constantemente, eventualmente lo creerás, y lo que crees, eventualmente lo vivirás. Los vencedores son conscientes de lo que permiten que entre en su mente. Se protegen de los pensamientos basados en el miedo, las comparaciones y el diálogo interno tóxico, reemplazando esos patrones con la verdad de la Palabra de Dios.

4. Un corazón que elige la obediencia

Jesús dejó clara la conexión entre el amor y la obediencia en Juan 14:15: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Los vencedores no son legalistas que obedecen por miedo, sino amantes de Dios que obedecen por gratitud y confianza. Entienden que los mandamientos de Dios no son restricciones para limitar la vida, sino límites para proteger el destino. La obediencia parcial sigue siendo desobediencia, y los vencedores aprenden a confiar en Dios incluso cuando no lo comprenden del todo.

5. Intimidación con el Espíritu Santo

No puedes vivir una vida victoriosa con tus propias fuerzas. Nunca fue tu propósito. El Espíritu Santo no es un concepto teológico para debatir; es la presencia viva de Dios dentro de ti, dada para capacitarte para ser exactamente quien Dios te llamó a ser. Quienes vencen caminan en sintonía con el Espíritu, se mantienen sensibles a sus inspiraciones y recurren regularmente a su fuerza sobrenatural.

Zacarías 4:6 lo dice claramente: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu».

Es hora de que veas tu verdadero yo.

Has leído la teología. Has seguido el argumento. Pero ahora quiero que esto quede grabado en tu corazón: esto no es teoría. Esta es tu realidad ahora mismo, hoy, en este preciso instante, si estás en Cristo.

El enemigo se ha esforzado mucho por hacerte ver a través del prisma de tus fracasos, tus limitaciones, tus heridas y tus debilidades. Te ha susurrado que estás demasiado perdido, demasiado roto, demasiado común, demasiado dañado para que Dios te use o confíe en ti. Y tal vez le hayas creído, al menos en tus momentos de soledad.

Pero la Palabra de Dios cuenta una historia diferente. No eres un accidente. No eres un añadido de última hora. No eres un error que Dios tolera a regañadientes. Eres un hijo escogido, redimido y lleno del Espíritu Santo, hijo del Rey de Reyes, y has nacido para vencer.

Puede que te sientas débil, pero no estás indefenso. Puede que te sientas solo, pero no estás abandonado. Puede que te sientas derrotado, pero no estás destruido. En Cristo, siempre, siempre, siempre eres más que vencedor.

— Christine Caine

Deja de repetir la historia de la derrota. Empieza a proclamar quién eres. Deja de esperar a que pase la tormenta para empezar a caminar en victoria; empieza a caminar en victoria en medio de la tormenta. Eso es lo que hacen los vencedores.

El mundo canta "nacido para perder". Pero tú cantas una canción diferente. Naciste de nuevo, lo que significa que naciste para ganar. Naciste para mantenerte firme. Naciste para conquistar. Naciste para superar.

En Cristo, eres un vencedor. No es algo por lo que estés trabajando, sino algo que ya eres. La cuestión no es si Dios te ha hecho vencedor.

La pregunta es: ¿lo ves?

¿Puedes ver tu verdadero yo?



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo veintitrés, estudiaremos cómo, como nueva creación:
“Estás en PAZ en Cristo”.*

Capítulo veintitrés

“En Cristo”

Estás en paz



*Porque Él mismo es nuestra paz, quien de ambos
hizo uno solo, derribando la pared intermedia de
separación. —Efesios 2:14 (NVI)*

Hay un viejo dicho que se ha repetido desde los púlpitos y se ha impreso en pegatinas para coches durante décadas, y sin embargo, sigue siendo tan cierto hoy como en el momento en que se pronunció por primera vez:

Sin Jesús, no hay paz. Conoce a Jesús, conoce la paz.

Sencillo. Memorable. Absolutamente transformador. Porque he aquí una verdad que el mundo necesita desesperadamente: la paz no es un sentimiento que se construye mediante la disciplina, el pensamiento positivo o las circunstancias adecuadas. La paz es una Persona. Su nombre es Jesucristo.

Antes de continuar, quiero que te detengas un momento y te hagas una pregunta sincera: ¿Tienes verdadera paz? No esa calma superficial que desaparece en cuanto suena el teléfono con malas noticias. No esa tregua precaria que has hecho con tu ansiedad. Me refiero a esa paz profunda e inquebrantable que te sostiene cuando tu mundo se desmorona. Esa paz que, según las Escrituras, sobrepasa todo entendimiento humano.

Si eres sincero, quizás te des cuenta de que la paz se ha sentido más como un destino al que siempre te diriges que como un lugar donde realmente vives. De eso trata este capítulo: de ayudarte a comprender que en Cristo, ya no buscas la paz. Ya la has alcanzado. La paz ya es tuya. La pregunta es si estás viviendo plenamente lo que Cristo ya te ha dado.

"Jamás encontrarás la paz buscando dentro de ti mismo. Solo encontrarás la paz mirando a Aquel que te creó y te redimió."— Tim Keller, *La razón de Dios*

La paz con Dios: el fundamento de todo.

Por lo tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. —Romanos 5:1

Antes de poder experimentar paz en cualquier otra área de tu vida, primero debes comprender la paz más fundamental de todas: la paz

con Dios. Y aquí es donde muchos cristianos se estancan, porque nunca han comprendido del todo la magnitud de lo que Cristo logró en la cruz.

He aquí la cruda y honesta verdad: aparte de Jesús, todo ser humano nace en un estado de hostilidad hacia Dios. No indiferencia, sino hostilidad. El pecado creó un muro, una separación tan vasta y profunda que ningún esfuerzo humano podía superarla. Ninguna cantidad de buen comportamiento, ritual religioso o esfuerzo sincero podía reparar el daño. Éramos, como escribe Pablo en Efesios 2:3, «hijos de ira por naturaleza».

Pero entonces —y este es el punto crucial de toda la historia— Jesús entró en ese abismo. Mediante su muerte y resurrección, absorbió toda la ira de Dios contra el pecado. Derribó el muro. Abrió un camino donde no lo había. Y por medio de la fe en Él, tú y yo ya no somos enemigos de Dios. Somos sus hijos. Estamos en paz con el Todopoderoso Creador del universo.

¿Comprendes lo que esto significa para tu vida diaria? Ya no tienes que acercarte a Dios como alguien que apenas te tolera. Ya no tienes que preguntarte si está enojado contigo o si lleva la cuenta de tus errores. Eres plenamente aceptado, plenamente amado y estás en plena paz con el Padre, gracias a Jesús, y solo a Jesús. Esto es lo que los teólogos llaman justificación, y lo cambia todo.

"La justificación significa que Dios te ha declarado justo. No se trata de que te sientas justo, sino de que Dios dice que lo eres. Esa declaración es el fundamento de tu paz."

— RC Sproul, Solo la fe

Esta paz con Dios no es frágil. No se basa en tu desempeño de hoy ni en tu historial del año pasado. Está arraigada en la obra perfecta y consumada de Cristo, y nada puede destruirla. Cuando

comprendes esto de verdad, se convierte en el fundamento de todos los demás aspectos de una vida llena de paz.

Paz en el mundo: Calma en medio del caos

La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. —Juan 14:27

Jesús pronunció estas palabras a sus discípulos la noche en que fue traicionado, la noche antes de ser arrestado, juzgado y crucificado. De todos los momentos posibles para prometer paz, este era el menos probable. Y, sin embargo, ahí radica precisamente la clave. Jesús no ofrecía una paz que dependiera de circunstancias favorables. Ofrecía algo que el mundo jamás podría dar ni quitar.

Vivimos en un mundo roto. No hay otra forma de decirlo. Cada vez que leemos las noticias, nos lo recuerdan: tiroteos escolares que devastan comunidades, divisiones políticas que parecen más profundas que nunca, desastres naturales que dejan familias sin hogar, conflictos violentos que se cobran vidas inocentes. La ansiedad y el miedo no son conceptos abstractos; son la banda sonora diaria de un mundo que ha olvidado a su Creador.

Sería completamente comprensible —incluso racional, según la lógica del mundo— sucumbir a la desesperación. Sentirse abrumado. Perder la esperanza. Pero el seguidor de Jesús no vive según la lógica del mundo. Vivimos según la realidad de un Reino inmovible (Hebreos 12:28). Y en ese Reino, reina el Príncipe de Paz.

"La paz no proviene de la ausencia de problemas. La paz proviene de la presencia de Dios en medio de esos problemas."

— Max Lucado, Ansioso por nada

En Juan 14:27, Jesús hace una distinción notable: dice que Él da la paz «no como la da el mundo». La paz según el mundo es, esencialmente, la ausencia de conflicto. Cuando las circunstancias son tranquilas, uno siente paz. Cuando son turbulentas, la paz desaparece. Pero la paz de Cristo es categóricamente diferente. Es una serenidad interior que perdura independientemente de lo que suceda en el exterior.

Piensa en lo que esto significa en la práctica. Significa que puedes recibir un diagnóstico aterrador y aun así tener paz. Puedes ver cómo tus finanzas se desmoronan y aun así tener paz. Puedes enfrentar una traición en tus relaciones, un fracaso profesional o una humillación pública, y aun así, en lo más profundo de tu ser, experimentar la paz de Dios. Esto no es negación espiritual ni pensamiento positivo. Es la realidad sobrenatural de una vida arraigada en Cristo.

Y aquí hay algo más que vale la pena destacar: Jesús no solo nos da paz para que nos sintamos cómodos en ella. Nos llama a ser pacificadores. «Bienaventurados los pacificadores», dice en Mateo 5:9, «porque ellos serán llamados hijos de Dios». La paz que hemos recibido está destinada a extenderse a la vida de quienes nos rodean. Un mundo dividido necesita desesperadamente una Iglesia unida, y esa unidad comienza cuando cada creyente vive en la paz que Cristo le ha dado.

Paz en las tormentas de la vida: Jesús en la barca contigo

Entonces se levantó y reprendió al viento, y le dijo al mar: «¡Silencio, cálmate!». Y el viento cesó y sobrevino una gran calma. —Marcos 4:39

Hay una escena en Marcos 4 que ha animado a millones de creyentes a lo largo de miles de años, y creo que encierra un mensaje

específico para ti hoy. Jesús y sus discípulos cruzan el mar de Galilea. Se desata una tormenta feroz, de esas que hacen temer por la vida incluso a los pescadores profesionales. Las olas rompen contra los costados de la barca. El viento aúlla. ¿Y dónde está Jesús? Dormido en la popa, descansando sobre un cojín.

Los discípulos lo despiertan presas del pánico: «Maestro, ¿no te importa que nos ahoguemos?». Hay tanta emoción a flor de piel en esa pregunta. Es el clamor de todo aquel que se ha encontrado en medio de una crisis y se ha preguntado si Dios le presta atención. ¿Alguna vez has orado algo así? ¿Alguna vez has pensado: «Señor, ¿ves lo que me está pasando? ¿Te importa?»

Jesús se levanta. Le dice tres palabras a la tormenta: «¡Silencio, cálmate!». E inmediatamente —no gradualmente, no con el tiempo— el viento cesa. El mar se calma por completo. Entonces se dirige a sus discípulos con una pregunta: «¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Acaso no tienen fe?».

Fíjense en algo importante de esta historia. Jesús estuvo en la barca todo el tiempo. Nunca se separó de ella. Los discípulos no estaban solos en la tormenta; estaban con el Hijo de Dios, y aun así sucumbieron al miedo. Esto nos recuerda que tener a Jesús presente en nuestras vidas no significa automáticamente que sentiremos su paz. Debemos elegir confiar en él. Debemos recordarnos constantemente que aquel que creó el mundo con su palabra está en nuestra barca.

"Los discípulos tenían a Jesús físicamente presente con ellos, y aun así entraron en pánico. ¿Cuántas veces hacemos lo mismo, olvidando que Emmanuel, 'Dios con nosotros', es una realidad presente, no un acontecimiento del pasado?"—

Charles Spurgeon

Cualquiera que sea la tormenta que estés enfrentando ahora —un matrimonio roto, un hijo pródigo, una deuda abrumadora, una crisis de salud, un dolor tan profundo que apenas puedes respirar— escucha estas palabras: No estás solo en la barca. El Príncipe de Paz está contigo. Y Él no ha perdido el control. No se ha dormido en su misión. Está presente soberana y amorosamente en medio de tu tormenta, y es plenamente capaz de infundir paz sobre cada ola que amenaza con abrumarte.

Jesús no es solo el dador de paz — Él es nuestra paz

Debemos tener cuidado de no reducir a Jesús a una especie de máquina expendedora divina: alguien a quien acudimos cuando necesitamos una dosis de paz y que luego dejamos de lado cuando las cosas van bien. La Escritura es clara al respecto: Cristo no es simplemente un proveedor de paz o un conducto hacia ella. Él es nuestra paz. Pablo lo afirma claramente en Efesios 2:14: «Él mismo es nuestra paz».

Esta distinción es de vital importancia. Si Jesús es simplemente alguien que te da paz, entonces la paz se convierte en algo que puedes perder, extraviar o agotar. Pero si Jesús mismo es tu paz, entonces mientras Él esté contigo, tendrás paz. Punto final. Su presencia y tu paz son inseparables.

Isaías 9:6 le otorga un título que debería dejarnos sin aliento: «Príncipe de Paz». No el Príncipe de la Confort, ni el Príncipe de la Felicidad, sino el Príncipe de Paz. Es parte intrínseca de su identidad. Es parte de su esencia. Y según Colosenses 1:27, «Cristo en vosotros» no es una metáfora espiritual, sino el fundamento sobre el cual se edifica toda vuestra nueva vida.

«La paz de Dios no es un don que Él da y luego retira. Fluye de su presencia constante con su pueblo. Donde está Cristo, allí está la paz.»— A. W. Tozer, La búsqueda de Dios

Esto significa que la paz está a tu alcance en cada momento del día. No solo en la iglesia el domingo por la mañana. No solo durante tu tiempo de oración. No solo cuando las circunstancias lo permiten. Desde que te despiertas, pasando por el tráfico en tu camino al trabajo, por la conversación difícil en la oficina, por el cansancio al final del día, Cristo está contigo. Y donde está Cristo, está la paz.

Isaías 26:3 nos da la clave para alcanzar esta paz constante: «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti está puesto, porque en ti ha confiado». La palabra traducida como «paz perfecta» en hebreo es en realidad shalom shalom: paz, paz. La repetición es enfática. Es paz completa, paz total, paz profunda. Y la condición no es un comportamiento perfecto ni circunstancias ideales. La condición es una mente fija en Dios, confiando en Él.

Eso es algo que puedes hacer ahora mismo. No necesitas circunstancias diferentes. No necesitas esperar a que pase la tormenta. Puedes elegir, en este preciso instante, centrar tu mente en Dios, recordar quién es Él, qué ha hecho y qué ha prometido. Y al hacerlo, la paz te acompañará. No porque te hayas esforzado por sentirla, sino porque te has orientado hacia su Fuente.

Ya estás en paz, ¿lo ves?

Permítanme retomar la pregunta central de todo este libro: ¿Puedes ver tu verdadero yo?

Porque tu verdadero ser —si estás en Cristo— es una persona que tiene paz con Dios mediante la justificación, paz en el mundo por medio del Espíritu Santo que mora en ti, y paz en las dificultades de

la vida por la presencia del Príncipe de Paz. Esto no es algo por lo que estés trabajando. Esta es tu realidad actual como nueva criatura en Cristo.

Muchos creyentes viven como si la paz estuviera en algún lugar lejano, esperándolos cuando los problemas finalmente se resuelvan, cuando la relación sane, cuando las finanzas se estabilicen. Pero eso no es lo que enseñan las Escrituras. La paz no te espera al final de tu prueba. La paz está disponible para ti dentro de ella, porque Cristo está dentro de ella contigo.

Miqueas 5:4 describe bellamente cómo será esto: «Él se levantará y pastoreará su rebaño con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor su Dios. Y vivirán seguros, porque entonces su grandeza alcanzará hasta los confines de la tierra». Eres una oveja al cuidado del Pastor más grande que jamás haya existido. Él sabe dónde estás. Él ve lo que enfrentas. Y es plenamente capaz de guiarte a través de ello.

Comienza tus mañanas en Su presencia. Recuerdate a lo largo del día que Él está contigo. Cuando el miedo intente apoderarse de ti, elige confiar. Cuando la preocupación susurre, contrárréstala con la verdad. Fija tu mente en Él y observa lo que sucede en tu alma.

Tienes paz porque tienes a Jesús. Esa es la realidad de tu nueva creación. Ahora, vive en ella.



A C O N T I N U A C I Ó N

*En el capítulo veinticuatro, compartiremos cómo, como nueva creación:
“Eres su OBRA MAESTRA en Cristo”.*

Notas: Notas:

Capítulo veinticuatro

“En Cristo”

Tú eres su obra maestra.



"Porque somos obra suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos conforme a ellas."

— Efesios 2:10 (RV)

¿Alguna vez te has mirado al espejo y has sentido que te faltaba algo, que no dabas la talla, que no encajabas, que no importabas? A la mayoría nos ha pasado. Nos fijamos en los mejores momentos de la vida de los demás y nos preguntamos por qué la nuestra parece tan

común. Comparamos nuestros peores días con los mejores momentos de los demás y nos quedamos con la sensación de que nos han estafado.

Pero aquí está la verdad que lo cambia todo: Dios ya ha respondido a todas tus preguntas sobre tu valía, tu identidad y tu propósito, y lo hizo mucho antes de que siquiera pensaras en preguntar. Su respuesta no está oculta en un libro de autoayuda ni en un podcast motivacional. Está escrita en la esencia misma de tu ser.

Eres Su obra maestra. No un accidente. No un error. No un borrador. Una obra maestra: diseñada, moldeada y amada por el Creador del universo mismo. Es una de las realidades de ser una nueva creación.

¿Qué significa ser una obra maestra?

La palabra «obra maestra» proviene del mundo del arte. Cuando un maestro artesano o artista creaba su obra más exquisita y magistral —la pieza que mejor representaba su talento, su visión y su genialidad—, se la denominaba obra maestra. Era su logro más emblemático. Única en su género. Irremplazable.

Para eso te llama Dios.

En el griego original, la palabra que Pablo usa en Efesios 2:10 es *poiema*, de la cual deriva nuestra palabra «poema». Tú eres el poema de Dios. Eres su obra de arte, creada con intención, escrita con propósito y destinada a comunicar algo hermoso al mundo.

*"No eres un asterisco al margen de la historia
de otra persona. Eres el titular de Dios."*

— **Max Lucado, autor de Eres especial**

Piensa en lo que distingue una obra maestra de una obra común. No se trata simplemente de que sea bonita, sino de que cada elemento ha sido cuidadosamente pensado. Cada pincelada es deliberada.

Cada detalle tiene un propósito. Nada es accidental. Nada se desperdicia.

Así te creó Dios. Cada detalle de tu ser —tu temperamento, tu personalidad, la forma en que funciona tu mente, las pasiones que mueven tu corazón— nada es casual. Todo es intencional.

Él es el alfarero, nosotros somos la arcilla.

Mucho antes de que Pablo escribiera a los Efesios, el profeta Jeremías tuvo una visión vívida de cómo Dios obra en la vida humana. Dios lo envió a la casa de un alfarero, y lo que Jeremías vio allí transformaría su comprensión de la relación entre el Creador y su creación.

«Y la vasija que había hecho de barro se estropeó en la mano del alfarero; así que volvió a hacer otra vasija, según le pareció bien al alfarero... Oh casa de Israel, ¿no puedo yo hacer con vosotros como este alfarero?, dice el Señor. Mirad, como el barro está en la mano del alfarero, así estáis vosotros en mi mano.»

— Jeremías 18:4, 6 (RV)

Fíjense en lo que sucede en este pasaje. La arcilla no se resiste al alfarero. No discute con el torno. No exige adoptar una forma determinada. La arcilla simplemente se somete a las manos de aquel que sabe para qué fue creada.

En esa imagen reside una profunda libertad. No tenemos que descubrir nuestro propio propósito. No tenemos que forjar nuestro propio valor. Simplemente descansamos en las manos de Aquel que

nos formó y confiamos en que Él sabe exactamente lo que está creando.

"El torno del alfarero no es un lugar de castigo. Es un lugar de transformación. Cada presión que sientes son Sus manos que te están transformando en algo más hermoso de lo que eras antes."

— TD Jakes, pastor y autor

A veces la vida parece girar demasiado rápido. Las presiones de las dificultades, las pérdidas, los fracasos o las decepciones pueden hacernos dudar de que algo haya salido terriblemente mal. Pero el alfarero nunca se aparta del torno. Sus manos siempre están sobre la arcilla. Incluso cuando rehace lo que estaba dañado, no lo desecha; lo transforma en algo que cumple su propósito con aún más fuerza.

No te han abandonado en esa rueda. Estás siendo moldeado.

Eres valioso/a, y aquí te explicamos por qué.

Una de las preguntas más importantes de la vida no es "¿Cuánto peso?" ni "¿Cuánto gano?", sino más bien "¿Cuánto valgo?". Y el mundo te dará todo tipo de respuestas equivocadas.

El mundo dice que tu valor se basa en tu productividad: en lo que puedes producir, hacer o aportar. Dice que tu valía está ligada a tu apariencia, tu cuenta bancaria, tu estatus social o el número de seguidores. Y la cruel ironía de medir tu valía con estos criterios es que están en constante cambio. Lo que el mundo alaba hoy, lo abandona mañana.

Pero Dios opera según una economía completamente diferente. Donde el valor de cualquier cosa está determinado por quién la creó. Permítanme ilustrar lo que quiero decir.

Si tomara un pincel y pintara La Última Cena sobre un lienzo e intentara venderlo en una feria de arte, con suerte recibiría algunas sonrisas amables y tal vez un dólar. Pero si esa misma imagen la hubiera pintado Leonardo da Vinci, valdría cientos de millones de dólares. El tema es idéntico. El tamaño del lienzo puede ser similar. Pero todo cambia según quién lo haya pintado.

Ahora aplica ese principio a ti mismo.

No fuiste creado por casualidad. No fuiste formado por accidente. Fuiste creado por el Dios que creó galaxias con su palabra, que pintó amaneceres con una palabra, que sostiene el cosmos en la palma de su mano. Y Él te creó, personal, individualmente, deliberadamente.

*"Dios no crea basura. Nunca lo ha hecho, ni lo
hará. Tú no eres la excepción a su obra
maestra. Eres la prueba de ella."*

— Charles Stanley, pastor y autor

Tu valor es indiscutible. Quedó establecido en la Creación y sellado en el Calvario. Dios te amó tanto que envió a su único Hijo a morir por ti, y la cruz es la prueba definitiva de lo mucho que vales para Él.

Diseñado a medida para un propósito divino.

Esto es algo que te dejará sin aliento: no fuiste producido en masa.

Piensa en lo que significa que algo sea hecho a medida. Un traje a medida no se compra en una tienda; se mide, se ajusta y se confecciona para una persona en particular. Una casa a medida no se copia de un plano utilizado para mil casas más; se diseña teniendo en cuenta los sueños y las necesidades de una familia. Hecho a medida significa personal. Significa intencional. Significa que nadie más tendrá exactamente lo mismo.

Así es como Dios te creó.

Tu personalidad, tu forma de pensar, tus talentos innatos, las experiencias que te han moldeado, las pasiones que te quitan el sueño: todo ha sido diseñado a medida. No es fruto del azar. No se ha combinado por casualidad. Ha sido creado con un propósito específico para una vida que solo tú puedes vivir.

Antes de que nacieras, Dios tenía un plan para tu vida. Él ya sabía los dones que te daría, los desafíos que usaría para perfeccionarte y las personas a las que te enviaría a alcanzar. No eres una improvisación. Eres parte de un plan.

— **Rick Warren, autor de Una vida con propósito**

Efesios 2:10 nos dice que fuimos «creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano». Preparadas de antemano. Eso significa que antes de la fundación del mundo, antes de que dieras tu primer aliento, antes de que tomaras una decisión —buena o mala— Dios ya había preparado un camino para ti. Ya había trazado el camino que tus manos realizarían, las palabras que tu boca pronunciaría, las vidas que tu historia impactaría.

Nadie decide tu vocación; Dios lo hace. El mundo puede intentar definirse por tu pasado, tus fracasos, tus limitaciones o tus etiquetas. Pero ninguna de esas voces tiene la autoridad que le pertenece a Aquel que te creó.

Has sido llamado. Has recibido un don. Has sido puesto aquí, ahora mismo, por una razón.

Caminando en la verdad de quién eres

Saber que eres una obra maestra no es solo una verdad reconfortante para recordar en un buen día. Es un fundamento sobre el que

apoyarse cuando todo lo demás se tambalea. Es un ancla a la que aferrarse cuando las tormentas de la duda, la vergüenza, la comparación o el rechazo intentan arrastrarte.

El enemigo de tu alma lleva años intentando convencerte de que eres menos de lo que Dios dice que eres. Te susurra que estás demasiado roto para ser útil, demasiado común para importar, demasiado perdido para ser restaurado. Y si logra que creas esa mentira, no tendrá que hacer mucho más, porque una obra maestra que no conoce su propio valor se quedará en un rincón acumulando polvo.

"La mayor arma del diablo contra un creyente no es la tentación, sino la confusión de identidad. Cuando olvidas quién eres, olvidas a quién perteneces. Y cuando olvidas a quién perteneces, empiezas a vivir para el reino equivocado."

— **Tony Evans, pastor y autor**

Entonces, ¿cómo es vivir en la verdad de tu identidad como obra maestra de Dios?

Significa negarse a que las opiniones ajenas escriban tu historia. Significa medirte no según los estándares de la cultura, sino según el llamado de Dios. Significa levantarse después de cada caída, no porque seas lo suficientemente fuerte, sino porque las manos del Alfarero siguen sobre el barro. Significa mirarse al espejo y decir — no por arrogancia, sino por fe—: «Fui creado de manera admirable y maravillosa. Soy obra de Dios. Tengo un propósito que nadie más puede cumplir».

Cada día es una nueva oportunidad para reflejar la belleza de Aquel que te creó. Tu vida, con todas sus imperfecciones, todas sus luchas, todos sus aspectos sin terminar, sigue siendo Su lienzo. Y Él aún no ha terminado.

Recuerda esto: No te define tu peor día. No te limita tu lucha más larga. No te disminuye lo que otros hayan dicho o hecho sobre ti.

Tu Creador te define. Sus manos te moldean. Te ama con un amor eterno. Y fuiste creado, con un propósito, para hacer cosas en este mundo que nadie más puede hacer como tú.

Tú eres Su Obra Maestra.

Vive de acuerdo con esa verdad hoy. Y no te atrevas a dejar que el mundo te convenza de lo contrario.



Capítulo final

¿Finalmente ves quién eres realmente?



Un águila joven cayó de su nido y fue criada entre gallinas. Día tras día, escarbaba el suelo, picoteaba en busca de comida y vivía como cualquier otra ave del corral. Nunca intentó alzar el vuelo porque jamás le habían enseñado quién era en realidad. Aunque poseía las alas de un águila, la fuerza de un águila y el destino de un águila, seguía viviendo como una gallina porque su identidad había sido moldeada por su entorno, y no por su verdadera naturaleza.

Un día, un viejo naturalista vio al ave y dijo: “Esa águila no fue creada para vivir en la tierra. Fue hecha para volar”.

El hombre alzó el águila hacia el cielo. Al principio, vaciló. Había pasado tantos años creyendo ser algo inferior a lo que realmente era. Pero de repente, algo despertó en su interior. El instinto se apoderó de ella. El águila extendió sus alas, aprovechó el viento y se elevó por encima de la tierra por primera vez.

Esa historia es más que una simple ilustración.

Es la historia de innumerables creyentes.

Durante años, muchos cristianos viven por debajo de la identidad que Dios les ha dado. Aunque han sido redimidos por la sangre de Jesucristo, nacidos de nuevo por el Espíritu de Dios y transformados en Cristo, siguen luchando contra la culpa, la vergüenza, el miedo, la inseguridad, la condenación y la derrota espiritual. Viven como prisioneros de su pasado en lugar de hijos e hijas del Rey. Sobreviven cuando Dios los ha llamado a vencer. Se arrastran por la vida cuando fueron creados para elevarse.

La tragedia nunca ha sido que Dios no haya provisto la victoria.

La tragedia reside en que muchos creyentes nunca descubren del todo en quién se convirtieron en el momento en que recibieron a Cristo.

Al cerrar este libro, mi deseo es que algo haya despertado en tu interior.

Quizás, capítulo a capítulo, el Espíritu Santo ha comenzado a derribar viejas ideas preconcebidas y falsas etiquetas que han definido tu vida durante años. Tal vez, por primera vez, empiezas a darte cuenta de que eres mucho más que tus fracasos, tus debilidades, tus miedos, tus errores del pasado o las opiniones de los demás.

Eres quien Dios dice que eres.

A lo largo de este camino, has visto las increíbles verdades de la Palabra de Dios acerca de tu identidad en Cristo. Has descubierto que en Él eres:

- Una nueva creación.
- Un hijo de Dios.
- Perdonado y redimido.
- Aceptado y elegido.
- Justos y completos en Cristo.
- Bendecido con toda bendición espiritual.
- Más que un conquistador.
- Heredero de Dios y coheredero con Cristo.
- Un ciudadano del Cielo.
- Victoriosos por medio de Jesucristo.
- Dotados de propósito y autoridad divinos.
- Y mucho más.

Estas verdades no son eslóganes religiosos destinados a inspirar pensamiento positivo. Son realidades espirituales eternas establecidas por Dios mismo mediante la obra consumada de Jesucristo.

La cruz hizo más que perdonar tus pecados. Cambió tu identidad.

La resurrección hizo más que asegurar tu futuro en el Cielo. Te dio una nueva vida ahora mismo.

En el momento en que entregaste tu vida a Cristo, todo cambió.

No solo fuiste perdonado, fuiste transformado. No solo fuiste rescatado, renaciste. No solo fuiste limpiado externamente, fuiste recreado internamente.

Eso significa que ya no tienes que verte a través del prisma de tu pasado. Ya no tienes que permitir que la vergüenza, la condena, la

inseguridad o el fracaso te definan. Ya no tienes que vivir como si estuvieras abandonado, impotente o derrotado.

- Tú perteneces a Dios.
- Eres amado por Dios.
- Eres aceptado por Dios.
- Ustedes son empoderados por Dios.
- Has sido llamado por Dios.

Durante más de cuarenta años de ministerio, he visto a creyentes sufrir innecesariamente porque nunca comprendieron estas verdades. He visto a cristianos amar sinceramente a Dios mientras luchaban constantemente contra sentimientos de indignidad y derrota. Muchos sabían que eran salvos, pero no sabían en quién se convertían después de la salvación, y esa falta de comprensión afectaba todas las áreas de sus vidas.

Cuando los creyentes no comprenden su identidad, viven con timidez en lugar de con valentía. Oran sin confianza. Adoran sin libertad. Afrontan las pruebas sin esperanza. Viven atados por el miedo y constantemente condenados por el enemigo.

Pero cuando los creyentes comprenden verdaderamente quiénes son en Cristo, todo cambia.

Oran con autoridad. Adoran con confianza. Enfrentan las batallas con fe. Resisten la tentación con convicción. Caminan por la vida con paz, propósito, alegría y valentía espiritual.

¿Por qué?

Porque la revelación cambia la perspectiva, y la perspectiva cambia el comportamiento.

El enemigo comprende bien este principio. Por eso lucha con tanto ahínco para mantener a los creyentes espiritualmente ciegos a su

identidad. Satanás sabe que un cristiano que comprende quién es en Cristo se convierte en una amenaza para el reino de las tinieblas. Un creyente que sabe que es justo, fortalecido, perdonado, aceptado y victorioso no puede ser controlado fácilmente por el miedo, la condenación o el engaño.

Cuando sabes quién eres, dejas de vivir como una víctima.

Dejas de permitir que tu pasado dicte tu futuro. Dejas de medirte según los estándares del mundo. Dejas de estar de acuerdo con las mentiras del enemigo. Dejas de rehuir el propósito de Dios para tu vida.

En cambio, empiezas a elevarte.

Comienzas a caminar en la autoridad que Cristo adquirió para ti.

Comienzas a vivir con confianza en las promesas de Dios.

Comienzas a perseguir tu llamado con valentía. Comienzas a experimentar la alegría y la libertad que Jesús planeó para cada creyente.

Por eso, comprender tu identidad en Cristo no es opcional, sino esencial.

En la vida cristiana, todo emana de la identidad.

Si te ves a ti mismo como débil, derrotado, rechazado y condenado, vivirás de esa manera. Pero si realmente crees lo que Dios dice de ti, toda tu vida comenzará a alinearse con su verdad.

Empiezas a pensar de forma diferente. A hablar de forma diferente. A rezar de forma diferente. A vivir de forma diferente.

Dejas de comportarte como un huérfano espiritual y empiezas a vivir como un hijo del Rey.

Al terminar este libro, no permitas que estas verdades se queden solo en tu mente. Deja que se conviertan en revelación en tu

espíritu. Sigue meditando en la Palabra de Dios hasta que estas verdades se arraiguen profundamente en tu corazón. Renueva tu mente diariamente con lo que Dios dice sobre ti hasta que tu pensamiento se alinee con la perspectiva celestial.

Nunca lo olvides:

- No eres quien tu pasado dice que eres.
- No eres quien el miedo dice que eres.
- No eres quien el fracaso dice que eres.
- No eres quien el mundo dice que eres.
- Ni siquiera eres quien tus emociones dicen que eres.

Eres quien Dios dice que eres.

Y su Palabra es definitiva.

Dios nunca quiso que simplemente sobrevivieras. Te creó para vivir en victoria, propósito, gozo, libertad y autoridad espiritual. Te creó para elevarte por encima del miedo, la vergüenza, la condenación y la derrota. Te creó para reflejar su gloria y cumplir su propósito en tu generación.

El águila nunca fue diseñada para el corral.

Y nunca fuiste diseñado para vivir atado a la inseguridad, el miedo, la culpa o la derrota espiritual.

Naciste para volar alto.

Así pues, al cerrar este libro, te animo a no volver a tus antiguas formas de pensar. Niégate a vivir por debajo de tu herencia espiritual en Cristo. Apóyate en la Palabra de Dios. Proclama su verdad sobre tu vida cada día. Camina con valentía en la identidad que Dios te ha dado. Abraza la vida que Jesús te compró mediante su muerte y resurrección.

Invierte en tu crecimiento espiritual. Sigue buscando a Dios con pasión. Permite que Su Palabra transforme continuamente tu pensamiento y renueve tu corazón. Las verdades que has descubierto en estas páginas tienen el poder de impulsarte a un nivel de vida completamente nuevo si las crees, las aceptas y las pones en práctica.

La cuestión nunca ha sido si Dios sabe quién eres.

Él siempre lo ha sabido.

La verdadera pregunta es:

Ahora que has leído estas páginas...

¿Por fin ves quién eres realmente?



APÉNDICE

100 ESCRITURAS SOBRE LA IDENTIDAD EN CRISTO



La confesión más importante que jamás harás

Hay una confesión que el enemigo no quiere que hagas bajo ningún concepto: no una confesión de tus fracasos o tus miedos, sino una declaración audaz y llena de fe de quién dice Dios que eres.

El autor de Hebreos lanza una exhortación contundente: «Mantengamos firme nuestra confesión» (Hebreos 4:14). La mayoría asocia la palabra «confesión» exclusivamente con admitir el pecado, y sí, las Escrituras abordan ese tema. Pero la confesión de la que habla Hebreos es mucho más amplia y poderosa. Es el acto

constante, deliberado y valiente de estar de acuerdo con Dios, de proclamar lo que Él ya ha dicho sobre nuestra vida.

Esto no es pensamiento positivo. Esto no es autoafirmación. Esta es la práctica ancestral y probada de creer en la Palabra de Dios y negarse a decir algo que no lo sea.

Por qué tus palabras importan más de lo que crees

Jesús hizo una promesa asombrosa en Marcos 11:23: "Si alguien le dice a este monte: 'Quítate de aquí y échate en el mar', y no duda en su corazón, sino que cree que lo que dice se cumplirá, le será hecho".

Vuelve a leerlo: tendrás lo que digas.

Proverbios 18:21 lo confirma: «La muerte y la vida están en poder de la lengua». Tus palabras no son neutrales; son semillas. Cada declaración que haces siembra algo: una cosecha de las promesas de Dios o una cosecha de las mentiras del enemigo.

La cruda realidad es que muchos creyentes sinceros y bienintencionados viven muy por debajo de lo que les corresponde en Cristo, no porque Dios les haya negado algo, sino porque nunca han aprendido a proclamar lo que Él dice. Se centran más en sus luchas que en proclamar a su Salvador. Describen más sus derrotas que declaran su dominio. Le dan más importancia al enemigo que a Dios Todopoderoso.

Dios no diseñó a su iglesia para vivir en la derrota. Declaró que ni las puertas del infierno prevalecerían contra ella (Mateo 16:18). La derrota no es tu destino. El fracaso no te define. El enemigo no es tu

amo. Eres hijo del Dios Altísimo, y es hora de que empieces a hablar como tal.

Para qué sirve este apéndice.

A lo largo de ¿Ves tu verdadero yo?, has emprendido un viaje: aprender a verte como Dios te ve, despojándote de las falsas imágenes creadas por las heridas, las palabras y el mundo, y descubriendo tu verdadera identidad arraigada en Cristo. Este apéndice es tu herramienta para vivir esa verdad a diario.

En las siguientes páginas, encontrará cien declaraciones basadas en las Escrituras, extraídas directamente de la Palabra de Dios. Cada una revela una verdad específica y poderosa sobre quién es usted en Cristo, en Él, por Él y a través de Él. No son sugerencias, sino realidades inspiradas por Dios acerca de usted, hijo redimido del Rey.

Léelos en voz alta. Recítalos en oración. Memorízalos. Colócalos donde puedas verlos cada mañana. Cuando el enemigo te susurre que no eres suficiente, busca tu versículo y respóndele. Cuando las circunstancias te hagan sentir derrotado, abre este apéndice y recuérdate a ti mismo —y al enemigo— quién eres en realidad.

Job 22:28 promete: "También proclamarás algo, y te será concedido; así la luz brillará sobre tus caminos".

Decláralo. Créelo. Observa cómo Dios lo cumple.

No eres quien tu pasado dice que eres. No eres quien tus críticos dicen que eres. No eres quien tus miedos dicen que eres.

**Tú eres quien Dios dice que eres, y
Él nunca se ha equivocado.**

Ahora, toma tu espada. Es hora de declararlo.

2 Corintios 4:13

**“Y puesto que tenemos el mismo espíritu de fe,
conforme a lo que está escrito,
“Creí y por eso hablé”.**

Nosotros también creemos y por lo tanto hablamos,”



IN CRISTO

Romanos 3:24 – Siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús:

1 Corintios 1:2 - A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que son santificados en Cristo Jesús,

Gálatas 3:26 - Porque todos vosotros sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús.

Efesios 2:6 - y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús,

2 Timoteo 1:9 - Él nos salvó y nos llamó con un llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes de que el mundo existiera.

2 Timoteo 1:13 - Retén la forma de las sanas palabras que has oído de mí, en la fe y el amor que es en Cristo Jesús.

2 Timoteo 2:1 - Tú, pues, hijo mío, fortalece tu fe en la gracia que es en Cristo Jesús.

2 Timoteo 2:10 - Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús con gloria eterna.

2 Timoteo 3:15 - Y que desde la niñez has conocido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús.

Filemón 1:6 - Para que la comunicación de tu fe sea eficaz mediante el reconocimiento de todo bien que hay en vosotros en Cristo Jesús.

Efesios 1:10 - Para que en la dispensación del cumplimiento de los tiempos reuniera todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos, y las que están en la tierra; en él mismo:

EN ÉL

Hechos 17:28 - Porque en él vivimos, nos movemos y existimos; como también algunos de vuestros propios poetas han dicho: Porque linaje suyo somos.

Juan 1:4 - En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Juan 3:15-16 - Para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. 16 Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.

2 Corintios 1:20 - Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, para la gloria de Dios por medio de nosotros.

2 Corintios 5:21 - Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Efesios 1:4 - Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor;

Filipenses 3:9 - Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, la cual es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe;

Colosenses 2:6-7 - Por tanto, de la manera que habéis recibido a Cristo Jesús el Señor, así andad en él; 7 arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acción de gracias.

Colosenses 2:10 - Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad;

1 Juan 2:5-6 - Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; por esto sabemos que estamos en él. 6 El que dice que permanece en él, debe andar también como él anduvo.

1 Juan 2:8 - De nuevo os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros; porque las tinieblas han pasado, y la luz verdadera ahora resplandece.

1 Jn 2:27 - Pero la unción que habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que, como la misma unción os enseña todas las cosas, y es verdad, y no es mentira, así como os ha enseñado, permaneced en él.

1 Juan 3:5-6 - Y sabéis que él se manifestó para quitar nuestros pecados; y en él no hay pecado. 6 Todo aquel que permanece en él no peca; todo aquel que peca no le ha visto, ni le ha conocido.

1 Juan 3:24 - Y el que guarda sus mandamientos permanece en él, y él en él. Y en esto conocemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

1 Juan 4:13 - En esto sabemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.

1 Juan 5:14-15 - Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. 15 Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que le pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho.

1 Juan 5:20 - Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al Verdadero; y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna.

EN EL AMADO

Efesios 1:6 - Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

EN EL SEÑOR

Efesios 6:10 - Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza.

EN QUIÉN

Efesios 1:7 - En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia;

Efesios 1:11- En quien también obtuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito de aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad;

Efesios 1:13 - En quien también vosotros, después de haber oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,

Efesios 2:21-22 - En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; 22 en quien vosotros también sois edificadas juntamente para morada de Dios en el Espíritu.

Efesios 3:12 - En quien tenemos libertad y acceso con confianza por medio de la fe en él.

Colosenses 1:14 - En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados;

Colosenses 2:3 - En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Colosenses 2:11 - En quien también vosotros fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha por manos humanas, sino mediante la circuncisión de Cristo, despojándonos del cuerpo de los pecados de la carne.

1 Pedro 1:8 - Al cual, sin haberle visto, amáis; en quien, aunque ahora no le veis, creyendo, os alegráis con gozo inefable y glorioso;

POR CRISTO

Romanos 3:22 - La justicia de Dios que es por la fe en Jesucristo, para todos los que creen; porque no hay diferencia:

Romanos 5:15 - Pero el don gratuito no es como la transgresión. Porque si por la transgresión de uno murieron muchos, mucho más abundó para muchos la gracia de Dios y el don por gracia que es por medio de un solo hombre, Jesucristo.

Romanos 7:4 - Por tanto, hermanos míos, vosotros también habéis muerto a la ley por medio del cuerpo de Cristo, para que os unáis a otro,

a aquel que resucitó de entre los muertos, a fin de que demos fruto para Dios.

1 Corintios 1:4 - Siempre doy gracias a mi Dios por ustedes, por la gracia de Dios que les es dada por medio de Jesucristo.

2 Corintios 5:18 - Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Jesucristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación.

Gálatas 2:16 - Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley; porque por las obras de la ley nadie será justificado.

Efesios 1:5 - Habiéndonos predestinado para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad,

Filipenses 1:11 Llenos de frutos de justicia, que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

Filipenses 4:19 Pero mi Dios suplirá todo lo que os falte conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

1 Pedro 1:3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo nacer de nuevo a una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos,

1 Pedro 2:5 Vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

1 Pedro 5:10 Pero el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá.

POR ÉL

1 Corintios 1:5 - Que en todo sois enriquecidos por él, en toda palabra y en todo conocimiento;

1 Corintios 8:6 - Pero para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en él; y un solo Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él.

Colosenses 1:16-17 - Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, dominios, principados o potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten.

Colosenses 1:20 - Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

Colosenses 3:17 - Y todo lo que hagáis, de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Hebreos 7:25 - Por lo cual también puede salvar perpetuamente a los que por medio de él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Hebreos 13:15 - Por medio de él, pues, ofrezcamos siempre a Dios sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre.

1 Pedro 1:21 - Quienes por medio de él creen en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, para que su fe y esperanza estén puestas en Dios.

POR QUIÉN

Romanos 5:2 - Por quien también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

Romanos 5:11 - Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la expiación.

DE CRISTO

2 Corintios 2:15 - Porque para Dios somos dulces salvadores de Cristo, tanto en los que son salvos como en los que se pierden;

Filipenses 3:12 - No que ya lo haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por si logro alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús.

Colosenses 2:17 - Las cuales son una sombra de las cosas que han de venir; mas la realidad es Cristo.

Colosenses 3:24 Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque servís al Señor Cristo.

DE ÉL

1 Juan 1:5 Este es, pues, el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz, y en él no hay tinieblas en absoluto.

1 Juan 2:27 Pero la unción que habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que, como la misma unción os enseña todas las cosas, y es verdad, y no es mentira, así como os ha enseñado, permaneced en él.

POR CRISTO

Romanos 5:1 - Por lo tanto, justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Romanos 5:11 - Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la expiación.

Romanos 6:11 - Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Romanos 6:23 - Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

1 Corintios 15:57 - Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Gálatas 3:13-14 - Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros (porque escrito está: Maldito todo el que cuelga de un madero), para que la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles por medio de Jesucristo, a fin de que recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe.

Gálatas 4:7 - Así que ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

Efesios 2:7 - Para que en los siglos venideros mostrara las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Filipenses 4:6-7 - No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. 7 Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Filipenses 4:13 - Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Hebreos 10:10 Por la cual somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

Hebreos 13:20-21 - Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, 21 os perfeccione en toda buena obra para que hagáis su voluntad, obrando en vosotros lo que es agradable a sus ojos, por medio de Jesucristo; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

A TRAVÉS DE ÉL

Juan 3:17 - Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él.

Romanos 5:9 - Mucho más, pues, habiendo sido ya justificados por su sangre, seremos salvos de la ira por medio de él.

Romanos 8:37 - Antes bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

1 Juan 4:9 - En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él.

CON CRISTO

Romanos 6:8 - Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él;

Gálatas 2:20 - Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Efesios 2:5 - Aun estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.

Colosenses 3:1 - Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.

Colosenses 3:3 - Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

CONSIGO

Romanos 6:4 - Por tanto, fuimos sepultados con él mediante el bautismo para muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.

Romanos 6:6 - Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no sirvamos al pecado.

Romanos 6:8 - Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él;

Romanos 8:32 - El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

2 Corintios 13:4 - Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios. Pues nosotros también somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros.

Colosenses 2:12-15 - Sepultados con él en el bautismo, en el cual también ustedes han resucitado con él mediante la fe en el poder de Dios que lo levantó de entre los muertos. 13 Y a ustedes, estando muertos en sus pecados y en la incircuncisión de su carne, les dio vida juntamente con él, perdonándoles todos los pecados; 14 anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz; y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Colosenses 3:4 - Cuando Cristo, quien es nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

2 Timoteo 2:11-12 - Palabra fiel es: Porque si morimos con él, también viviremos con él; 12 si padecemos, también reinaremos con él; si le negamos, él también nos negará.

EN SU NOMBRE

1 Corintios 6:11 - Y esto erais algunos de vosotros. Pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.

¿HAS RECIBIDO A JESÚS?

El único camino al cielo es a través de Jesucristo. «Jesús le dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí”» (Juan 14:6).

No se llega al cielo por lo bueno que uno haya sido ni por nada que haya hecho. Jesús es el único camino.

La buena noticia es que todos están invitados, tal como eres. No tienes que hacer nada más que aceptar su invitación. Aceptas la

invitación creyendo en tu corazón y confesando con tu boca que Jesús es el Señor. «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9).

Te invito a recibir a Jesús en tu vida ahora mismo. Es la decisión más importante que jamás tomarás. Reza la siguiente oración.

Oración de salvación

Padre Dios, confieso que soy pecador y necesito tu gracia salvadora. Creo que Jesús murió en la cruz por mis pecados y resucitó. Recibo tu perdón y la vida eterna contigo. Sé el Señor de mi vida y guíame en tu verdad cada día. En el nombre de Jesús oro. Amén.

Si hiciste esa oración, ¡felicidades! Es la mejor decisión que jamás tomarás. Quiero regalarte un libro que escribí titulado "¿Qué sigue?". Te guiará en tus próximos pasos como seguidor de Cristo. Solo escanea el código QR a continuación para descargar tu libro electrónico gratis. No se requiere información. ¡Que Dios te bendiga!



Acerca del autor

Bruce Edwards es pastor, maestro y autor, con más de 40 años de experiencia en liderazgo empresarial y ministerial. Está casado con Trudy desde hace más de 50 años y tienen dos hijos y seis nietos.

Posee una maestría en administración de empresas y un título en ministerio pastoral. Sirvió durante más de 28 años en el Centro Cristiano Victory en Tulsa, Oklahoma, como pastor asociado principal. Ha escrito más de 30 libros y ayuda a pastores a hacer crecer sus iglesias.

Como pastor, le apasiona ayudar a las personas a experimentar la vida abundante que Jesús ofrece y está comprometido a enseñar y comunicar los principios de la Palabra de Dios con claridad, sencillez y valentía.



Pastor Bruce R. Edwards

OTROS LIBROS DEL PASTOR BRUCE EDWARDS



Los principios elementales de Cristo

Ministerio pastoral eficaz

Atención pastoral eficaz

Predicación eficaz

7 secretos poderosos del liderazgo piadoso

Fe: 31 Principios

Encontrando la vida para la que naciste

Ora según las reglas

La vida y las enseñanzas de Cristo

Lecciones de liderazgo extraídas de la Biblia

Libro de Romanos – Capítulo por capítulo

Libro de los Hechos – Capítulo por capítulo

Libro de Hebreos – Capítulo por capítulo

El propósito bíblico de la riqueza

Embajadores de Cristo - Manual



Escanea el código QR
para acceder a mi página
de autor en Amazon.